

MANUEL ESPARZA

HISTORIA DE UN BRACERO OAXAQUEÑO
ZENÓN RAMÍREZ

El difícil tránsito de lo rural a lo urbano

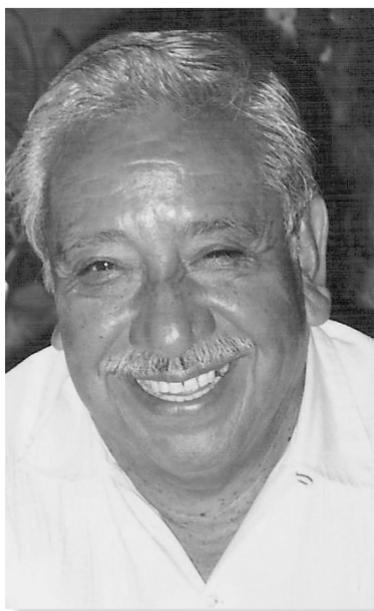
Historia de un bracero oaxaqueño
Zenón Ramírez



MANUEL ESPARZA

Historia de un bracero oaxaqueño Zenón Ramírez

El difícil tránsito de lo rural a lo urbano



 **INAH**
INAH Oaxaca


CARTELES
editores

HISTORIA DE UN BRACERO OAXAQUEÑO ZENÓN RAMÍREZ.
EL DIFÍCIL CAMINO DE LO RURAL A LO URBANO.

1a. Edición, Oaxaca, México 2016

© Manuel Esparza

INAH Oaxaca

ISBN: 978-607-9305-92-5

Fotos Archivos Z. Ramírez, M. Esparza y C. Winter.

Ayuda técnica de G. Esparza.

Se permite la reproducción de los contenidos editoriales
de este libro solicitando se cite la fuente.

Se terminó de imprimir en el mes de mayo de 2016
en los talleres de Carteles Editores-Proveedora Gráfica de Oaxaca,
S.A. de C.V., oficinas ubicadas en Colón 605-4, Centro Histórico, Oaxaca.
colordig@gmail.com
www.librosdeoaxaca.blogspot.com

*A Jaime López en recuerdo agradecido
por su cooperación en vida en la preservación
del patrimonio cultural de Oaxaca.*

Índice

Introducción	9
I <i>De Campesino</i>	13
II <i>De bracero</i>	39
Primer viaje 1957	39
Segundo viaje	48
Tercer viaje	53
Cuarto viaje	66
Quinto viaje	71
Sexto viaje	82
Séptimo viaje	89
Octavo viaje y último viaje	94
III <i>De ciudadano</i>	101
La Finca Bernal	104
Empleado federal en la ciudad	109
El nuevo Museo Regional de Santo Domingo	111
En las oficinas del Centro Regional del INAH	116
IV <i>Aquí se acaba todo...</i>	121
Aniversario 100 de Dña. María	121
Revisando el relato de vida	121
Día de muertos del 2015	127
V <i>Interpretando</i>	135
En la rutina diaria	137
Liberación económica de Yola	142
Bibliografía	151

Introducción

Las autobiografías con frecuencia no lo son, en una parte discreta de las portadas están los nombres de los que pueden reclamar derechos de autoría. ¿Qué tanto del contenido del texto final es la narración del entrevistado y qué tanto es interpretación del autor de la experiencia de vida de otra persona? ¿Lo que se responde a las preguntas es lo que quiere contar alguien de su vida, o son respuestas a los intereses profesionales del otro? Un etnógrafo al buscar personas típicas, lo que busca es ejemplificar lo que son otras personas parecidas. Ésta en realidad es la materia de trabajo de una rama de la antropología que se ha desarrollado como crítica a la pretensión del conocimiento “objetivo” observable de las culturas. Se llama etnografía interpretativa y se confiesa que junto a la recolección de información que hace el antropólogo se está también presentando la percepción propia de lo que ve y le cuentan los informantes. Lo que lee la gente después en libros debe entenderse como una aproximación en casos particulares de una cultura, no una descripción “científica” de la compleja realidad. El texto puede estar escrito en forma de diálogo, otras en primera persona en voz del informante o biografiado, y con frecuencia en tercera persona que es la del etnógrafo dando su propia versión. Parafraseando a un representante de esta etnografía: dar a conocer aspectos parciales de un contexto cultural complejo es un objetivo suficiente para una investigación (Dennis 2004: 19).

El estudio de las migraciones es de vieja tradición en México, ya desde los 30s del siglo pasado, Manuel Gamio estudió las migraciones de campesinos a Estados Unidos. Fue él el que comienza los estudios sobre el bracerismo. George Foster al final de la década de los 40s hizo escuela al estudiar una comunidad en Michoacán y el desplazamiento de los campesinos a otras ciudades y al extranjero (Foster 1948). Un discípulo de Foster, Robert V. Kemper prosiguió durante décadas el estudio de los emigrados de Tzintzuntzan en varios centros urbanos (Kemper 1976).

Para las clases medias y acomodadas de las ciudades, esa gran población de emigrados rurales de las periferias y colonias marginadas es totalmente desconocida, pero no por eso deja de existir y ser parte de la vida urbana. A principios de los 60s exponer esa marginación a la luz pública llegó a causar gran descontento en la clase política que no logró ocultar la gran desigualdad existente a pesar del publicitado “milagro mexicano” (Bautista 2011). Para muchos capitalinos fue una revelación conocer que a no mucha distancia de ellos vivían en extrema pobreza muchos otros *Hijos de Sánchez*.

El estudio de las migraciones del campo a la ciudad y los procesos de adaptación al nuevo hábitat ha sido un tema favorecido en la investigación de la antropología urbana. Un estudio pionero, en Oaxaca, en este sentido fue de los emigrados de Tilantongo a la ciudad de México (Butterworth 1962). Este seguimiento de comunidades mixtecas a otros centros urbanos ha mostrado la complejidad del fenómeno migratorio. Uno de sus aspectos es la libertad del migrante para regresar a su comunidad de origen fortaleciendo así sus lazos con el terruño, al mismo tiempo, que repro-

duce en la ciudad las redes sociales y culturales propias de su pueblo (Butterwort 1969).

¿Los marginados de los centros urbanos son pobres porque no tienen aspiraciones y se contentan con lo que haya, o son parte de una estructura social y económica que tiene precisamente como sustento de su reproducción la desigualdad? ¿Es la cultura de la pobreza consubstancial a los pobres urbanos, como es la opinión de algunos autores? En cambio, si se parte de una definición de cultura como una estrategia para adaptarse a un medio, la situación de marginación, los comportamientos, la organización en defensa de los escasos recursos, las decisiones para acceder a las instituciones y servicios públicos, etc., se verían como procesos de adaptación a la situación urbana generada por el modelo de desarrollo económico del país (Higgins 1974).

En el caso del presente texto se quiere ejemplificar con el testimonio de un caso el difícil camino que sufren los campesinos en busca de oportunidades en el mercado de trabajo de las ciudades o en el extranjero. El mismo autor Zenón Ramírez narra en el capítulo segundo su experiencia como bracero. Los otros apartados están basados en la entrevista grabada en varias sesiones y en las reflexiones personales del que esto suscribe. El propósito principal de este escrito es hacer un homenaje a Zenón Ramírez y agradecerle el honor que me ha brindado con su amistad durante más de 40 años.

Manuel Esparza
INAH-Oaxaca
San Felipe del Agua,
Oaxaca, 2016.



Foto 1. Sr. Albino Ramírez y Sra. María Montes.

I

De campesino

Hace 40 años cuando era el Administrador del Museo Regional de Oaxaca, escribí *Memorias de un bracero*, un texto a máquina en el que contaba de mis ocho veces que fui a Estados Unidos por medio del convenio con México de contratación de mano de obra. Ahora que vuelvo a releerlo veo que no cuento casi nada de mi infancia, ni de mi familia, ni qué pensaba entonces sería mi vida, ni de tantas cosas que viví de cuando iba creciendo en Tlacolula. Si me pongo a recordar a todos mis parientes voy a llenar un pizarrón de nombres, así que me limito a lo más esencial para que se entienda de dónde vengo.

Mi infancia

Mi papá se llamaba Sr. Albino Ramírez Marcos y mi mamá Sra. María de Jesús Montes Cruz. Felicitas Marcos era la abuelita por parte de mi papá, y Eduviges Cruz mi abuela materna. Aquí menciono al tío Aurelio por la importancia que tuvo en mi familia como contaré luego: Aurelio Ramos es cuñado de la abuela Felicitas. Los hijos de Aurelio eran primos hermanos de mi papá.

Mis padres eran de Tlacolula (f. 1), él hablaba zapoteco pues era su lengua materna, mi mamá lo aprendió ya casada y ellos entre sí se hablaban en ese idioma. En casa se hablaba sólo en español, igual que en la escuela, por eso no lo aprendí aunque sé algunas palabras, lo

entendía más pues de chico cuando ayudaba a mi papá de peón él me daba instrucciones en zapoteco.

Fuimos cinco hermanos, yo soy el mayor, nací en 1938, me siguen Roberto, Benito, Ángel y el más chico Carlos (f. 2). Hubo dos más hombrecitos que fallecieron de bebés.

Vivíamos en la calle de Cuauhtémoc # 39 en un terreno que medía 11 por 75 metros. Después de la cerca de entrada de la calle que era de órganos y espinos de una planta llamada rompecapa, había un laurel, a la izquierda la tejavana de la abuela Felicitas, a la derecha después del laurel la tejavana de mis papás, y atrás de ésta el jacal donde dormíamos los hijos. Entre estas dos una cocina donde comíamos todos. En el patio de atrás de las dos casas había gallinas, y una nopalera para hacer las necesidades. En la foto 3 está mi papá en 1959 en la puerta de la casa de su mamá. La pared está hecha de carrizo repellido de arena y tierra. Se llaman “guaches” los carrizos horizontales. Se juntan dos carrizos y se amarran con los carrizos verticales. Ya repellada la pared tiene unos 5 cm de espesor. El techo es de morillos, carrizo y teja. La tejavana pequeña de mis papás estaba hecha igual.

En la foto 4 se ve a mi hermano Roberto apoyando un pie en una silla de la abuela, ella era la que la tenía y también unos escaños o bancas bajas que mucho servían para las fiestas. El jacal de la derecha era nuestra casa. Medía unos cuatro de ancho por cinco metros de largo. El techo era de tule, la pequeña cerca es de acahual, la puerta de carrizo. El tule es una especie de palma que crecía donde había agua, y variaba de tamaño hasta metro y medio de alto. El poblado del Tule se llama así porque ahí abundaba, ahora ya no hay. Entre Yagul y el Caballito Blanco había unos terrenos



Foto 2. Ángel, Benito, Carlos y Zenón.



Foto 3. Sr. Albino en la casa de su mamá, 1959.

con mucho tule. En los meses de noviembre–diciembre el campo es seco, entonces se “zacatea” el maíz seco y la caña que queda se usa para hacer bardas, se llama acañuela, también se usa el acahual que da una flor amarilla como si fuera cempasúchil pero grande. Los jacales se podían transportar, se daba tequío para desmontarlo de los horcones, subirlo a la carreta y bajarlo a los horcones ya dispuestos de las mismas medidas exactas. Para muchos pobres esta era la manera de hacerse de una casa.

El piso de nuestro jacal era de tierra, no había mesa, la única era para un pequeño altar siempre con veladora encendida. Dormíamos cada quien sobre un tapesco que es de carrizo tejido montado en cuatro horcones con un petate encima. Después de levantarse se recogían las camas enrollando el carrizo. En la cocina que era de tule el techo y acahual las paredes comíamos en el suelo y mamá dejaba un plato en el centro para las tortillas. Ella daba a cada uno su plato de frijoles, y cada quien se servía las tortillas. Se sentaba uno en el suelo, o en un ladrillo o tronco. La comida consistía de café de olla, tortillas, frijoles, chile. En la noche café con sopa de tortilla dura y blanda. Yolanda mi esposa todavía así lo toma en las noches.

Nos acostábamos temprano, a las 7 u 8, no había luz todavía en Tlacolula, ésta iba a llegar hasta 1957. La gente hasta entonces se alumbraba con linternas de petróleo o de baterías, con ocote o brujitas que eran latas con petróleo y una mecha de hilo o trapo. Algunos tenían lámparas de gasolina. Aparte de ir a la escuela tenía que ayudar en la casa, una tarea era ir por leña a Yagul y a Caballito Blanco donde se daba el cactus bichilobos que da tunitas muy dulces. La raíz de este cactus es la que se usa como madera para la lumbre de



Foto 4. Roberto.

las tortillas. Todavía tengo una cruz de esa raíz que me dio mi papá hace más de 60 años.

Con la abuelita iba a juntar excremento de los animales, esas tortas de estiércol sirven para la lumbre del comal. Volteábamos las que aún estaban verdes para que se secaran. El estiércol fresco de los terrenos de Pepe Palacios tenían gusanos y lo llevábamos para las gallinas de la abuelita. Se caminaba mucho para ir a Yagul por leña, pero para el estiércol nada más se cruzaba la carretera. Mientras tanto mi mamá iba a casas donde tenían ganado y donde los animales dejan tronquitos del zacate que llaman acañuela que es

la caña de la milpa que sirve también para la lumbre del comal.

¿De qué vivíamos?

Mi mamá hacía tortillas para vender y atendía la casa. Con una cuerda mecía la cuna hecha de rompecapa que es un tipo de enredadera con muchas espinas, se les quitan y queda una rama muy flexible para tejerse. No vendía por kilo sino por tortilla. Fueron muchos años de eso. Mi papá no tenía tierra, era campesino, sembraba a medias; también trabajó con el tío Aurelio matando chivos para el chito de Tehuacán. Yo también ayudaba en esto de los chivos, me acuerdo que en una ocasión acompañé a mi papá a Cuajimoloya a traer chivos. Fuimos en carro, un carguero que lo atrancaban con troncos para que no se fuera para atrás. De regreso a pie con los chivos amarrados fui a llevarlos al tío Aurelio, tendría unos 10 ó 11 años de edad. Durante los últimos años de la primaria en fines de semana, después de la escuela, también cuidé chivos de un chivero que él mismo lo hacía durante la semana y yo los fines. Había unos cerritos llamados Guisipa y la Colorada donde se llevaban a pastar. Cuidaba cuatro o cinco chivos, esto era al otro lado de la Panamericana. Salía a las 8 pero regresaba a las cinco de la tarde. Llevaba un lonche: el bule con agua y una red con dos tortillas con frijol y chile. No iba solo, me juntaba con dos amigos y llevábamos horquetas o resortereras. Nos pasábamos buenos ratos divirtiéndonos matando en las cercas culebras y ratas.

De niño yo vivía contento con lo que había pues no había Secundaria a donde seguir estudiando, y no había para el pasaje para hacerla en Oaxaca. No pensaba en nada, no se me ocurría, ni aspiraba a nada, era

feliz, era mi medio. En la escuela todos éramos campesinos, si acaso algunos tenían mejor ropa, pero todos éramos iguales, hasta la gente grande, pues en algunas obras de albañilería los dueños nos daban de comer en el suelo donde ponían platos con frijoles, chiles, tortillas y jícaras con agua, así era como ellos también comían pues aunque tuvieran dinero vivían casi igual que uno.

Los domingos toda la familia incluyendo a mi papá íbamos a misa, pero en la casa no se rezaban rosarios. Sólo la abuelita prendía la veladora en el altar de su casa.

Mis primeros trabajos

Terminada la primaria en 1952 me dediqué a ayudar a mi padre en las labores del campo. En un principio como no sabía trabajar, solo lo acompañaba, recuerdo cuando iba a zacatear y a amarrar zacate que estos trabajos se hacen solamente de madrugada de dos a tres de la mañana hasta cuando empieza a salir el sol. Para los que no sepan, zacatear es quitarle toda la hoja a la milpa y hacer tercios, se hace de madrugada, así no se desperdicia nada, si se hace en el día, el sol tuesta la hoja y no se puede amarrar porque se quiebra. Pues bien, cuando yo lo acompañaba a estas labores solo iba a hacer fogatas para calentarme hasta que aprendí a hacer lo que él me enseñó, ir tras de la yunta cuando se quebraba tierra para ir desbaratando torromotes que dejaba el arado, o sacudiéndolos para que al desbaratarse se seque el pasto que tienen esos terrones duros. Cuando no había mucho pasto o torromotes y no tenía muchas ganas de trabajar, me dedicaba a matar pájaros, ratas o culebras. Aprendí después a sembrar, levantar la milpa, pizar y juntar calabazas. Mi papá

me mandaba a un terreno por donde están las cuevas de Yagul, terreno del tío Aurelio que sembraba a medias con mi papá (f. 5). A mí me daban miedo las cuevas, pero tenía que ir y dejar señales de que había ido a cuidar el campo; éstas consistían en cortar unas dos o tres puntas de milpa y doblarlas. Mi papá con eso sabía que había ido a vigilar.

Una vez se me perdió una borrega pinta y regresé llorando a la casa. Mi papá me preguntó dónde exactamente había andado, le dije que por la Guisipa. Él entonces fue y regresó con la borrega. No me pegó esa vez, pero cuando desobedecía me daba con la escoba o el guarache, otras veces con piedras.



Foto 5. Tío Sr. Aurelio Ramos.

En realidad no me gustaba el trabajo de campo, yo quería otra cosa. En 1954 entré a trabajar en una tienda de abarrotes y licores, tenía entonces catorce años, en esta tienda ganaba 20 pesos al mes y la comida. Entraba al trabajo a las siete de la mañana y salía a las nueve de la noche, solamente los lunes me daban descanso a partir del mediodía. En esta tienda me enseñaron a preparar el mezcal de pechuga y el añejo, el vino, el aguardiente, el catalán. Me enseñaron a hacer instalaciones eléctricas; como en el pueblo todavía no había luz, el dueño de la tienda tenía una planta de gasolina y un tocadiscos que me enseñó a manejar porque cuando había mayordomías, bodas o cumpleaños, él alquilaba el tocadiscos y yo tenía que ir a tocarlo, y por cada noche me pagaba 5 pesos así terminara a las dos o tres de la mañana. Se llevaba eso en carretilla, más la gasolina y una caja de agujas porque a cada disco tocado había que cambiar la aguja. Se instalaba la planta y el cable no era forrado de plástico como ahora sino de hilo y cuando llovía daba toques, se paraba uno en rejas de refrescos de madera para evitar los toques. De músico dilaté unos tres años.

Fuera de las fiestas patronales no había mucho en qué divertirse. Los grandes hallaban dónde pasarla en la única casa de citas que se llamaba “Aquí está el detalle” en la misma calle donde vivía el tío Andrés que era hermano de mi papá. Recuerdo que una vez cuando la hija del tío me vio caminar por esa calle, esa tarde mi mamá lo supo y me regañó y pegó, yo no sabía por qué, pues no había hecho nada malo. Ella sólo dijo que no volviera a pasar por ahí porque había gente mala. Tenía yo unos 12 años.

Así estuve hasta principios de 1956 en que este mismo señor compró una cantina que se llamaba el

“Dios Baco” y donde me mandó como encargado, para este tiempo ya me pagaba 50 al mes, porque yo llevaba el control de la cantina. A principios de 1957 me salí de la cantina porque otro señor que tenía una tienda de abarrotes me dijo que me fuera a trabajar con él, que me pagaría 80 pesos al mes.

Así la familia la iba llevando con el mínimo para comer sin siquiera pensar en viajes u otros gastos. El tío Aurelio un día puso a mi papá a arreglar con cemento un piso. Así fue como aprendió a fuerzas a ser albañil y mi hermano Roberto y yo le empezamos a ayudar de peones en pequeñas obras que le pedía la gente. Ya después yo solo seguí de peón con mi papá, eso fue desde que terminé primaria en 1952 y tenía 13 o 14 años.

Crisis en la familia

Como ya no había más que estudiar, uno tenía que buscar trabajo donde fuera para ayudar a la familia. Para esas fechas mis padres tenían un tremendo problema económico, pues mi mamá llevaba enferma varios meses a consecuencia de la mordida de un perro, la señora de la farmacia le daba medicina, pero mi madre se ponía cada día más enferma. Cuando por fin vimos a un doctor, nos dijo que de milagro no se había muerto, pues la medicina le estaba haciendo daño.

Todo se agravó cuando la abuela decidió vender el terreno donde todos vivíamos. Mi papá había comprado con muchos sacrificios ese terreno y lo había puesto a nombre de su papá. Cuando éste muere, la abuelita que vende pues decía que ella era la dueña. Nos enteramos de eso un buen día que un tío cercano entró a la casa sin pedir permiso, sólo dijo buenas tardes y se atravesó hasta el patio de atrás y se puso a sembrar unos nopales en señal de posesión. Por dos mil pesos

la abuela nos dejaba de pronto en la calle. Mi mamá entonces alegó que nosotros éramos más dueños pues ahí llevábamos más de 20 años. Le dijo a ese tío que le vendiera a ella o se iba al pleito. Pero ahora el precio de compra era de cuatro mil pesos. Mi mamá se las ingenió y del tío Aurelio y de otro tío hermano de mi papá consiguió el dinero prestado pero con intereses al 5% pero como no ajustaba se tuvo que pedir a otros pero con intereses al 10% que daban en total 400 pesos mensuales sólo de intereses.

Había que ayudar a pagar esas cantidades, así que entré a otra tienda enfrente de la Menchito, la del Sr. Manzano donde me pagaban 80 mensuales pero tenía que trabajar de 9 a 9 diario. Sólo el lunes por la tarde tenía un rato libre. Esa era una tienda grande, éramos unos siete empleados y entre otras tareas era salir a los pueblos a repartir maíz en camioneta, yo cargaba bultos de 50 kg. Era un trabajo muy duro.

Necesitaba conseguir mejor trabajo pero primero tenía que hacer el servicio militar porque veía que tenía que irme de bracero para poder ayudar mejor a la familia. Así que me fui a inscribir, tenía entonces 17 años pero dije que tenía 18 y como nadie checaba nada fue así que llegué a sacar la cartilla y prepararme para la que sería una etapa diferente de mi vida (f. 6).

En 1957 salí a Estados Unidos como bracero, de allá regresaba y combinaba el trabajar con mi papá como peón y también como albañil en las excavaciones que se hacían en Yagul. Hilario otro trabajador era el encargado de contratar peones, pero no lo hacía si decías que trabajabas con el Arqueólogo John Paddock en Lambytieco. No sé a qué se debía eso. El Sr. Lorenzo Gamio era el supervisor general de parte de Monumentos Arqueológicos (f. 7).



Foto 6. Marchando 1º de la 2ª fila a la derecha.



Foto 7. En Yagul, 1957.

Yolanda

En la calle de Morelos, Sr. Albino hacía una obra de albañilería junto con Zenón su hijo. “Esta vez estaba yo trabajando con mi papá en la casa de un señor llamado Juan, le decían Juan Shec originario de San Juan Guelavía, estábamos haciendo una casa”. Del otro lado de la calle vivía una familia en una casa de material con cerca de carrizo como la mayoría y desde donde Zenón trabajaba podía ver el patio de esa casa con su mezquite en medio y espiar de vez en cuando a las hijas de la familia. Abraham Luis y Petra Marcial eran progenitores de nueve hijas y dos hijos Abraham y Cuauhtémoc. La segunda más grande de nombre Yolanda también iba a la escuela primaria del pueblo pero nunca se trataron Zenón y ella pues iban en diferentes grados y además la niña era una de las llamadas “catrinas” para distinguir a las que venían de familia menos pobre. Desde los ocho años de edad Yolanda ayudaba a su mamá en las tareas de la casa. Con frecuencia salía sola o acompañada de Olvido, una de sus hermanas, al molino o a comprar en el mercado; otras veces Zenón la veía ir por gasolina en tambos de 40 litros que la jovencita hacía rodar ya llenos desde el centro del pueblo hasta su casa por aquellas calles llenas de hoyos y lodo en tiempo de lluvias.

Zenón ya de 17 años y Yolanda de 14 comenzaron a hablarse (f. 8). Yola —como le decimos siempre— consultó con su mamá que ese muchacho le estaba hablando y quería que fuera su novia. “Es tu decisión” respondió Dña. Petra, —“Veo que es un muchacho muy trabajador que entra muy temprano y sale muy tarde”. Zenón recordando esos primeros días de su noviazgo dice que en cierto modo le ayudó la suegra, pues el suegro había jurado que mataría al que se acercara

a sus hijas. Yola no tuvo más remedio que avisarle a Zenón que su papá se negó a que se trataran y “nos va a matar si lo hacemos”.

¿Quién era Abraham Luis? Era un tipo de unos 35 años que vestía diferente al resto, siempre con pantalones de casimir, botas, camisa de colores (f. 9). Era dueño de un carro de redilas que se llama “El Avión”, y por eso se le conocía como el “Aviador”. Su negocio era llevar maguay y leña para los palenques, materiales de construcción, mazorca, calabazas, etc. Era hombre con medios para vivir y alimentar a su numerosa familia. Conocido por su carácter autoritario, brabucón y prepotente iba a visitar a sus amigos a la cárcel, y como no le dejaban entrar le pegaba a algún guardia y lo encerraban que era lo que él quería. Yola fue varias veces a llevarle su chamarra o una cobija a la prisión. Enamoradizo compulsivo fuera de su casa amenazaba con matar al que se acercara a sus hijas. Zenón supo de eso en carne propia un día que caminaba con sus amigos por el río y de pronto toparon con el “aviador”. Éste desenfundó la pistola y le dijo a Zenón “así te quería ver”. Los amigos tomaron piedras y rodearon a Abraham. El enfurecido hombre viendo que aquello se podía agravar descargó su furia contra el pobre de su machetero que quedó descalabrado del cachazo. Fuera de sí por la humillación entró en su casa y rompió cuanta cosa había, corrió a su mujer y a sus hijas. Así fue como toda la familia tuvo que salir huyendo a Veracruz a casa de un pariente. Tuvieron que pasar varios meses antes de regresar cuando ya se medio había calmado el marido.

Ahora los novios hallaron cómplices para poderse hablar. Olvido espiaba cuando regresaba su papá caminando después de dejar el camión estacionado al fin del día. Los amigos de Zenón se apostaban en las esqui-



Foto 8. Yolanda antes de casarse.

nas para avisar. Pero también había contra espías: Flor otra de las hermanas y Abraham chico que no querían a Zenón. Así fue como se enteró Sr. Luis de la desobediencia de su hija Yola y procedió a castigarla colgándola de las manos en el mezquite y pegándole con una banda de motor de camión. Abraham de 12 años veía satisfecho que su padre apreciara el que él también viera por el honor de la familia. Sólo que su valentía llegó a más. Un buen día esperó a que se acercara Zenón a



Foto 9. Zenón, Sr. Abraham (centro) y un amigo.

la casa y parado en medio de la calle amenazó a Zenón con una pistola “aquí no pasas”. Zenón sin espantarse que era lo que hubiera querido el nervioso muchacho que no se creía él mismo su atrevimiento, le respondió que la calle era de todos y no tenía por qué impedirle el paso. Una vecina corrió a avisarle a Dña. Petra que “Abrahamcito quería matar a Zenón”. El incidente terminó en una buena regañada.

Todo parecía formalizarse pues los novios querían seguir adelante en su relación. El padrino de bautizo del novio es el que acompaña a los papás de éste cuando se va a pedir a la novia. Así fue como Manuel Méndez como padrino y los padres del novio se presentaron a la puerta de la casa y se hicieron anunciar que iban a pedir a la hija Yolanda. Como respuesta oyeron al furioso dueño: “Váyanse o no respondo, no tengo nada que ver con Uds. quiero ver al muchacho solito”.

Zenón entonces se prepara para ir solo, pero si el “aviador” es hombre de pistola al cinto así él también tenía que hacerse anunciar en forma decidida. Rogelio Alvarado, uno de los amigos que vigilaban en las esquinas, le presta una pistola con un cargador. Zenón, en la puerta de la casa de la novia descarga al aire, a los disparos sale Dña. Petra y Yolanda a ver qué desgracia ocurría. Zenón muy despreocupado les dice que había pasado un borracho tirando al aire, que él no traía pistola. Abajo del gran mezquite el Sr. Abraham esperaba a Zenón a quien sin saludar lo hizo pasar a una habitación y mandó llamar a su hija. Sin dirigirse aún a Zenón preguntaba a Yola:

—¿Conoces a este muchacho?

—Sí, papá.

—¿Sabes que su mamá hace tortillas?

—Sí, papá.

Y así estuvo respondiendo a todas las preguntas o afirmaciones que hacía su papá de cuál era la situación económica con el que quería casarse. Después de un silencio, por fin se dirigió al muchacho y mirándolo a los ojos le preguntó:

—Y ¿tú qué quieres?

Zenón viendo que llevaba una ventaja por haberse anunciado tan decididamente a balazos aunque fueran al aire respondió con una seguridad que a él mismo le llamó la atención:

—Pues la costumbre, entro de yerno, me voy a Estados Unidos a trabajar, junto centavos para de regreso casarme.

La respuesta del temido hombre de la casa dejó a Zenón admirado por lo inesperada:

—Entonces, ¿para que se esperan? Cásense mañana.

La respuesta era desconcertante pues todo mundo suponía que sería una boda con todas las de la costumbre, además el novio así la estaba pidiendo. ¿En qué consistía la tradición en Tlacolula? Ordinariamente la entrada de yerno duraba un año. Al yerno había que llevarlo a las 6 de la mañana. Éste lleva una escoba de patio de oate. El padrino y los papás solamente llevan dos canastas de pan y chocolate, esto es sólo para pedir permiso para que entre el novio, y esto no se decide inmediatamente, hay que preguntar cuándo puede entrar y una vez acordado se acepta y se fija fecha que debe ser un miércoles. Ya aceptado, el yerno entra y barre, y a partir de entonces el novio está de prueba. Tiene que barrer la calle, el patio los domingos y fiestas de guardar. Después de tres primeros días de fiesta el novio ya tiene permiso de entrar oficialmente. Los

días de guardar y domingos la mamá del novio le lleva fruta a la muchacha, jabón y estropajo para que se bañe. Al final del año u antes comienzan los trámites para la boda.

Esa era la costumbre, pero ¿qué pasó en el caso de Zenón y Yola? El Sr. Abraham insistió en romper la costumbre, pues además quería que se casaran en domingo y la tradición pedía que fuera en lunes. El padrino Manuel Méndez tercamente se oponía porque esa no era lo aceptado. Entonces el “aviador” les espetó tratando de modificar la costumbre:

—Muy bien, conforme la costumbre Uds. van a traer muchos invitados, yo también y el novio otros, ¿nomás díganme quién va a pagar esos gastos? En mi caso, pues yo. El novio estará pagando por muchos años las guelaguetzas conforme el cuaderno, pero ¿dónde está la ayuda para los muchachos?

—No, pues ellos que paguen —respondieron papás y padrino.

—No, vamos haciendo esto, una guelaguetza que les cobren la pago yo y la siguiente Uds.

Por fin aceptó el padrino pero tratando todavía de asegurar una parte de la tradición dijo:

—Bien, pero de todos modos entra de yerno.

—Para qué si ya entró, sentenció el “aviador”, la fiesta que debía hacerse era para que pudiera entrar, pero él ya lo hizo.

Zenón mientras tanto estaba fuera de la habitación esperando el resultado de la negociación, y así fue como en su caso no fue necesario usar la escoba...

Fue hasta el 3 de diciembre de 1959 que fueron los papás a pedir a la novia (f. 10). De todos modos no se casaron al día siguiente como quería el “piloto” sino hasta el tercer día. Fue hasta el 5 que se pudo preparar

los papeles, y el juez los casó por lo civil en la casa de la novia. Se hizo una comida sencilla que llevó la mamá de Zenón a casa de los suegros. Luego hubo que esperar tres misas continuas, “la primera *publicata* el 8, día de la Virgen de Juquila, la Guadalupe el 12, la segunda y el 18, día de la Virgen de la Soledad, la tercera”.

La boda en la Iglesia fue el 20 de diciembre, y en domingo como quiso el “piloto” y no en lunes conforme lo acostumbrado. Sin embargo, el suegro queriendo imponer su autoridad y dejar constancia a la nueva familia de quién mandaba exigió que el 12, día de la Guadalupana, fuera Zenón a barrer, y que lo hiciera temprano. Pero no contaba con el carácter de su yerno, éste se presentó hasta las diez de la mañana. Dijo “Hola” y avisó a la expectante familia: “Vengo pero no a barrer porque yo ya me casé...” El suegro sorprendido y con la mirada de todos en su cara para ver cómo reaccionaba, sólo dijo con una risa disimulada: “Lo dije de broma a ver si venía”. Zenón en sus adentros se dijo —ahora sí nos vamos a entender él y yo—. Y así fue ese el comienzo de una amistad que duró hasta el trágico fin de la vida del “aviador” de Tlacolula.

Las bodas tradicionales aun de gente pobre se hacen con gran dispendio. Dña. María, la mamá de Zenón, duró 60 años en acabar de pagar la guelagueta de su boda. Pero es otra historia la boda de Zenón y Yola. Para empezar, a la boda en la iglesia del pueblo asistieron sólo los papás de Zenón y sus hermanos. No hubo comida ni un refresco siquiera. Saliendo de la iglesia se fueron todos de paseo a las ruinas de Yagul (f. 11).

Al día siguiente, en la casa de los papás del novio, hubo comida. Se vistieron los novios como si salieran de la Iglesia, con los trajes que prestaron los padrinos, ella vestida de blanco (f. 12); así se acostumbraba prestarse



Foto 10. Yolanda antes de casarse con su hermana Aída.

ropa. La madrina también prestó las arras y anillos (f. 13). Todos cooperaron, Aurelio el tío llevó marimba, la tía Beatriz llevó guajolote. El “aviador” y su familia llevaron ropero y trastos. En las bodas también se pedían prestados escaños, mesas, platos, a estos se les ponían en la base una señal para reconocer quién prestaba.

Al día siguiente de la fiesta, como es la costumbre, se lleva a casa de los suegros “la mañana” que consiste en un cajón de cerveza, una botella de mezcal, y se

da de tomar “dos manitas”. En esta ocasión no se dice “buena mano” como puede ser la costumbre en otras situaciones. Después de las dos tomas obligatorias, queda libre el campo por si se quiere seguir bebiendo. Cuando el novio llegó, ya Sr. Abraham con amigos estaban bebiendo a un lado del mezquite. Uno de sus amigos era el militar Matamoros que siempre andaba de uniforme y pistola. Se estaban entreteniendo disparándole a un cigarro de blanco. El “aviador” provocador dice que su yerno es bueno al tiro. Matamoros picado dice que es de apuesta. Zenón tratando de zafarse del compromiso se le ocurre decir que estaba bien, pero que el cigarro tiene que estar más lejos. El militar acepta sonriendo burlescamente, pero se le quitó la sonrisa cuando Zenón casi cerrando los ojos disparó y partió el cigarro por la mitad. Ni él mismo se lo creía.



Foto 11. Paseo de boda en Yagul.



Foto 12. Yolanda y su hermano Abraham.

Para Matamoros eso era un insulto y ya con las cervezas que se había tomado reta a Zenón a hacerlo de más apuesta esta vez. Zenón muy tranquilo y observando la pistola en sus manos dijo que estaba bien pero que ahora el cigarro iba más lejos para que valiera la pena. Viendo la apuesta perdida los amigos riéndose nerviosamente dijeron que ahí moría, “¡Salucita a todos!”.

El comienzo de la vida conyugal para esta pareja de medios económicos diferentes lo describe Yola re-



Foto 13. Los padrinos: Manuel Méndez y Sra. Epifania.

cordando esos lejanos tiempos de hace más de 50 años: “Ahora sí que salía de Guatemala para entrar a Guatemala...” Con gran sentido del humor y entre palabrotas describe esos primeros días. “Yo que tenía cama en mi casa ahora a dormir con Zenón en el mismo carrizo tendido sobre horcones...” “En la cocina no había ni una pinche mesa, y cuando mi suegra me vio sentada en un pedazo de viga con mi plato en las piernas me

dijo que lo pusiera en el suelo como los demás. Me negué, no, sí, al carajo”.

Lo primero que hizo Zenón para arreglar la casa fue tirar el laurel de la entrada y comenzó a hacer un cuarto de adobe, y mientras se terminaba, vivía con Yola en el jacal de la familia, pues ya sus papás se habían cambiado junto con sus hermanos a la tejavana que había sido de la abuela. La vida siguió su ritmo, nada había cambiado después de la boda. Temprano don Albino se levantaba a traer agua de la pila del pueblo a tres cuadras de distancia donde siempre había madrugadores esperando turno. Ya de casado Zenón iba también por agua en dos botes de 20 litros cada uno. Si había mucha gente había que caminar otras dos cuadras a la pila La Primavera, y si tampoco ahí, pedía agua a una familia que tenía pozo en su casa. La instalación del agua pública iba a dilatar todavía. Si se tardaba en levantarse su papá lo despertaba regando el patio y salpicando a la pareja dormilona a través de la media pared de carrizo.

Zenón, ya en paz con el suegro, estuvo dos o tres meses de machetero en el camión de carga hasta que un buen día el “aviador” que ya había ido de bracero también invita a Zenón a ir a Estados Unidos. Zenón tenía 21 años y Yola 17.

Y el relato de esos viajes que duraron de 1959 a 1963 es el que escribió Zenón hace ya más de 40 años.



II

De bracero

Primer viaje 1957

Para ir de bracero había que solicitar al Presidente Municipal una constancia de que uno era campesino y de escasos recursos económicos, esta carta la llevaba uno al Palacio de Gobierno, para que allí la autorizaran, hicieran las listas y mandaran a la gente a los campos de contratación de acuerdo con los pedidos de Monterrey, Chihuahua, Empalme en Sonora. Empecé a hacer estos trámites en el mes de julio de 1957 y para los primeros días del mes de septiembre del mismo año me dieron la carta ya autorizada. Como no había salido antes a ninguna parte fuera de Oaxaca, mis padres me recomendaron con un señor que ya había ido al Norte, además con un primo mío; mi mamá me preparó ropa y una caja con tortillas tlayudas, totopos, pan, quesos, chintezle, que es una salsa que se hace con chile guajillo y camarón, pasta de frijoles. Así se llegó el día en que por primera vez me iba de bracero, para esto el señor de la tienda en donde trabajaba me había prestado dinero para el pasaje y gastos.

Cuando llegamos algunos de Tlacolula a Monterrey nos hospedamos en el Hotel Roosevelt e inmediatamente después de haber dejado nuestras cosas, nos fuimos para el campo de contratación que estaba en la orilla de la ciudad. Era aproximadamente las 11 de la mañana cuando llegamos al campo, había no menos de diez mil aspirantes a braceros de varios es-

tados de la República y así estaba casi diario porque unos se iban y otros llegaban, estas personas estaban esperando el turno de su lista. Ahí me encontré con muchos paisanos y algunos familiares, recuerdo que uno de ellos, Leandro, andaba con un primo mío, éstos habían ido anteriormente al extranjero y según ellos ya sabían todo lo relacionado a estas cosas. Pues bien, el mencionado Leandro me dijo: “Niño ¿qué andas haciendo por aquí? Aquí no vas a atizar el bracero de las tortillas ni a ayudar a tu mamá a hacer los quehaceres de la casa, esto es muy peligroso para ti, nosotros que ya somos viejos en esto y no ganamos pasar, menos vas a pasar tú”. Yo le contesté “pues eso lo vamos a ver, a la mejor traigo más suerte que tú”.

Y por ahí anduvimos viendo cómo pasaba gente de otros estados hasta que anunciaron por micrófono, “es todo por hoy, mañana continuaremos”. Mis compañeros y yo nos fuimos al hotel a comer nuestro queso, tlayudas, etc. Después de esto, nos fuimos a conocer algo de la ciudad, algunos centros de baile, a escuchar a los conjuntos norteños, a cantinas y cines. Todo esto conocimos en casi tres días que allí estuvimos. Al otro día volvimos al campo de contratación, volvimos a encontrarnos con los mismos y los demás paisanos que iban en la lista. Empecé a ver que muchos se tallaban las manos en la vía del tren, otros tenían palitos de paletas entre las manos y empezaban a frotarse fuertemente, esto con el fin de que les salieran callos porque decían que revisaban las manos y los que no tenían callos los sacaban dado que no eran campesinos y no iban a servir para trabajar en los campos. Yo empecé a hacer lo mismo para que me salieran callos y además me empecé a tallar las manos en algunas piedras para que se me levantaran pellejitos.

Sería como el medio día aproximadamente cuando se me ocurrió decirles a mis compañeros “vamos a acercarnos a la puerta, a la mejor nos llaman”. Los dos con los que iba estuvieron de acuerdo, no así los demás porque dijeron “es igual que estemos cerca de la puerta o lejos, de todos modos nos van a llamar por nuestros nombres y así si estamos lejos, pues pasamos”. Leandro y mi primo dijeron: “nosotros no traemos papeles pero en el momento en que pasen lista de los de Oaxaca, de todos modos nosotros pasamos”. De todas maneras mis compañeros y yo nos acercamos a la puerta. Oíamos que mencionaban nombres de compañeros de otros estados, éstos pasaban corriendo, nos hacíamos a un lado para que pasaran, de pronto pararon de nombrarlos y esperábamos a ver qué otro estado pasaba, pero fue bastante nuestra sorpresa al oír por medio de las bocinas cuando dijeron “Estado de Oaxaca pasen nada más ciento cincuenta”. En la puerta había varios policías y un señor que estaba contándonos. La gente se amontonaba como desesperada ahí en la puerta, pues los de la lista del estado de Oaxaca éramos aproximadamente unos cuatro mil, pero pasamos los primeros que estábamos en la puerta hasta que se completaron los ciento cincuenta.

Antes de entrar a los departamentos y oficinas que había dentro del campo de contratación, nos pidieron nuestras cartas autorizadas por Gobernación de Oaxaca, después de esto pasamos a una sala bien grande en donde primeramente nos revisaban las manos, yo las llevaba sucias para que no se notara que estaban un poco raspadas, además de eso llevaba yo una camisa vieja, un pantalón parchado, huaraches y un sombrero viejo, así no tuve ningún problema, después pasamos a otra sala completamente desnudos al examen médico,

esto consistía en revisión de la vista, le palpaban a uno un ojo y con el otro tenía uno que contar y con el otro ojo hacían lo mismo, luego nos revisaban los genitales para ver si llevaba uno alguna enfermedad venérea, también el recto porque el que padecía hemorroides no pasaba, también le picaban a uno la parte superior de los testículos y el que se quejaba lo sacaban porque decían los médicos que tenía hernia. Después de esto pasaba uno a otra sala donde había muchos escritorios y ahí nos hacían nuestros pasaportes, después nos dijeron que pasáramos a la parte posterior de las salas por un lunch y un pase para el tren y que nos presentáramos al otro día a las cinco de la tarde en la estación del ferrocarril. Yo estaba inmensamente feliz después de todo esto, y al salir con mis papeles en la mano busqué a Leandro y a mi primo. Cuando los encontré les mostré mis papeles y me dijeron “no cabe duda que sí traes mucha suerte”. Los invitamos a comer y ese mismo día les regalamos todas nuestras provisiones pues ellos ya no tenían ni para comer. Nosotros ya no queríamos las tlayudas ni los totopos, ya queríamos probar un cabrito al horno o alguna otra comida desconocida para nosotros.

Al otro día a las cinco de la tarde, ya estábamos en la estación del ferrocarril, mientras éste llegaba nos dieron otro lunch para el camino (dos sándwiches, fruta y una lata de jugo) cuando llegó el tren (que era un carguero) nos subimos y de aquí partimos para Reynosa, Tamaulipas. No recuerdo por qué lugares pasamos pero muy de mañana llegamos a Reynosa e inmediatamente cruzamos la frontera (el puente sobre el río Bravo) y llegamos a Hidalgo, Texas. Ahí nos dieron de desayunar, después de eso a otro examen médico. El mismo procedimiento anterior, nada más que aquí

había algo más, los rayos X, análisis de sangre. Los que salían malos de la sangre no los regresaban, los inyectaban de todos modos. A todos nos sacaron una jeringa llena de sangre y luego pasábamos a la fumigación o sea que nos echaban un polvo, me imagino que algún insecticida en la cabeza y nos abríamos la camisa para que nos echaran en el cuerpo y genitales. Después de esto nos dijeron que los que oigan sus nombres pasan a la barraca “xy” y los que no a la barraca “x”. Todos los que ya sabían esto se veían muy nerviosos y yo les pregunté por qué iban a nombrar a unos y a otros no, me dijeron que a los que nombraban se tenían que regresar a México, porque éstos habían salido enfermos de los pulmones (según reporte de los rayos X), en efecto, así era y después de una hora aproximadamente empezaron a mencionar nombres, por supuesto que eran muy pocos. Estos señores muy tristes y desconsolados empezaban a pedir ayuda (dinero) a los compañeros para poder regresarse a sus lugares de origen, después pasábamos a otro salón a donde nos formaban para ir despachando a los trabajadores para diferentes lugares donde iban a trabajar de acuerdo con los pedidos que hacían las asociaciones de granjeros de estos lugares. Y así empezaban, por ejemplo, decían: “ciento cincuenta para San Antonio, Texas, cincuenta para Brownsville, doscientos para Arkansas, etc.” Afuera ya los autobuses o camionetas esperaban. En mi caso, me mandaron para Arkansas; cuando llegamos ahí esperamos a que llegaran los rancheros a llevarse a sus trabajadores. Me llevaron para Lepanto, éramos doce. Recuerdo que estaba anocheciendo cuando llegamos a donde íbamos a trabajar, el patrón nos llevó a un rancho que estaba como a unos ocho kilómetros fuera de la ciudad aproximadamente, ahí nos dieron un catre

a cada quien y como tres o cuatro estufas de petróleo para cocinar. Yo iba solamente con un paisano o sea con uno de mi pueblo, no con los que habían llegado a Monterrey, pues desde Reynosa nos separamos porque a ellos los mandaron a otro lugar.

Aquí nos pasó algo curioso, no sé si por la fatiga del camino o lo tétrico del lugar, en la noche empecé a soñar (a mí me pareció que no fue sueño) que llegaban unos maleantes o fantasmas y que me querían llevar, pues los vi entrar y dijeron: “¿a quién nos llevamos?, pues hay varios, pues nos llevamos a dos o tres de ellos”. En fin, empecé a soñar que me jalaban, empecé a patearlos y a querer gritar para que los compañeros me despertaran, después de batallar mucho no sé que pasó, me desmayé o me quedé dormido, en fin, al otro día llegó el patrón y “nos dijo”, más bien nos dio a entender que nos fuéramos con él al pueblo a comprar provisiones para la semana. Nos dio cinco dólares a cada quien a cuenta de trabajo, digo que esto nos dio a entender, porque él no hablaba casi nada de español ni nosotros inglés. Nos entendimos casi a señas, cuando llegamos al pueblo nos llevó a un supermercado a comprar provisiones, esto fue algo difícil para nosotros porque no conocíamos en primer lugar la moneda; en segundo, qué íbamos a comprar. Yo me concreté a comprar harina para las tortillas, huevos, pan y algunos botes de otras comidas, esto los compré nada más por el dibujo que tenían, porque todo estaba en inglés. Regresamos a la casa por la tarde y empezamos a preparar nuestra cena y a conocernos y preguntarnos, “tú ¿de dónde eres?”. Dos dijeron que de Guanajuato, otro dijo que de Puebla, otro de México, y así los demás. Empecé a notar que todos estábamos un poco nerviosos porque ya era de noche y se acercaba la hora de dormir. Entonces

uno de ellos preguntó (aquí viene lo curioso de la noche anterior):

—¿A ustedes no les pasó nada anoche?, ¿no soñaron nada? es que yo tuve una pesadilla— y empezó a contar exactamente lo que a mí me había pasado. Otro dijo “a mí me pasó igual”, después yo dije que a mí me había pasado lo mismo, el caso es que a la mayoría nos había sucedido eso, unos dijeron que aquí penaban porque era mucha coincidencia que todos hayamos soñado lo mismo. Entonces hicimos unas cruces de palma y las pusimos detrás de las puertas, parece que esto fue la solución porque ya no nos volvió a pasar eso.

Al otro día llegó el patrón y nos llevó y nos mostró cómo se iba a pizar el algodón. Se instaló en la orilla del terreno una romana para pesar el algodón y ahí mismo se puso un carro para ir echándolo. A uno de los compañeros que sabía un poco de inglés lo hizo mayordomo y éste se encargaba de pesar lo que pizcábamos, para esto nos dieron un saco de manta como de dos metros de largo, entonces teníamos que amarrárnoslo de la cintura o colgarlo de los hombros, en éste íbamos echando el algodón hasta que se llenara el saco, lo llevábamos a pesar y luego por medio de una escalera subíamos al carro para vaciar la saca y volver a llenarla.

Nos pagaban a \$1.55 dólar las cien libras y apenas yo hacía de 200 a 250 libras diarias, pero había uno de la Laguna que hacía de 300 a 350 libras diarias. Si esto hubiera sido ininterrumpido nos hubiera ido bien porque así hubiéramos ahorrado algo de dinero, pero había días en que llovía o helaba y pues lógicamente no podíamos trabajar y cuando nevaba trabajábamos hasta el medio día hasta que se derretía el hielo. A veces el patrón nos decía si queríamos trabajar aunque tuviera hielo el algodón. En un principio nos pusimos

contentos porque mojado pesa más pero no aguantábamos mucho porque se nos entumían las manos y no podíamos ni siquiera abrirlas, no nos quedaba más que esperar hasta que se derritiera el hielo. Los primeros centavos que gané los mandé para pagar al señor de la tienda que me había prestado para mi pasaje 500 pesos. Después mandé otros centavos para mi casa, no sé cuánto era, tal vez 800 pesos. Trabajábamos de siete a siete a destajo. Teníamos lunch hecho en casa. Podíamos salir dentro de los límites que decía el contrato y también a las cantinas.

Trabajábamos de lunes a sábado y el domingo era día de lavar la ropa, de bañarse y de salir un rato por la tarde a conocer el pueblo más cercano al rancho (en este caso era Lepanto) o al cine. Aquí en este lugar hay discriminación hacia los negros, pues en el cine, en la planta baja entraban los americanos y nosotros también, pero los negros se iban a la planta alta porque ninguno de ellos podía entrar a la planta baja.

No recuerdo ni cuánto gané en los tres meses que aquí estuve, lo que recuerdo es que compré un radio, un veliz, ropa, un reloj y tres cortes para pantalón. Entre los compañeros estaba uno que era de México, pero éste nos decía que era “zorra” porque así les dicen en México a los que roban en la madrugada, pero aquí él robaba de día, porque en una ocasión que entré con él a la tienda de ropa, tomó un pantalón, se metió al vestidor y se lo puso debajo del que traía, luego se puso una chamarra, le quitó las etiquetas y salió como si nada, yo tuve miedo de salir con él e igual los otros compañeros. Él decía que si no íbamos con él, que él iría solo y que ya no robaría, pero siempre llegaba a la casa con algo nuevo. Algunas veces que salía yo con otros compañeros a la ciudad, nos regresábamos ca-

minando, como había muchos nogales entrábamos a algunas casas a coger algunas nueces, cuando se daban cuenta los dueños de las casas nos echaban los perros y salían a gritarnos y teníamos que correr.

Una mañana en que salíamos a trabajar como de costumbre, la “Zorra” nos dijo que él no iba porque estaba un poco enfermo, dos días antes había ido a la casa del patrón a hablar con él. El caso es que en la tarde cuando volvimos del trabajo, él ya no estaba, se había ido ya para México y se llevó todo lo que pudo pues a todos nosotros nos robó algo de lo que ya teníamos. A mí me robó el reloj y los cortes para pantalón. Fuimos a ver al patrón para reportar el robo y él nos dijo que no podía hacer nada porque él había salido temprano para México y seguramente ya había cruzado la frontera. Nos regresamos al rancho sin poder hacer nada para recuperar nuestras cosas.

Esa noche me dormí con el cigarro en la mano, el cigarro cayó al colchón y éste empezó a arder, tenía la costumbre de dormir con la cabeza tapada, cuando sentí el calor (la lumbre me estaba llegando a la espalda) salté de la cama, pero en ese momento yo ya me estaba asfixiando, salí corriendo hacia las plantas de algodón, corrí no sé qué tanto hasta que por fin pude respirar, regresé a la casa con una cubeta de agua y se la eché al colchón, entonces los demás se despertaron, la casa estaba llena de humo, la lumbre había llegado ya a la mitad del colchón, lo cambié por el de la “Zorra”, pasado esto todos volvimos a dormir. Al otro día llegó el patrón, vio el colchón y preguntó que quién lo había quemado para que lo pagara. Le dijimos que la “Zorra” quemó el colchón un día antes, poco tiempo después nos avisó prepárense porque pasado mañana salen para México, se les venció ya el contrato.

Se llegó el día de salida, yo estaba contento y triste a la vez. Contento porque ya iba a ver a mi familia y triste por no haber ganado mucho dinero para poder ayudar a mis padres. El patrón nos pagó el pasaje de regreso nada más hasta Reynosa. En la aduana dimos cincuenta centavos de dólar para que no nos registraran las cosas. De aquí nos fuimos a Monterrey y de ahí nos separamos, cada quien agarró para su estado, yo me vine con Carlos mi paisano, llegamos a México, estuvimos dos días. El primer día fuimos a la Villa de Guadalupe, el segundo a Chapultepec, al tercer día nos regresamos a Oaxaca. Cuando llegué a la casa mis padres estaban muy felices por mi regreso y porque ya teníamos un radio, les entregué creo que eran 400 pesos, eso era lo que yo traía, pero traje algo de ropa y así finaliza mi primer viaje a los Estados Unidos.

Descansé algunos días pero ya no volví a trabajar en la tienda. En los primeros días de diciembre unos amigos me avisaron que estaban solicitando trabajadores para la zona arqueológica de Yagul, fui a solicitar trabajo, me lo dieron, el trabajo se terminó en el mes de marzo; aproximadamente para estas fechas mi papá trabajaba de albañil, me fui a trabajar con él como peón. Por estas mismas fechas empezaron a dar cartas en el municipio para empezar a preparar el viaje de 1958.

Segundo viaje

Después de haber hecho las mismas gestiones que el año anterior, en este año de 1958, volví a irme a los Estados Unidos. Esta vez mi carta me la autorizaron en los primeros días de agosto, en esta ocasión me tocó irme con Hilario (el mismo primo con el que había salido el año anterior), Simeón y Maximiano; nos man-

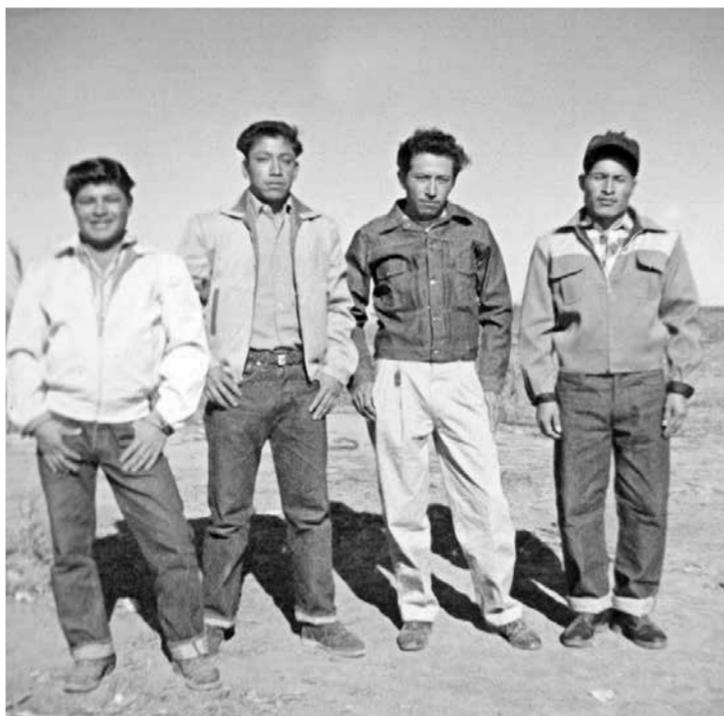


Foto 14. En el valle de Texas, 1957.

daron nuevamente a Monterrey, aquí duramos cuatro días y nos contrataron, pasamos nuevamente por Hidalgo, Texas, después de los mismos exámenes que la vez anterior.

En Monterrey cada quien llegaba a donde podía, a hoteles, otros pedían posada en casas pobres de las barriadas o a la estación del ferrocarril, o en el mismo campo de contratación.

Nos mandaron a Farr, en el Valle de Texas (f. 14). Aquí éramos 25 trabajadores, nos llevaron a unas barracas viejas, nos dieron unos catres viejos llenos de grasa (eran de lona), estufas de petróleo. Cuando llegamos, el patrón nos llevó al pueblo a comprar provisio-

nes; al otro día a las seis y media de la mañana llegó el mayordomo (un pocho) por nosotros para irnos al trabajo. Éste estuvo muy pesado porque en primer lugar hacía mucho calor, en segundo, el algodón estaba muy crecido pues las matas medían casi dos metros y estaban enredadas, nos pagaban \$2.05 las 100 libras, el que más trabajaba se hacía 200 libras, los demás 150, 170, 180, etc. Era tanto el calor que hacía que se desmayaban, había veces que se sacaba uno la camisa para exprimirla, ésta en la tarde estaba blanca de sal de tanto sudor. Cuando uno la lavaba se rompía.

Escribí una carta a mi mamá diciendo que estuviera muy pendiente con las noticias del radio y cuando anunciaran que saldría gente para Empalme, Sonora que me escribiera inmediatamente porque yo quería ir allá a contratarme para entrar a California, pues me habían platicado que allá era muy distinto porque había comedores para los braceros y no como acá que llegaba uno cansado y teníamos que hacer la cena, hacer las tortillas, el café, la avena, etc., además de lavar la ropa. Allá había máquinas lavadoras. Aquí en Farr había cerca unas cantinas y en dos o tres ocasiones fuimos a tomarnos una cerveza y a bailar, los pisos son de madera así que el zapateado se oye como a una cuadra de distancia (esto era los domingos). Aquí estuve solamente 28 días aunque mi contrato era por 45.

Una mañana en que todos nos encontrábamos trabajando llegó otro empleado del patrón en una camioneta y le dijo al mayordomo que nos llevara a otro terreno a donde estaba mejor el algodón, pero éste mismo traía unas cartas para los que estábamos ahí trabajando, y una de ellas era para mí, de mi mamá, en donde me decía que había escuchado en las noticias del radio que saldría un pedido de “braceros” para Em-

palme, Sonora. En esta carta me decía qué cantidad de braceros saldrían, así mismo me dio la numeración de las constancias de qué número a qué número (porque éstas además iban numeradas). Terminando de leer mi carta, le dije a Hilario el contenido y él me dice “¿nos vamos?” y le contesto “pues si tú quieres sí porque yo sólo no me voy porque no conozco por allá”. Les hablamos a los otros dos compañeros (Simón y Maximiano) si querían venir con nosotros, dijeron que sí. En ese momento le dijimos al mayordomo que pesara nuestro algodón que ya habíamos pizcado, porque teníamos que ir en ese momento a la casa del patrón para que nos liquidara lo que nos debía porque queríamos salir para México ese mismo día, y nos responde, “pero qué les pasa si están trabajando bien”. Le contestamos que sí, pero que en la carta que acababa yo de recibir decía que urgía nuestra presencia en nuestro pueblo. Viendo nuestra decisión dijo: “está bien, váyanse caminando porque yo no puedo llevarlos ahorita”. Nos fuimos caminando para el rancho donde vivíamos, llegamos a lavar trastos para dejar todo limpio y a hacer nuestra maleta, pues esta consistía en una bolsa de manta con ropa de trabajo, y además a borrar los sellos que tenían nuestras constancias con las que nos habíamos contratado en Monterrey, pues éstas después de pasar, les ponen un sello que dice cancelado. Este era el más grave problema para nosotros, porque los que iban en la lista que había salido para Empalme llevaban sus constancias autorizadas y nosotros no teníamos nada, por esto optamos por borrarle el sello que decía cancelado y a ver si era posible pasar con éstas ya que también habían sido autorizadas por Gobernación.

Borramos los sellos con migaja de pan y enseguida le untamos talco, volvimos a borrar y otra vez talco y

casi se borró el sello. Finalmente manchamos un poco toda la carta para que no se notara mucho el borrón. Después de arreglar todo esto nos fuimos a la casa del patrón, nos dijeron en su casa que no estaba pero que dejáramos el recado, les dijimos que queríamos que nos pagara porque nos íbamos para México. Nos dijeron que nos esperaríamos a que él llegara. Como se nos estaba haciendo tarde y no llegaba, volvimos al rancho por nuestras cosas, ya se estaba haciendo noche cuando regresamos otra vez a la casa del patrón. Estaba furioso porque nos íbamos de su rancho, nos dijo que fuéramos otro día a cobrar, le respondimos que no podíamos porque esta misma noche salíamos para México, y nos dice ¿cuál es el motivo?, le respondimos que en la mañana habíamos recibido una carta en donde decía que era urgente nuestra presencia en nuestro pueblo y es por eso que nos íbamos, porque algo grave estaba pasando. Él nos dijo que si no sabíamos que todo aquel trabajador que salía de Estados Unidos sin haber cumplido su contrato jamás podía entrar otra vez. Le respondimos que estaba bien que nosotros no queríamos volver jamás a ese lugar. Por fin nos pagó y nos dijo que nos esperaríamos en la gasolinera, que ahí pasaba un autobús como a las diez de la noche, el que venía de San Antonio, Texas y que ese nos tenía que recoger ahí para llevarnos a la frontera.

Eran más de las diez y no pasaba ningún camión, preguntamos en la gasolinera si no sabían si pasaba algún autobús a esa hora y nos dijeron que ningún autobús iba a pasar por ahí, el patrón nos engañó, entonces decidimos tomar un taxi para Hidalgo, Texas, pues la frontera estaba cerca. Cuando llegamos a Hidalgo nos encontramos con bastantes braceros que estaban por salir para México, unos porque ya habían terminado

su contrato y otros por motivos tal vez semejantes al nuestro. Pues bien, aquí nos cancelaron el contrato, nos dijeron que por qué nos íbamos antes de cumplirlo, les dijimos lo mismo que al patrón y ya no nos dijeron nada y nos dieron nuestra misma mica. Esta mica nos la dieron al final del primer contrato, ésta nos sirve para otra vez porque cuando uno se contrata y trae la mica ya no le hacen preguntas si es o no campesino y si tiene o no callos en las manos. Aquí no nos dilatamos mucho tiempo, luego salimos a Reynosa, de ahí salimos luego para Monterrey, N.L.

Tercer viaje

Cuando llegamos a la terminal de Monterrey ahí mismo sacamos boletos para Guadalajara, nos dijeron que sí nos vendían el pasaje a Guadalajara, nada más que teníamos que traspasar en Ciudad Mante, Tamaulipas; ahí estuvimos como dos horas mientras salía el autobús para Guadalajara. Cuando ya íbamos camino a Guadalajara nos sentimos felices porque íbamos para Sonora, pero por otro lado íbamos preocupados porque no sabíamos a quién de todos nos tocaría la suerte de pasar y además sabíamos que nos separaríamos pues en esto también habíamos quedado. Uno pasaría primero y otro después, y así sucesivamente porque si caían a uno nos caían a todos.

En nuestro camino de Ciudad Mante a Guadalajara, recuerdo que llegamos a San Luis Potosí como a las seis de la mañana y después de un rato que el autobús estuvo ahí proseguimos nuestro camino, pero al poco rato que salimos de San Luis Potosí, chocó el autobús, había mucha neblina en la carretera. Yo iba dormido, tenía la cara tapada con una chamarra, cuando sentí el choque desperté asustado, me sorprendí más aún

cuando oía que los pasajeros heridos gritaban, una señora me decía “joven le está saliendo sangre”, pero yo no sentía nada. Después me di cuenta que me escurría sangre, se me había enterrado un vidrio dentro del oído. Afortunadamente no fue nada grave, mis compañeros estaban ilesos. El choque no fue de frente. Un camión carguero fue el causante del accidente, el choque fue por el costado izquierdo, el carguero rompió casi todas las ventanillas y en la parte trasera fue más duro el golpe porque se llevó parte de la carrocería, el motor quedó al descubierto. Por otro lado, los heridos estaban la mayor parte cortados de la cara, recuerdo de uno que tenía vidrios dentro de los ojos, las cortadas eran impresionantes. Después de que todos bajamos del autobús, el chofer estaba todo asustado y nos decía que iba a seguir al carro culpable del accidente, era un pretexto para correr, eso creímos, le dijimos que lo acompañábamos, pedimos un aventón a otro carro y regresamos con el chofer, pero como a un kilómetro estaba estacionado el carguero, el chofer no estaba, solo el ayudante, le preguntamos por el chofer y éste nos contestó que había corrido hacia el monte, porque además del choque creyó que se había volteado el autobús. En efecto el autobús se salió de la carretera y quedó a la orilla de la cuneta, poco faltó para que se volteara y esto sí hubiera sido fatal. Poco después llegó otro autobús en el cual proseguimos nuestro viaje.

Cuando llegamos a San Juan de los Lagos ahí se quedaron los heridos y los demás seguimos hacia Guadalajara. Llegamos a Guadalajara y en la terminal nos encontramos a todos los que iban para Empalme a contratarse. Muchos de nuestros paisanos nos dijeron, ¿qué hacen ustedes aquí? pues ustedes salieron en la lista pasada, les dijimos que habíamos metido otra car-

ta en Gobernación antes de irnos a Monterrey y que ahora había salido junto con la de ellos, que por correo nos las habían mandado a Texas, que de ahí veníamos. El problema aquí era de cómo conseguir boletos, las colas eran grandes pues se habían quedado a cuidar su lugar. Supimos que estaban saliendo carros especiales para Empalme, pero aquí también las colas eran grandes, pero yo me pude meter a la brava en la fila, claro con ayuda de mis compañeros. Fue cuestión de estarnos casi medio día en la terminal cuando pude conseguir los boletos para un camión especial. Hicimos 36 horas de Guadalajara a Empalme. Aquí llegamos como a media noche, no sabíamos a donde irnos a dormir. Hilario sabía de una casa a donde llegaban casi todos los de Tlacolula, ésta era la casa de Dña. María, llegamos ahí pero no había lugar, estaba bien llena. Nos fuimos para el campo de contratación, a un lado estaba la carpa de unos húngaros. A un lado de la carpa nos dormimos en pleno campo, como cama pusimos las bolsas de manta que llevábamos. Cuando amaneció nos fuimos a buscar casa, un compañero que nos encontramos nos llevó a la casa donde él estaba (casa de la Sra. María Montes) y ahí nos acomodamos, nos cobraba un peso diario por el hospedaje a cada quien; nos quedábamos en una casita de lámina, nos daban unos cartones en lugar de petates.

Después de dejar nuestras cosas nos fuimos al campo de contratación, aquí nos encontramos con muchos compañeros del mismo pueblo. Gumersindo que ahora es un compañero de trabajo en el INAH me preguntó, ¿vienes en la lista? le digo sí y le enseñé mi carta para ver si notaba el borrón, a ésta le había yo puesto un número de los que venían dentro de la lista. Al verla me dice esta carta es chueca, le digo por qué,

porque el número que tiene tu carta es el número que traigo yo. Enseguida me enseñó su carta autorizada por Gobernación y efectivamente tenía el mismo número que le había yo puesto a mi carta y le digo pues aquí el que tenga más suerte pasa, y me dice, no, si yo no paso me voy a rajar que tú vienes chueco. Le digo pero si mi carta también está autorizada por Gobernación, se puso a ver mi carta y me dice, no, a esta carta le borraste el sello, es la misma con que pasaste en Monterrey, y le digo si así es pues a ver cómo me va. Se extendió esto de que veníamos chuecos, pero a pesar de esto estábamos muy pendientes en el campo de contratación esperando a ver a qué hora llamaban a los de Oaxaca para meternos nosotros también.

Creo que estuvimos aquí tres o cuatro días, y una mañana dijeron “los del Estado de Oaxaca pasen y fórmense aquí enfrente” (decían pasen porque había un alambrado que dividía el campo a donde estaban todos los aspirantes a braceros y las oficinas de contratación). Pasamos Hilario, Simeón, Maximiano y yo en el orden que habíamos quedado (distanciados) había ocasiones en que los llamaban por numeración, si esto hubiera sucedido no paso, porque Gumersindo hubiera dicho que yo venía chueco y que él era el que iba en la lista, y tenía razón, pero no fue así, después de haber pasado hacia dentro del alambrado y de habernos formado, se pusieron dos hombres en la puerta que da hacia las galeras donde estaban las oficinas donde también pasaríamos el examen médico y nos harían nuestros pasaportes. Empezaron a pasar uno por uno, sin llamar lista y sin fijarse en la numeración. Al pasar enseñaba uno la carta, el que las estaba recibiendo se fijaba en la fotografía de la carta y se fijaba en uno para ver si se trataba del mismo. Enseguida volteaba la

carta para ver si estaba autorizada por Gobernación. Si estaba bien la sellaba y la devolvía. Esto lo hacían porque había muchos que andaban chuecos y llevaban la pura carta del municipio sin autorización de Gobernación, a éstos los sacaban, ahora todo esto era rápido porque diario contrataban cerca de tres mil o tal vez más según fueran los pedidos. Nos tocó la suerte que los cuatro pasamos. Estando dentro inmediatamente pasamos al examen médico, antes mostraba uno su “mica” y no le hacían más preguntas, pero sí el examen médico. Pasado esto luego íbamos con la secretaria a dar los datos para que hicieran el pase.

Finalmente salíamos por la puerta de atrás ya con el pase en la mano, en esta ocasión nos dijeron “a las cinco de la tarde deben de estar en la estación del ferrocarril”. Cuando ya todos salíamos y nos reunimos otra vez, los cuatro compañeros estábamos todos felices porque habíamos pasado y ninguno se quedó. Para celebrar esto nos fuimos a un restaurante a comer una buena comida, porque habíamos estado comiendo pura gallina con plumas para ahorrar dinero, pues no sabíamos cuánto tiempo íbamos a estar ahí. Había en los restaurantes anuncios: “Gallina con plumas \$2.50, gallina sin plumas 3.50”.

El primer día que amanecemos en Empalme, vimos estos letreros y dijimos vamos a pedir una orden de gallina con plumas a ver de qué se trata. Así lo hicimos y nos sirvieron un plato de frijoles parados, tres tortillas y salsa de puro chile, esto era la gallina con plumas y preguntamos cuál era la gallina sin plumas y nos dijeron que lo mismo nada más que con un poco de arroz. Pues seguimos comiendo gallina con plumas y en la noche algunos taquitos, o un vaso de arroz y un pan, o un té de canela. Y como dije antes, este día

que nos contratamos nos fuimos a un restaurante y pedimos cervezas, pescados fritos, etc. Enseguida nos fuimos para la casa de Dña. María Montes a traer nuestras cosas y a despedirnos de ella. En el camino nos encontramos a muchos compañeros del mismo pueblo, estos ya sabían que andábamos “chuecos” y nos preguntaron ¿pasaron? Sí repusimos y los cuatro, qué suerte tienen, nos dijeron. Nosotros no pudimos pasar, pero tal vez mañana, les dijimos. Decían que no pudieron pasar, porque no todos los de la lista pasaron ese día, pues diariamente pasaban a unos pocos de cada estado.

A las cinco de la tarde ya estábamos en la estación del ferrocarril, a donde empezaron a llegar las camionetas con los lonches, nos formaron para hacer cola y recibir el suyo: pasaba uno, mostraba su pase, le ponían una seña y le daban a uno un lonche. Éste consistía en dos sandwiches de jamón, uno de queso amarillo, uno de Bolonia, una fruta y un bote de jugo. El tren llegó como a las siete y otra vez a hacer cola para subirse pues tenían que revisar que todos los que subiesen tuvieran su pase. El tren era carguero con unas bancas alrededor del carro y unas en el centro y unos tambos de agua en cada carro del tren, no metían nada más los que cupieran en las bancas, sino amontonados como animales. Bien, esta noche salimos rumbo a Mexicali, Baja California, pues por esa frontera tendríamos que pasar. Recuerdo que pasamos por Hermosillo, Son., e hicimos una escala en Benjamín Hill, aquí venden café, taquitos, etc. Estuvimos en este lugar como dos horas y continuamos nuestro viaje a Mexicali.

Cuando llegamos a Mexicali eran como las cinco de la mañana y a hacer cola otra vez para cruzar la frontera. Estuvimos parados ahí hasta las nueve de la

mañana en que empezamos a pasar. En el tiempo en que estuvimos parados aquí llegaron unos lecheros a vendernos leche (botecitos de cartón de ½ litro y un litro) nos decían que tomáramos leche porque teníamos que pasar a los Rayos X y si alguien tenía alguna mancha en los pulmones la leche la tapaba y así no salía uno enfermo, la mayoría tomamos leche, pues con tal de pasar creíamos en lo que nos decían. Al cruzar la frontera mostraba uno su pase. Al otro lado estaban los autobuses que nos llevarían a Calexico, California que está muy cerca de la frontera.

Cuando llegamos al Centro, así le decíamos a Calexico, lo primero que nos revisaron fueron las maletas, porque si alguien llevaba algo de comer, tenía que tirarlo a la basura, algunos todavía llevaban sus tlayudas, totopos, chintezle, queso, etc. Todo esto tenía que tirarse a la basura. Enseguida nos dijeron pasen al salón No. X a dejar sus cosas, éstas eran grandes galeras o barracas. En seguida a hacer cola otra vez para pasar al comedor, a la entrada estaban las filas de platos con varias secciones, pasaba uno con su plato y primero nos daban huevos revueltos, en otra sección nos ponían pan, en otras gelatina y un cartoncito de leche. Todo esto era rápido, enseguida nos formábamos otra vez para pasar a otro salón en donde muchos enfermeros nos esperaban con grandes jeringas en la mano para sacarnos sangre. Como nos formábamos en varias filas, unos enfermeros iban clavando las agujas en la vena con todo y jeringa sin amarrarle a uno el brazo y sin desinfectarlo. Otros venían atrás quitando las agujas pero con la jeringa llena de sangre, decían que era para analizarla, yo creo más bien que era para los bancos de sangre, porque para analizarla creo que no se necesita una jeringa llena. Después de esto en-

trábamos a otro salón a donde había varios aparatos de Rayos X, y así unos pasaban a un aparato y otros a otro. Aquí tenía uno que entregar una tarjeta que ya antes le daban a uno y al tiempo que tomaban la placa checaban la tarjeta, le ponían números tal vez de la placa tomada, ahora cada aparato checaba con tinte de diferente color. Ahora si habíamos venido juntos hasta acá, aquí era donde nos separábamos si no pasábamos al mismo aparato, porque después de esto nos decían, por ejemplo: los de color rojo se forman de este lado, los de azul de este otro y así sucesivamente, después decían los que oigan su nombre por medio del aparato de sonido (tenían bocinas por otros lados) favor de pasar al salón No. X. Aquí estaba el peligro, porque hay de aquellos que oyeran su nombre porque eran los que habían salido enfermos de los pulmones y tenían que regresar a México. Los que salían enfermos de la sangre nada más los inyectaban. Después de esto se formaba uno a un costado de los salones a donde pasaba uno a la fumigación. Nos echaban un polvo en la cabeza y en el cuerpo, en seguida nos metían a un salón grande de donde nos mandaban a diferentes lugares. A mí me mandaron para Buenavista Labor Camp en Oxnard, Calif. Me tocó ir con Simeón e Hilario, sólo Maximiano se había apartado de nosotros, a él lo mandaron a otro lado. Cuando llegamos a Buena Vista le dijeron al chofer del autobús, síganse hasta Filmore, creo que era como a media noche cuando llegamos a Filmore, Calif. Este lugar era mucho muy distinto a los lugares de Texas donde antes había estado. El chofer entregó la lista de los que llevaba el encargado del lugar. Éste le ordenó al campero (conserje chicano) que nos atendiera, nos llevó a unos cuartos de madera en muy buenas condiciones. Nos dieron nuestros catres



Foto 15. En Buena Vista Labor Camp, Oxnard, California.

con sábanas limpias y almohadas (f. 15), nos dijeron temprano cuando oigan sonar las campanas se levantan a almorzar, porque mañana mismo empiezan a trabajar. Esa noche los demás braceros que ya estaban ahí se despertaron y empezamos a platicar con algunos de ellos, les preguntábamos que cuánto tiempo tenían de estar trabajando ahí, unos decían tenemos quince días, otros apenas una semana, etc. Les preguntamos que cómo estaba la chamba, nos decían pues nos ha ido bien, unos decían nosotros somos limoneros (pizcaban limones) otros decían nosotros andamos en la naranja y los últimos que han llegado se están yendo al tomate, a la mejor para allá van ustedes, les contestábamos pues a ver qué suerte nos toca. Los que traba-

jaban en el corte de naranja tenían muchas de éstas y nos invitaron.

Al otro día como a las seis de la mañana sonó la campana, fuimos al comedor y nos dieron un par de huevos estrellados, pan, tortillas y café o leche lo que uno quisiera. Después nos dijeron: “los que llegaron anoche en el autobús No. X esperen la troca No. X, en ésta se van a ir a trabajar, al medio día les llevamos la comida”. Cuando llegó el carro por nosotros nos dieron una ficha con un número y nos dicen “de ahí en adelante ustedes van a ser el número que les tocó, se van a la pizca de tomate, procuren trabajar bien, no dejar tomate maduro en las matas, etc”. Cuando llegamos al campo de tomate había muchas cajas de madera tiradas a la orilla de los surcos, y nos dice el mayordomo “agarren de a dos surcos cada uno y cuando terminen éstos y hayan sacado todas sus cajas de tomate pónganles su número y agarren otros dos y así sucesivamente”. Para esto nos dieron gises a cada quien y cuando terminábamos estos surcos, les poníamos el número como nos habían dicho, pero aparte también yo apuntaba en un papel las cajas que había dejado al final de los surcos. Había una persona que se dedicaba nada más a apuntar los números de las cajas, porque enseguida venían los trailers levantando las cajas de tomate y por la tarde nos decían No. X hizo tantas cajas y éstas tenían que coincidir con la cuenta que uno llevaba. Nos pagaban a catorce centavos dólar cada caja, nos hacíamos al día ciento veinte o ciento treinta, a veces más, a veces menos según estuviera la cosecha, pues en algunos lugares de una sola mata salía una caja. Aquí sí nos fue bien, pues recuerdo que en la primera quincena gané 190 dólares libres de seguro y comida, de seguro pagábamos creo que dos dólares por

quincena y de comida \$1.75 diario, pero de aquí mismo salía y además nos atendían bien, pues después de que a medio día nos llevaban la comida caliente al campo (en termos) por la noche pasábamos al comedor para la cena. Nos daban a veces caldo de res, la carne apesataba, y como el arroz tenía gusanos yo lo que comía eran tortillas con tomate y chile. Aquí estábamos más contentos, sufríamos menos y ganábamos más, pero aquí también costaba trabajo guardar el dinero, porque había mucho en qué gastarlo, por ejemplo, el día de cheques nos íbamos a alguna tienda comercial, especialmente de ropa, comprábamos algo para que nos cambiaran el cheque y ahí mismo en la tienda depositábamos dinero para que lo mandaran a nuestras casas, desde luego que nos guardábamos la mayor parte, porque enseguida nos íbamos a una cantina a tomar cervezas, al cine, al teatro o a cenar a algún restaurante con las mujeres de la vida galante, pues aquí no había zona roja, pero los compañeros que ya sabían nos llevaban a lugares donde se encontraban regularmente en las cantinas que dan a las huertas de limón o de naranja o llegaban a media noche hasta nuestros cuartos semi desnudas, nos despertaban y decían “¿No quiere pinchi?” (éstas eran la mayoría americanas, pero también había filipinas, mexicanas y a veces una que otra japonesa).

Aquí en Filmore estuvimos como un mes, después nos cambiaron a Buena Vista Labor Camp en Oxnard, Calif. En este lugar de acuerdo a la distancia en que iba a trabajar así era como se levantaba uno al desayuno, pues desde las tres de la mañana tocaba la campana. A esta hora nos levantábamos a hacer cola para poder entrar al comedor, el desayuno consistía en un par de huevos estrellados, duros, revueltos o crudos, una

taza de avena, en las mesas había jarras de café, pan, galletas y tortillas de harina, además jarras de leche. Como iba uno terminando de desayunar se pasaba por la puerta de salida a dejar su plato y a tomar el lonche para medio día. También aquí podía uno escoger entre tacos de tortilla de harina o sándwiches, a todos nos daban frutas y jugos, aquí todos teníamos tarjetas para entrar al comedor. Por la tarde cuando regresábamos del trabajo (éste consistía en la pizza de tomate o lechuga) teníamos que bañarnos o cuando menos cambiarnos para entrar al comedor. Los baños eran generales, unos cuartos grandes con regaderas alrededor, había agua caliente y fría, muy distinto de Texas en donde se bañaba uno en la llave o en los canales de riego (no había baños). Además de los baños, había detrás de los cuartos (barracas) hileras de lavaderos para los que quisieran lavar su ropa los domingos.

Como dije antes, al comedor tenía uno que entrar limpio y con su tarjeta en la mano. Cuando la comida me gustaba y no me repetían salía a traer otra tarjeta (desde luego la de otro compañero que aún no llegaba) y volvía a entrar al comedor. Después unos se iban al cine, estaba muy cerquita Oxnard, otros jugaban billar que había en el campo, también había televisión, escuela para los braceros, una hora de clase cada tercer día de inglés, había una tienda, otros se formaban en grupito a jugar baraja o dominó (le dicen hueso), pero a las diez y media de la noche pasaba el policía americano a apagar las luces, a esta hora ya no debería de haber relajo, pero muchos tenían el vicio de la baraja (jugaban póker), éstos se iban a los baños pues apostaban dinero, regularmente eso pasaba en los primeros días de la quincena, los que perdían y ya estaban picados en el juego iban a despertar a sus compañeros a

pedirles que les prestaran para ver si se desquitaban, cosa que era difícil si es que estaban jugando con alguien que tuviera sus paleros, el trabajo de éstos era ver el juego del contrincante y avisar por medio de claves, por ejemplo, si veían que el comodín estaba arriba decían “hay diosito santo qué duro es el juego este”, era señal que el comodín venía arriba, y si venía abajo decían “el que gane me presta porque me voy para mi tierra, ya me aburrí aquí”, señal que el comodín estaba haciendo tierra y así como éstas había muchas claves, al que le daban éstas pues ganaba y así también obtenían su tanto los demás.

Por mi parte yo entré a la escuela, pero no duré mucho, creo que fui nada más una semana porque los compañeros me decían ¿pero qué haces ahí en la escuela? ni el español hablas bien y quieres hablar inglés. Otros decían no vas a aprender el inglés mientras tanto el español se te va a olvidar y vas a quedar mudo, deja eso y vámonos al cine, a ver los aparadores a la 6, una calle que así se llama, está llena de cantinas y a la vez de meseras en su mayoría mexicanas donde podía uno bailar, tomar una cerveza con ellas o si eran de las que por la noche andaban rondando los campos de braceros pues se hacía la cita para verse en la noche. Me gustó esta pachanga y dejé la escuela de la que después me arrepentí de haber salido.

Volviendo a Buena Vista Labor Camp diré que aquí éramos en el mes de septiembre y parte de octubre como cinco mil, todos teníamos que comer en el mismo comedor así es que aquí era un ajeteo terrible, en cada dormitorio cabían como doscientos, dormíamos en literas, además teníamos closets.

En el mes de noviembre regresé a mi tierra, cuando pasamos la aduana había que dar mordida para que

no le registraran a uno las cosas, y los que no tenían casi nada, pues dejaban que los registraran. Cuando a los de la aduana les gustaba algo decían que eso no pasaba y que tenía que quedarse; muchos preferían romper sus cosas que dejarlas. Si saliendo a la frontera tomaba uno un autobús, el registro era en Sonorita, Sonora, y si tomaba uno el tren el registro era ahí mismo.

En ese viaje me fue mejor pues mandé algunos centavos, aproximadamente 3,500 pesos para mi casa. Cuando llegué todos estábamos muy felices pues ya las deudas que tenían mis padres estaban saldadas, aunque yo puse nada más una pequeña parte, ellos trabajaron demasiado para salir de este apuro. Después, como el año anterior, me fui a trabajar a Yagul, pues la temporada de trabajo era regularmente de noviembre a marzo, y cuando se terminó el trabajo nuevamente me fui de peón de albañil.

Cuarto viaje

A principios de este año de 1959 nuevamente empecé a hacer las gestiones anteriores para irme otra vez de bracero, por el mes de abril empezaron a salir las primeras listas. A mí me tocó en el mes de junio y mientras seguía trabajando en casa del Sr. Juan Shec enfrente de donde vivía Yolanda. Tuve que despedirme de ella, así que le dije que mañana me iba, que ya tenía mi constancia. Yolanda se llevaba bien con la familia del Sr. Juan así que fue a pedirle si podía poner unos discos, pues este señor tenía un tocadiscos, él dijo que sí, entonces estuvo rayando ese disco de *Te vas amor* que es una canción muy bonita, yo le dediqué *Contigo —contigo, Gema y Nuestro juramento*. Era un poco triste esto.

Esa noche salí rumbo a Monterrey en compañía de Simeón y Maximiano, ahí estuvimos días para

poder contratarnos, en esta ocasión no pasamos por Reynosa sino que nos mandaron a Piedras Negras para pasar por el Águila (Eagle Pass), por supuesto que después de haber pasado por el examen médico que fue igual a los anteriores. Ahora nos tocó irnos a Plainview, Texas, el patrón se llamaba A. G. Givens, éste nos mandó a un rancho que estaba como a diez kilómetros de Plainview donde él vivía. En este rancho estaba solamente el tractorista, él se iba a labrar la tierra y nosotros tres a la limpia de cebolla, en esto trabajábamos con un azadón pequeño para ir cortando toda la yerba. El patrón venía a vernos cada ocho días, teníamos en este lugar una camioneta que manejaba el tractorista, él nos llevaba al pueblo cuando ya no teníamos provisiones. El lugar donde trabajábamos estaba cerca del rancho, trabajábamos doce horas diarias, aquí también teníamos que hacer la comida. En la mañana nos levantábamos temprano para hacer el desayuno y preparar el lonche de medio día, por la tarde era igual, mientras uno lavaba los trastos, otro amasaba la harina para las tortillas y el otro guisaba.

Los sábados en la noche (que era cuando nos pagaban) nos íbamos al pueblo a comprar provisiones para la semana. Esta noche compramos chuletas para llevar al rancho y freírlas, también compramos un pollo para hacer caldo el día domingo. Este día nos apurábamos a lavar y bañarnos para después de la comida irnos a pasear un rato, a caminar por otros terrenos, en otras ocasiones nos íbamos a cazar conejos, aquí había muchos, nos compramos una pistola cada quien, y cuando no salíamos nos quedábamos a escribir cartas o rasurarnos si ya estábamos muy melencidos.

Después de la limpia de cebolla, nos fuimos a la limpia de algodón con azadones grandes, después a

la papa, aquí trabajábamos en una máquina, ésta iba sacando la papa y subiéndola por medio de una banda, nosotros estábamos a los lados de la banda para ir sacando la basura y los terrones o piedras que se pasaran, una vez limpia, la máquina la iba echando al carro (troca) y conforme se llenaba un carro salía y se arrimaba otro. Esto fue cuestión de unos días, después nos fuimos a la pizca de pepinos, esto ya estaba retirado del rancho para trasladarnos allá venía un negrito con una camioneta y nos llevaba al trabajo, por las tardes nos iba a traer. A la orilla de este terreno había unos cajones de enjambre. Una vez dijimos, vamos a sacar miel, me puse un costal para cubrirme la cara, me bajé las mangas de la camisa y me puse guantes, así, según yo, iba seguro para que no me picaran los enjambres. Había un cajón y los enjambres se me amontonaron por todos lados, pero uno pudo meterse en la manga de la camisa y me picó, esto bastó para que yo soltara el costal que sostenía con la otra mano y se metieran dentro del costal. Me picaron por todos lados y también en la cara. Al sentir los piquetes me revolqué dentro de los surcos, además corrí de ese lugar, pero cuando gané quitarme la bolsa, yo estaba temblando de tanto piquete, también un ojo tenía cerrado.

Como dije antes, el negrito nos llevaba por la mañana y nos iba a traer en las tardes, pero una tarde no parecía que fuera a venir y decidimos irnos caminando al rancho, a pie eran más o menos 45 minutos, pero por otro camino no por donde pasaba el negrito, esto fue nuestra salvación, porque al poco rato que salimos del campo, llegó el negrito por nosotros, al no encontrarnos se regresó, cuando nosotros íbamos llegando al highway que estaba muy cerquita del rancho, vimos a varias personas ahí en la carretera, un coche atra-

vesado, un hombre sangrando y una mujer tirada bañada en sangre, a media carretera, nos acercamos a la mujer creyendo que estaba muerta, de pronto abrió los ojos y se nos quedó mirando, estaba viva, pero fue mayor nuestra sorpresa cuando vimos a una camioneta tirada como a unos 20 metros de distancia y dentro de un terreno, ésta era la del negrito. La camioneta estaba partida por la mitad y el negrito parado a un lado, no sé cómo pudo salirse, el asiento estaba pegado en el volante. Había chocado con el coche, atravesó sin precaución la carretera y lo agarró el coche por la mitad, de haber venido en la camioneta nos hubiéramos muerto.

Después se vino la cosecha de algodón (f. 16), aquí nos fue algo regular, el algodón no crece mucho, esto empezó en el mes de octubre, las cien libras de algodón limpio lo pagaban a \$2.05 dólar, el pule a \$1.75 (esto es el algodón con todo y su capullo) y el mapeado a \$1.50,



Foto 16. En la pizca de algodón, Plainview, Texas.

esto era pizcar el algodón con todo y basura, para esto tenía uno que usar guantes, pues agarraba uno la mata desde el tallo con las dos manos y jalar hacia arriba para cortar todas las hojas, ramas y algodón que ésta tuviera y al igual que en Arkansas y Valle de Texas, nos daban sacas para después de ya estar llenas, llevarlas a pesar y enseguida vaciarlas dentro de un camión. Como aquí pude ahorrar algunos centavos, estuve mandando a mis papás para que hicieran una casa de adobe, mandé a mi casa como 5 mil pesos y ropa, ya que la casa que hasta entonces teníamos era un jacal con puntales que ya se estaba cayendo y una tejavana (casa de carrizo). De vez en cuando también mandaba unos cuantos dólares a mi novia, dinero que no le llegaba porque lo cobraba la dueña de la casa donde ella vivía en la calle de Abasolo en la ciudad de Oaxaca.

Cuando empezó la pizca de algodón el patrón metió más gente, al finalizar este trabajo éramos doce, además de los negros que llegaban con sus familias a la pizca.

Otra vez pasar la aduana de regreso a México, dar mordida y esperar que pegaran “Revisado” en la maleta. Así fue este cuarto viaje a Estados Unidos.

Al llegar a mi casa a esta la encontré muy diferente, pues ya la cerca de espinas que estaba, ya no era sino una pared de adobes, junto a la casa de carrizo, una casa de adobe de tres y medio metros de ancho por siete de largo, ya habíamos prosperado un poco, y pude comprar una bicicleta. Nuevamente me fui a trabajar a Yagul, pero como ya no teníamos deudas y por el contrario, teníamos algo de dinero de este último viaje fue cuando me decidí casarme. Empezamos los preparativos y el veinte de diciembre de este mismo año 1959 ya estaba yo casado con Yolanda.

Después de esto me dice mi suegro ya no trabajes en Yagul, vente a trabajar conmigo, él tenía un carro con el cual acarreaba maguey para el mezcal y además materiales para construcción y así después de haberme casado me fui a trabajar con él, me estuvo enseñando a manejar. En el mes de enero varios se fueron para Empalme, Sonora, decían que estaban contratando sin papeles. Entonces me dice mi suegro ¿nos vamos al Control?, de momento no le contesté, le dije déjeme pensarlo, después le digo, y me dice: no hombre, deja a la mujer y vámonos, ahora es tiempo de entrar y quedarse todo el año, también se va Rán con nosotros, así le decía a su hijo que se llamaba Abraham que tenía dieciséis años. Tuve que decirle a mi esposa que la dejaba con mis padres porque yo me iba con el de ella a trabajar al norte. Únicamente saqué una constancia del municipio y fue todo. Esto del control consistía en ir a trabajar en algún rancho donde se pizcaba tomate. Había que trabajar 45 días sin pago alguno, nada más daban de comer. Después decían que fuéramos al campo de contratación de Empalme que ahí llamarían para ser contratados, pero tardaban meses para pasar la frontera, nosotros —mi suegro, mi cuñado y yo íbamos— a sufrir esperando tres meses pasar por medio del control. Había que pasar por otros medios.

Quinto viaje

En los primeros días de enero de 1960 llegamos a Empalme, Sonora. Esta vez sí ya teníamos donde llegar, en la casa de Dña. María Montes. En esta ocasión me separé totalmente de mis compañeros anteriores, estuvimos aquí unos días mientras nos dábamos cuenta cómo andaba la cosa del control y si en realidad estaba pasando esta gente, había muy pocos en Empalme,

digo pocos en comparación de la gente que hay de marzo en adelante.

Decidimos irnos a Zaragoza, Son., pero aquí ya estaban completos los trabajadores, enseguida nos fuimos para San Pablo a un lado de Zaragoza y ahí sí entramos a trabajar, hablamos con el encargado de que queríamos alistarnos para poder contratarnos después, éste nos dijo que tendríamos que trabajar ahí cuarenta y cinco días ganando solamente la comida, pero que después de éstos nos iríamos para Empalme, Son., a esperar a que nos llamaran para contratarnos. Aquí había una casita de madera donde vivía el encargado y su familia, ellos mismos se hacían cargo de darnos de comer. El mayordomo vivía en Zaragoza, todos los días venía por la mañana y por la tarde se iba. Había también un corredorcito que servía como comedor, aquí éramos como cuarenta o más y dormíamos en unas casitas de paja y varas que habían hecho los primeros que empezaron a trabajar ahí. Algunas eran tan chiquitas que cabía uno nada más sentado, ellos tenían una casa (los encargados) también de paja y varas pero aquí cabían nada más como unos veinte nada más, así es que los demás tenían que hacer la suya por un lado, como petates usábamos cartones y papeles.

A las seis de la mañana nos llamaban a almorzar, el almuerzo regularmente era un plato de frijoles, salsas, una taza de café y tortillas, al medio día frijoles con arroz, salsa y tortillas bien gruesas. El almuerzo rara vez variaba, lo que cambiaba poco era la comida, pues cuando no eran frijoles con arroz, daban calabazas hervidas con salsa, los domingos caldo, en la noche tortillas con café.

En las mañanas después de almorzar nos íbamos a la pizca de tomate verde, agarraba uno su caja e iba

buscando el tomate que ya estuviera empezando a colorear, cada que se llenara una caja la sacaba uno a la orilla, ahí pasaba el carro a recogerlas. Al medio día descansábamos nada más un rato para comer. Enseguida empezábamos nuevamente hasta las seis de la tarde. Los domingos almorzábamos a la misma hora, después de esto nos llevaban al monte a cortar estacas (varas como de dos metros) para el tomate porque cuando ya estaba grande la mata sembraban estacas sobre los surcos, luego le ponían mecahilo y así conforme iba creciendo la mata se iba enredando en el mecate, a este tomate la llamaban tomate de estaca. Si queríamos descansar luego teníamos que apurarnos, como los que son de por ahí o ya habían trabajado antes en esto, eran muy hábiles para buscar y cortar estacas, pero yo también me las ingeniaba para esto, como no todas las cincuenta estacas que eran las que nos daban de tarea salían de un solo lugar, pues cortaban diez o quince aquí, otras por otro lado, etc.; yo andaba nada más buscando montoncitos en donde había quince por ejemplo, quitaba tres o cuatro y así les iba yo robando estacas a los compañeros y otras que yo cortaba, completaba luego mis cincuenta. Regularmente terminábamos la tarea como a las once de la mañana, cuando llegábamos al rancho nos íbamos a la zanja de agua a bañarnos y a lavar la ropa, luego a comer y teníamos la tarde libre. Algunos se iban a conejear, otros dormían, otros nos íbamos a Zaragoza, Son., a dar la vuelta, a comer alguna fruta o algún pan, ya que en el rancho nunca nos daban eso.

Por fin, después de los cuarenta y cinco días nos fuimos a Empalme. Mi suegro, mi cuñado y yo y otros más que habían entrado “al control” junto con nosotros. También en Cd. Obregón había control, ahí se te-

nía que pizar mil kilos de algodón para que les dieran el pase. Cuando llegamos a Empalme nos presentamos ante el representante del *control*, éstos tenían una caseta cerca del campo de contratación y ahí a diario se amotinaba la gente para preguntar en qué número iba la lista y saber cuándo más o menos les tocaba contratarse; la numeración iba muy atrasada, pues pasaban muy pocos y a diario llegaba gente que ya había cumplido con su trabajo en otros ranchos, pues en éstos seguido entraba y salía la gente, unos que ya habían cumplido sus 45 días, otros iban a enlistarse apenas para contratarse después. En fin, cuando nosotros nos informamos en la caseta de *control* que cuándo pasaríamos, ya que habíamos cumplido con nuestro trabajo en San Pablo, Sonora, nos dijeron pues den su vuelta dentro de unos doce o veinte días a ver si ya les toca. Como para estas fechas ya no teníamos dinero, tuvimos que ir a buscar trabajo, nos juntamos como unos cuatro de Tlacolula, como todos andábamos en las mismas condiciones y no teníamos ni para el pasaje, nos tuvimos que ir de madrugada (como a las tres de la mañana) caminando hacia otros ranchos a ver si daban trabajo, como tuvimos que irnos por puro monte para hacer más corto el camino, también nos hicimos unas resorterías para matar pájaros o conejos para comer. Afortunadamente encontramos trabajo en el rancho de San José, Sonora, ahí estaban pizcando tomate para semilla. Nos dieron dos cubetas a cada quien y ya llenas las sacábamos a la orilla del terreno en donde las vaciábamos en unos como tambores que ahí tenían y conforme vaciaba uno el tomate le apuntaban el viaje, así en la tarde sabíamos cuánto hicimos (las dos cubetas las pagaban a \$.20). Aquí estuvimos como cinco días, después de esto regresamos a Empalme, creo que

esta semana ganamos como 70 pesos, por esto cuando regresamos a Empalme ya nos sentíamos ricos. Esta vez volvimos a informarnos de cómo iban las listas, si ya se estaban acercando a nuestro número, la cosa estaba peor porque ya había más gente tanto de los de control como los que venían en lista de Gobernación de diferentes estados, al ver esto volvimos a regresar a buscar trabajo a los ranchos, no así mi cuñado Abraham, él ya no quiso caminar por los montes, ni trabajar por los ranchos, se quedó en Empalme, se metió a trabajar de aguador, se trataba de ir ofreciendo agua en todos los restaurantitos que aquí había, la pipa se paraba en medio de la calle, los aguadores llevaban dos latas y la iban a dejar a donde les habían dicho que querían agua y les pagaban 40 centavos por las dos latas, este dinero se lo daban al de la pipa y por la tarde éste les pagaba seis pesos. Otros se iban a las obras a buscar trabajo de peones, otros que no encontraron trabajo, no querían trabajar o es que estaban esperando que de un momento a otro los llamaran, éstos se dedicaban a pedir caridad en las terminales de los autobuses o en la estación del ferrocarril. Mi suegro y yo al final de la semana volvimos a Empalme después de haber ido a trabajar a otro rancho, porque teníamos la esperanza de contratarnos en uno de esos días, mi suegro se encontró con sus viejos amigos y se dedicó con éstos a la parranda, para esta fecha mi cuñado ya no vendía agua, porque se hizo novio de la sirvienta de la casa de Dña. María y ahora ayudaba a la sirvienta en los quehaceres de la casa.

Como en las noches nos poníamos a platicar con la Sra. Doña María Montes, ésta nos tomó mucha confianza, además veía que mi suegro nos pedía dinero para su copa, mientras nosotros (mi cuñado y yo) nos

estábamos quedando sin comer. Un día nos dice la señora... desde hoy quiero que vengan a comer aquí a la casa y además ya no me van a pagar hospedaje, ustedes se han portado muy bien y además me ayudan a limpiar la casa, pues yo siempre barría y regaba el patio. Un día nos dice aquí está esta carne, a ver qué hacen de comer, cuando yo venga quiero que ya esté la comida. Ella tenía que ir diario a Guaymas, Son., a ver a su marido que estaba en la cárcel, era ferrocarrilero y había matado a uno. Yo freía la carne mientras mi cuñado ayudaba a hacer las tortillas, pero esto fue nada más unos días porque no podíamos estar todo el tiempo ahí, teníamos que ir al campo de contratación a ver si por algún milagro pasábamos. Salíamos temprano y regresábamos ya muy tarde. Como el dinero se nos estaba terminando, nos pusimos a buscar la forma de ahorrar, en la mañana tomábamos nada más un café y un pan, al medio día gallina con plumas (puros frijoles con chile y unas tortillas) y en la noche nada hasta el otro día. Aquí donde íbamos a comer había dos muchachas de Michoacán, Gloria y Guillermina, nos las hicimos nuestras novias y ya con esto había días que no nos cobraban la comida cuando no se daba cuenta la dueña, y en las noches nos daban arroz con leche, pero tampoco nos duró mucho esto, como mi suegro ya se había separado de nosotros, pues eran raros los días que andábamos juntos. Pero un día nos encontramos con él en el restaurantito y se sentó junto a nosotros, después de que terminamos de comer, Guillermina le preguntó ¿Qué son estos muchachos para usted? y el responde éste es mi hijo y este otro es mi yerno, y como yo le había dicho que era soltero pues aquí se me cayó mi teatro y no volvimos a ese lugar. Aquí había un hambre terrible, había muchos que acabando de co-

mer, corrían para no pagar o porque ya no tenían dinero, por esto en la mayoría de los restaurantes estaba la caja a la salida, en éstos uno ordena la comida, después de servirla daban un papelito en donde anotaban el importe de la comida y al salir se daba el papelito a la cajera y cobraba. Pero vimos cómo eran los papelitos y entonces hicimos imitaciones de éstos y entrábamos al restaurante, pedíamos comidas buenas, refrescos, etc., nos daban nuestro papelito pero lo cambiábamos por otro que ya llevábamos y al salir pagábamos como si hubiéramos comido puros frijoles. Pero como el dinero se nos terminó, pues ya no teníamos ni con qué ir a restaurantes. Entonces nos juntamos con otros compañeros del mismo pueblo que tampoco tenían dinero y nos dedicamos a buscar de comer, unos nos íbamos caminando a Guaymas a pescar, cuando agarrábamos un pescado por ahí mismo poníamos lumbre o lo asábamos y esa era nuestra comida, otros días nos íbamos a agarrar jaibas y almejas, y si a alguien le llegaba algo de dinero que le mandaban de su pueblo, éste decía ya tengo algo de dinero, pero éste va a ser para puras tortillas pues de comer vamos a ver qué encontramos, pero éste de escondidas se iba a comer por otro lado. Otros iban al muelle a agarrar patos, pues estos aquí se pegaban con el chapopote que había en la orilla que tiraban los barcos, con mucho trabajo se les quitaban las plumas y se hacía caldo de pato y así diariamente era lo mismo. Después de que se acababa el horario de contratación nos íbamos a buscar de comer, la contratación era de nueve a doce. Algunas veces comenzaba a las ocho y terminaba a las dos de la tarde. Otros que andaban en las mismas circunstancias se dedicaban a vender agua fresca o agua pura en el campo de contratación a 0.10 centavos vaso, otros vendían chicles,

dulces, etc. Pero aquí también había otro modo de contratarse, por medio de los “coyotes”, éstos eran unos individuos que ya estaban de acuerdo con el licenciado de la contratación y cobraban de dos mil a tres mil pesos por pasar, había algunos que cobraban hasta mil pesos, pero eso era mucho arriesgarle, pues algunos sí eran efectivos, otros agarraban el dinero y ya no los volvían a ver jamás.

Unos días antes de la semana santa empezaron a llegar gente de mi pueblo que venían en una lista que habían mandado de Gobernación y yo me dije aquí tengo que pasar. El viernes santo, en el campo de contratación, llamaron a los del Estado de Oaxaca, no a todos, nada más a los primeros 150 o 200 de los que venían en la lista, pues ésta era de unos mil aproximadamente. En esta ocasión sí estuvieron pasando lista los señores de la cabina de contratación, mencionaban el nombre y el primer apellido y el que tenía la constancia autorizada contestaba con el segundo apellido, así sabía que se trataba del que estaba en la lista. Yo estaba como en la 6ª. fila aproximadamente, estábamos formados de cuatro en fondo esperando una oportunidad para pasar, al final juzgué que el momento había llegado, cuando oí que uno de tantos contestaba con su segundo apellido pero hasta atrás, yo corrí hacia donde estaban sellando las cartas, todo esto tenía que ser rápido, puse mi constancia sobre la mesa, la sellaron y seguí corriendo hacia adentro de las oficinas donde hacían el examen médico, me metí dentro del grupo de braceros que hacía cola para pasar el examen médico y el arreglo de sus papeles. Cuando al que le habían llamado por su nombre llegó a la mesa, no sé qué le dijeron, el caso es que se dieron cuenta que otro pasó en su lugar, luego entraron y dijeron a ver ese que aca-

ba de entrar que salga inmediatamente, por supuesto que yo por mi voluntad no iba a salir, al menos que alguien me haya reconocido y señalara, pero no fue así. Entonces dijeron si no sale suspendemos la contratación y todos se van para afuera, entonces adentro empezaron a gritar los braceros “ese que acaba de entrar que salga”, yo estaba dentro de ellos y también gritaba órale ese que acaba de entrar que salga porque por su culpa nos van a sacar a todos... Pero era imposible que sacaran a todos y volvieran a pasar lista, pues perdían mucho tiempo y además afuera había muchos miles de gentes que estaban esperando su turno, por esto ya no insistieron y se olvidó el asunto. Afuera se había quedado mi cuñado, yo estaba preocupado por él, ya que era la primera vez que iba al norte y no quería dejarlo, pero no podía hacer nada, pero al rato veo que él también ya estaba adentro, pasaron muchos de los del control y también pasaron libres, éstos eran los que no tenían ningún papel para pasar ni estaban en ninguna lista de control.

Del control pasaron este día muchos, quizás mil. Esto porque el día anterior protestaron los que estaban enlistados, éstos como ya dije antes eran ya varios miles, pues aparte de los que veníamos de los ranchos y que habíamos ido a pizcar tomate, venían también de Navojoa y Ciudad Obregón, Sonora; los que habían ido a la pizca de algodón, un día antes, como ya dije querían quemar la caseta donde estaban los dirigentes de dicho control. Regaron petróleo alrededor de la caseta, cerraron la puerta para que no salieran los que estaban adentro y así quemarlos a ellos también, pero éstos querían salirse por las ventanas, pero ni bien se asomaban les tiraban de pedradas y de este modo nadie podía salir, éstos gritaban desesperados, decían

que no los quemáramos, que ya iban a pasar todos. Afortunadamente, intervino el ejército y fue así como ya no le prendieron fuego a la caseta y así fue como al otro día se contrataron una buena cantidad de éstos y creo que fue cuestión de unos días para que pasaran todos, quizá por esto también pasaron a muchos de los “libres”, desde las ventanas se podía ver cuando pasaron los libres, todos querían pasar y por esto se amotinaban en la puerta, otros hacían esfuerzos por brincar el alambrado, pero los policías los bajaban a culatazos y a los de la puerta también a culatazos los controlaban, esto era también porque cuando caía un policía pasaban sobre él. Por supuesto que no pasaron todos los libres, nada más cierta cantidad, pero dentro de éstos pasaron mi suegro y mi cuñado y otros paisanos más, a uno de ellos, Chico Núñez, de un culatazo le rompieron la cabeza, al ver esto los mismos policías le abrieron paso para que entrara todo sangrante, esto le valió para que se contratara, pues ya se había quedado fuera. Más tarde me encontré con mi cuñado, éste estaba feliz porque había pasado, se lo comunicamos a Dña. María, ella nos regaló veinte pesos a cada uno, nos hizo que nos hincáramos ante su altar, nos echó la bendición y nos deseó buen viaje.

Después todo fue igual como la vez anterior, nos dieron nuestro pase, el lonch, nos presentamos a la estación por la tarde y nuevamente nos llevaron a Mexicali en un tren carguero amontonados como animales, dos tambores de agua de doscientos litros en cada carro para los que tuvieran sed. Llegando a Mexicali, también como la vez anterior, estaban los lecheros vendiendo leche a los braceros, ya que decían que así no salían malos de sus pulmones.

En el Centro, California, todo fue igual que la

vez anterior, examen médico y rayos X, etc. En esta ocasión me tocó estar en Soledad, California, en un campo, no recuerdo como se llamaba, pero que estaba muy cerca de la prisión de Soledad. En este campo casi todos éramos pizcadores de tomate, había otros, la minoría, que se dedicaban al desaije de lechuga y después a la pizca. Después de sembrar la semilla ésta nace muy junta, el desaije consiste en que cada azadón y medio se van quitando las lechugas y se va dejando una sola. Es un trabajo de cuidado, pero los que tiene experiencia lo hacen muy rápido. Aquí también había cocina aunque no igual a la de Buenavista Labor Camp en Oxnard, pues aquí éramos aproximadamente unos 500. Los domingos nos íbamos a pasear a Soledad y en dos ocasiones a Salinas, creo que estuve aquí como cinco meses, aparte de pizcar aquí, también nos llevaban a trabajar a Salinas y a San Luis Obispo. En Salinas me encontré con mi suegro en una ocasión en que nos prestaron con otra compañía que se dedicaba a la pizca de tomate verde, como habíamos salido peleados desde Empalme, no nos hablamos.

En esta ocasión creo que mandé como 5 mil pesos a mi casa en los seis meses de trabajo, no gané esto, gané mucho más, cerca de 12 mil pesos, pero el resto lo gasté en ropa y en divertirme (cantinas, bailes, en casinos, etc.) Aquí en Salinas había casa de citas, en el campo era un relajo los sábados en la noche, la mayoría llegaban borrachos y había un policía solamente en la entrada. Aquí no era como en Oxnard que había varios policías y a la diez de la noche apagaba las luces. Aquí tenía uno que aguantar el ruido que hacían, pero sí había tiendas que cambiaban los cheques con la compra de algo, también depositaba uno dinero para que lo enviaran a México y después recogía uno su talón.

Ya de regreso a México nuevamente en la aduana había registro. Si uno no tenía nada prohibido pues no había que temer, nos registraban las cosas y ya, pero si traía uno aparatos eléctricos o ropa íntima de mujer daba uno la clásica mordida.

Cuando llegué a mi tierra, volví nuevamente a trabajar en la zona arqueológica de Yagul. Así finaliza mi quinto viaje como “bracero” a los Estados Unidos.

Sexto viaje

A principio de año de 1961, como en los años anteriores, empieza uno a inquietarse porque ya quiere irse otra vez. Pero esta vez estaba decidido a ya no volver a Monterrey, N.L. porque no quería que me mandaran otra vez para Arkansas o Texas, y como anteriormente había oído que había personas aquí en Oaxaca que le arreglaban a uno las constancias para irse de “bracero”, entre ellos había licenciados, periodistas, ingenieros, etc., empecé a preguntarle a los amigos a ver si sabían quiénes eran esas personas que arreglaban las constancias; andando en esto me encontré con Lino Aguilar, uno de los amigos con los que había estado en Empalme el año anterior, y me dice yo tengo un amigo que nos puede arreglar nuestras cartas, vamos a verlo; éste era un ingeniero que trabajaba creo en la S.A.G. porque le decían el ingeniero de la Agraria.

Solicitamos nuestras constancias en el municipio que creo que costaban 20 pesos, además de dos fotografías y el acta de nacimiento para ver si ya podía uno salir a trabajar al extranjero. Fuimos en varias ocasiones a buscar a dicho ingeniero y no lo encontramos, hasta que un día pudimos verlo, le explicamos nuestro problema y le dijimos que nos ayudara (era muy amigo del Secretario General del Despacho)

dijo que con mucho gusto, que le dejáramos las constancias y que diéramos nuestras vueltas a ver cuando salían ya autorizadas. Así lo hicimos y fue en el mes de junio cuando nos dijo ahora sí ya están autorizadas sus constancias para Empalme como lo querían ustedes. Le dijimos que cuánto le debíamos y nos dice, no es nada, porque no sé cómo les va a ir, si les va bien a ver qué me traen de por allá. Muy pocas personas hacen verdaderos favores, y así es como se inicia mi sexto viaje como “bracero” al extranjero. En este mes de junio había nacido ya mi primer hijo.

Me fui en unión de Lino Aguilar e Hilario Ramírez, en esta vez la lista era también bastante grande, sería de unos cuatro o cinco mil aproximadamente. Como íbamos a hospedarnos en la casa de la Sra. María Montes, le llevé pan, quesillos, tortillas tlayudas y totopos que tanto le gustaban y mezcal. Cuando llegamos a Empalme había gran cantidad de aspirantes a braceros. Por lo tanto tuvimos que esperarnos unos días mientras pasaban los que estaban pendientes, serían unos 10 días los que tuvimos que esperar, mientras tanto a diario estábamos en el campo de contratación desde temprana hora para ver si ya nos tocaba el turno. Después de que se acababa la contratación nos íbamos a pasear a veces a Guaymas, otras al parque, a la zona roja o a alguna cantina. A veces las copas revivían rencillas de hacía tiempo en Tlacolula y nos hacían recordar qué tan violenta es la vida en los pueblos, contrario de los que idealizan la vida rural.

Después todo fue como la vez anterior, después de llegar al Centro, California, y de pasar el examen médico nos mandaron para el condado de San Joaquín. Estuve en Tracy, California, en la pizca de tomate, el contratista se llamaba Beni Valdez, aquí estuve como

cinco meses. Estábamos tres del mismo pueblo, en este campo éramos como unos 300 y al igual que otros, los sábados había borracheras, juegos de baraja, dados, mujeres que venían en su carro a quitarnos algo del dinero de la raya a cambio de su cuerpo, etc. Aquí se encuentra uno con gente de todo el país y se da una cuenta de quiénes van a trabajar por necesidad y quienes por gusto o porque los engañaron que en E.U.A. es muy fácil ganar el dinero, digo esto porque había un señor que casi lloraba en el trabajo, decía que era muy difícil y que él no estaba acostumbrado a este tipo de trabajo, pues en su tierra él tenía muchas tierras de cultivo, y le decíamos que para qué había venido a los Estados Unidos, nos dijo que le habían dicho que ahí se ganaba mucho dinero nada más por arrancar yerbitas, etc. Otros van con la esperanza de ganar dinero y poder resolver sus problemas monetarios y poder mejorar económicamente, también los hay quienes van con la mira de poder arreglar sus papeles de migración y quedarse ahí definitivamente como el caso que enseguida relato.

Cerca del campo había un templo Evangélico, un señor de nombre Teodoro (evangelista) nos iba a visitar muy seguido, nos decía que fuéramos a su templo a orar para que nos vaya bien, para que Dios cuide a nuestras familias, etc. Nos decía que fuéramos a orar cuando menos los domingos y que nos darían nieve y ropa a los más necesitados. La mayoría íbamos pero por supuesto que por la nieve. Pero un vivales que era de Michoacán vio aquí la oportunidad de arreglar sus papeles. Éste iba muy seguido a orar, le dijo a don Teodoro que él quería ser de esa religión, preguntó qué debería hacer para que lo aceptaran, además quería ver la forma de arreglar sus papeles de migración para

poder estar con ellos siempre ya que en México él no tenía familiares sólo una hermana y su mamá. Un día nos contó que cuando se acabó el rezo dijo: hermanos necesito la ayuda de ustedes porque mi madre está enferma y necesito mandarle algunos centavos, me ha ido mal en el trabajo. Dijo que casi todos lo ayudaron y con ese dinero en la noche se puso una buena borrachera y además le gustaba jugar póker, pero para esto también ellos (los evangelistas) lo pusieron a prueba. Don Teodoro iba casi a diario al campo por las tardes a ver a Artemio, que así se llamaba el fulano, éste luego que acababa de comer se ponía a jugar barajas, pero le avisaban cuando ya venía don Teodoro y enseguida se iba a acostar a su cama y a leer la Biblia. Cuando este señor llegaba, nos saludaba y se iba a ver a Artemio, le preguntaba que cómo le había ido en su trabajo, él decía que bien que se había cansado mucho pero que descansaba bastante leyendo la Biblia, el señor Teodoro nos insinuaba que siguiéramos el ejemplo de él. Enseguida este señor se iba y Artemio se paraba de la cama, botaba la Biblia y seguía jugando. Él nos decía que estos señores tenían que arreglarle su pasaporte o sus papeles de migración. Creo que después de unos tres meses se lo llevaron a San José, California, a ver a un amigo de los evangelistas para que les diera la carta de sostenimiento y la de trabajo para poder arreglar sus papeles. Artemio decía que tan luego estuvieran sus papeles arreglados los mandaría a volar y él se iba para otro lado. Ya que tenía casi todo arreglado le dijeron que lo iban a bautizar, cosa que pasó en el siguiente domingo. Él nos contó que lo metieron a un estanque de agua, el pastor lo sumergió totalmente y enseguida le dijeron que pasara al vestidor a quitarse esa ropa mojada, para esto ya le tenían ropa nueva y

un traje, después de esto se cotizaron y le dieron dinero, el hombre llegó feliz al campo con traje nuevo y con dinero. Después de unos días le dijeron que renunciara a su trabajo y que se fuera a arreglar sus papeles, que regresara en seguida con ellos que ya le tenían un trabajo.

Pero un día que Artemio no estaba, seguramente se encontraba ya en México, el Sr. Teodoro fue al buzón a buscar correspondencia y se encontró con una carta que era para Artemio, se la enviaba su esposa. Don Teodoro la abrió y en ésta le decía su esposa que le mandara dinero, que sus hijos estaban enfermos. Don Teodoro se llevó una gran sorpresa pues sabía que Artemio era soltero, fue aquí donde este señor se dio cuenta que el tal Artemio era una fichita y que lo había estado estafando, acto seguido envió un mensaje a Relaciones Exteriores de México para que no le arreglaran sus papeles (pasaporte). Así como este caso hay otros muchos, otros aunque sean casados en sus tierras, se vuelven a casar en Estados Unidos con el fin de arreglar los papeles de migración, conozco algunos de mi pueblo.

Como había dicho estuve como cinco meses en este lugar, el mayor tiempo en la pizca de tomate y también en la pizca del durazno, en este lugar ganaría yo como 10 mil pesos libres de diversión, ropa, etc., pero como tenía una deuda en mi tierra, pues debía como 6 o 7 mil pesos y con lo que me sobró le iba poner el aplanado y el piso a mi casa.

Los domingos me iba a pasear a Stockton, me gustaba mucho ir a nadar a la alberca de un colegio de ese lugar, otros se iban a pasear a San Francisco.

De regreso a México fue como las veces anteriores, después de la mordida que se da en la aduana

ya puede uno viajar tranquilo, en donde sí había que tener cuidado era en la ciudad de México porque ahí asaltan a los braceros pues generalmente dicen que son gente ignorante y los vivales les quitan su dinero. A mí me pasó un caso de éstos. Éramos tres de Oaxaca que llegamos de madrugada a México, serían como a las dos de la mañana. Enseguida los taxistas muy atentos... ofrecen su servicio y quieren ayudar a uno con los velices, claro que no dimos ninguno de nuestros velices a los taxistas, por experiencias que habían tenido otros y que nos habían contado; en fin, tomamos un taxi y le dijimos al chofer que nos llevara al hotel Porvenir que está cerca de la terminal de los A.D.O. pues habíamos llegado en un Transportes de Sonora, el chofer nos dijo que nos cobraba cinco pesos a cada quien, venía también con nosotros otro compañero que era de México, pero no quiso irse para donde vivía porque era de madrugada, dijo que prefería irse con nosotros al hotel, que al otro día se iba para su casa, dijo que era muy peligroso caminar solo a esas horas. Ya íbamos al hotel antes citado, el que era de México y que venía con nosotros se dio cuenta que el chofer no iba para donde le habíamos indicado sino que había tomado otro rumbo, para esto iban dos acompañando al chofer. El que iba con nosotros le dijo que conocía la ciudad y que no iba bien por ese lado, nos dimos cuenta que nos querían asaltar, entonces le dijimos al chofer que nos bajara ahí mismo o de lo contrario llamaríamos a la policía, ya íbamos muy atentos para ver si veíamos alguna patrulla por ahí para gritarle, uno de los que iban con el chofer dijo entonces páguennos y los bajamos, le dijimos que de a cinco cada quien, pero dijo: esto quiere decir que cinco billetes de a cincuenta pesos cada uno de ustedes, dijimos que no pagábamos

eso que solo les daríamos cincuenta pesos por el viaje, uno de nuestros compañeros dijo pues a ver de a cómo nos toca, también nosotros venimos armados, sacó un desarmador y se lo puso en un costado a uno de los maleantes, nosotros también hicimos el intento de sacar algo aunque no traíamos nada. Enseguida dijo el chofer está bien les vamos a cobrar cincuenta pesos a cada quien y los llevo al hotel, dijimos que sí, entonces el chofer tomó rumbo al hotel pero en el camino dijeron aquí paguen que llegando al hotel no queremos perder tiempo en cobrarles, dos de los nuestros les dieron los cincuenta pesos y yo les dije denme cincuenta pesos vueltos que es un billete de a cien, pero les dije primero denme el vuelto entonces les doy el billete, me dieron uno de cincuenta pesos y yo les di otro de cincuenta pesos. No les pagué nada únicamente hicimos el cambio y ni cuenta se dieron, en este momento ya estábamos frente al hotel, nos bajamos y esperamos que abrieran la cajuela para que nos dieran los velices, pero estos ya que nos habíamos bajado quisieron irse con nuestras pertenencias, el chofer arrancó el carro y los otros dos corrieron a subirse pero logramos detener a uno y le gritamos al chofer que lo entregaríamos a la policía, el compañero que traía el desarmador le estaba picando con éste al ladrón que teníamos detenido, el chofer entonces abrió la cajuela y nos dio nuestras cosas, pues del hotel venían ya dos hombres a ver qué pasaba afuera por la alegata que teníamos, los maleantes huyeron y nosotros nos quedamos en el hotel, de esta manera nos libramos de ser asaltados por los taxistas ladrones.

Ya estando en casa todo fue como la vez anterior, me fui a trabajar a la zona arqueológica de Yagul mientras venía el año próximo y hacer nuevamente las ges-

tiones para volver otra vez a los Estados Unidos. Al ingeniero que nos había ayudado para que nos mandaran para Empalme le traje de regalo dos paquetes de cigarros americanos.

Séptimo viaje

En los primeros meses de 1962 empecé a ir a Oaxaca muy seguido con el fin de informarme de cuándo empezaban a recibir constancias municipales en el Palacio de Gobierno, mucha gente de varios pueblos que quiere irse de bracero se ve que sale y entra del Palacio, unos en busca de información, otros a buscar a los “coyotes” y algunos a otras personas que puedan ayudarlos. Las constancias se entregaban donde actualmente está el Museo de Arte Prehispánico Rufino Tamayo, pero como el año anterior ya no había hecho cola para nada, volví a buscar al ingeniero de la Agraria quien me arregló mi constancia la vez anterior, pero éste en esta ocasión no se encontraba en Oaxaca, entonces un amigo me llevó con el licenciado que arreglaba esta clase de asuntos. Le dijimos cual era nuestro problema. Que queríamos irnos de braceros, pero a Empalme, no para Monterrey ni Chihuahua que si él nos haría el favor de arreglar nuestras constancias para que las autorizaran para este lugar. Nos dijo que se las dejáramos y que diéramos nuestras vueltas después o cuando oyéramos las noticias de que saldrían braceros de Oaxaca para el norte que fuéramos a verlo, así lo hicimos y cuando salió un pedido para Empalme, nos entregó nuestras constancias ya autorizadas, nos cobró cien pesos a cada quien.

Nuevamente salimos como la vez anterior para el Centro, California, y de ahí nos mandaron para Salinas, California, después de haber pasado el examen

médico como las veces anteriores. Aquí estuve trabajando en un campo lechuguero junto con cinco del mismo pueblo con la compañía Bud Antie, Inc. Como casi todos éramos nuevos en este trabajo, primero nos enseñaron como se hacía, yo desde un principio dije que iba a ser empacador. El trabajo consiste en esto: a los cortadores les dan sus cuchillos bien filosos para cortar la lechuga, el corte debe quedar bien parejo y con unas cinco o seis hojas grandes que cubran lo tierno de la lechuga. El empacador va detrás de los cortadores, sobre un carrito de mano se pone la caja, dentro del terreno hay una máquina que está engrapando cajas y los cajeros se encargan de que al empacador no le falten éstas. En el primer corte se buscan las lechugas que estén macizas y grandes, de éstas le cabe una docena a la caja, y aunque la mayoría de las lechugas tienen un tamaño más o menos igual, se corta todo parejo. Detrás de los empacadores viene el aguador, éste trae una bombita en la espalda con agua y aire, como le queda territa donde se hace el corte, el aguador le rocía agua a las lechugas para que se limpien y a la vez les pone papel encima; detrás de éstos vienen los engrapadores, éstos traen amarrada a la cintura una bolsa con grapas, en una mano la pistola para engrapar y en la otra la prensa para cerrar las cajas, detrás de éstos vienen alineando las cajas en las orillas, detrás vienen los cargadores a los lados del trailer echando éstas. Cuando está buena la lechuga se va cortando todo, y cuando se termina un tramo de terreno, entra luego el tractor a preparar la tierra para la nueva siembra.

El sueldo era el siguiente: a los cortadores un dólar la hora, a los empacadores 1.25 y a los engrapadores y cargadores 1.40. Fui empacador durante dos meses porque después me nombró el mayordomo su

ayudante, o sea, que entonces ya no empacaba y cuando llegaba gente nueva yo les enseñaba. Aquí sí nos dieron uniformes de hule, sombrero, camisa, pantalón, botas y guantes. Otra compañía se dedicaba a la pizca de coliflor, otra a la de apio, etc., pero todos estábamos en el mismo campo, tal vez éramos como 600, aquí no había policía como en Buena Vista Labor Camp y era un relajo en las noches porque muchos se pasaban jugando póker, otros dados y otros llegaban borrachos. Muy cerca de este campo había una cantina donde los sábados y domingos había variedad. Ésta consistía en que a veces dos americanas bailaban completamente desnudas sobre una mesa, por supuesto que poco a poco se iban quitando sus prendas hasta quedar completamente desnudas, entonces alguien que quería irse a la cama con alguna cogía sus ropas y se iba para el cuarto, ella lo seguía y por supuesto que alguien cuidaba las puertas de la cantina por si viniera la policía. Esto estaba además en una calle de puras cantinas adonde uno se iba a tomar y a bailar con las meseras, en su mayoría mexicanas. También conocí una tienda de ropa en donde la dueña, una señora como de cincuenta años y su sobrina como dieciocho o veinte atendían la tienda, cuando pasaba uno al vestidor donde había una cama a probarse algún pantalón, no bien acababa uno de probárselo cuando ya entraba la señora y preguntaba cómo le queda y ayudaba a que se probara bien, luego decía la señora ¿eso nada más quiere, no quiere otra cosa? El que no sabía de su sobrina ahí nomás hacía trato con la tía y los que ya sabíamos le decíamos: sí como no, quiero algo más que un pantalón, quiero que llame a su sobrina, ella respondía que ya no, pero bastaba con que se le dijera que la reportaríamos con la policía que su

tienda era una casa de citas, para que ella fuera a llamar a su sobrina.

En este viaje tal vez gané como unos 10 mil pesos libres, con los cuales compuse algo mi casa y compré una bicicleta. En México nuevamente me quisieron robar, pues como mis paisanos unos ya se habían venido y otros todavía se quedaron en esta ocasión venía yo con otro que era de Ocotlán cuando llegamos a México nos hospedamos en el Hotel Porvenir, enseguida fuimos a la Villa de Guadalupe a dar las gracias a la virgen por habernos permitido pasar a trabajar en los Estados Unidos Americanos, esto lo hacen casi todos de regreso al pasar por la ciudad de México, algunos le regalan dólares en plata a la virgen en muestra de agradecimiento, otros hacen penitencia, etc.

Cuando ya salíamos de la Villa de Guadalupe nos encontramos a un señor alto, tipo pocho, nos preguntó si veníamos del norte, le respondimos que sí, él nos dijo que era rancharo de Oklahoma y que también contrataba braceros para su rancho, nada más que en esta ocasión había decidido conocer México, pero como necesitaba de alguien que lo acompañara se trajo a su ayudante el negrito King, que así se llamaba éste, pero que en la noche anterior había ido a la casa de la Malinche, una casa de citas, y que se habían emborrachado y no supo a donde quedó su amigo, nos dijo si queríamos acompañarlo a buscar esta casa, le dijimos que nosotros no conocíamos la ciudad y no podíamos acompañarlo, enseguida nos dijo que fuéramos a un billar, ya que no queríamos acompañarlo a esa casa, dijo que el negrito King ya sabría cómo llegar al hotel pues trae mucho dinero, dijo que el día anterior había perdido mucho dinero en el billar y por eso quería jugar con nosotros para tener práctica y así no

le ganaran tanto, también le respondimos que no sabíamos jugar al billar y nos dice ustedes no saben, yo tampoco sé y eso está muy bueno porque así aprendemos los tres, dijo que nos pagaría nuestro tiempo, en esto estábamos cuando se nos acerca otro tipo y nos dice ¿los puedo ayudar en algo? Luego el señor rancharo le expuso su problema, le contó lo mismo que a nosotros, el otro dijo yo soy repartidor de Pepsi-Cola dejé mi camión allá afuera, pero si quieren yo puedo acompañarlos al billar, dijo yo conozco uno que está aquí atrás de la Villa por un callejón y como yo tampoco sé jugar al billar pues ya somos cuatro. Luego el rancharo sacó un fajo de dólares de una bolsa de su pantalón y otro fajo de billetes de la otra bolsa y dijo: miren cuánto dinero traigo, pero necesito con quien gastarlos, dijo les voy a dar 500 pesos a cada quien con tal de que me acompañen al billar y nos estaba dando un billete de a 500 a cada quien. El hombre que dijo ser repartidor de Pepsi los tomó, pero no nosotros, se distrajo un rato el rancharo, entonces el otro nos dice muy quedo: órale muchachos agarren el dinero aquí está la papa, esto únicamente es un anticipo, al rato le sacamos más. El supuesto rancharo nos dice: qué pues, ¿me acompañan? Díganme cuánto más quieren. Mi compañero ya estaba nervioso, me decía vámonos, yo le decía espérate, pero yo también estaba buscando por ahí algún policía para gritarle por si acaso estos nos querían agarrar a trancazos, pues yo ya me había dado cuenta que eran ladrones. Como nos negamos rotundamente a acompañarlos, el rancharo se enojó y nos dice por eso está México tan pobre, porque son tontos, no les gusta ganar. Entonces yo le digo que no queríamos dinero que también traíamos dólares y dinero mexicano y que le enseñe mi cartera, pues traía

como tres mil pesos en ella, además de unos dólares, y que mejor buscaran a otros porque nosotros nomás no y que mejor buscara a su negrito King y nos retiramos de ellos. El repartidor de Pepsi dijo, bueno señor tenga su dinero porque si los muchachos no quieren ir con Ud. yo tampoco, entonces le dijimos que él lo acompañara y así ganaba también lo que nos íbamos a ganar nosotros, para esto ya un policía andaba por ahí cerca. Nos salimos a la calle, pues esto había sido en el atrio, y aquellos dos se despidieron, pero ya afuera me dice mi compañero son ladrones y le digo sí, vamos a espiarlos desde lejos a ver a dónde van. Y así lo hicimos, a través de la reja los estuvimos viendo, pues uno había tomado hacia un lado y el otro hacia el otro extremo, pero no salieron a la calle, pues dentro del atrio dieron una vuelta y se volvieron a juntar, indudablemente que eran cacos.

Octavo y último viaje

Al igual que en el año anterior, en los primeros meses de 1963, fui a ver al licenciado que me había arreglado mi constancia para tratar con él el mismo asunto que el anterior. No hubo ningún problema, le dejé mi constancia que anteriormente había solicitado del municipio de mi pueblo, mediante una cuota de 20 pesos y él me dijo que diera mis vueltas a ver cuándo ya la autorizaban en el Gobierno. Aparte de este licenciado había como ya dije anteriormente otros que hacían esto, pero también dentro de estas personas había quienes únicamente les robaban el dinero a los otros aspirantes a braceros. Me platicaron el caso de uno de estos señores que cobró 900 por cada constancia, el dinero lo pedía por adelantado, les aseguraba a los braceros que saldrían en el primer pedido para Empalme, pero en una

ocasión, no recuerdo el año, este señor juntó a muchos, la mayoría de un mismo pueblo, pero resulta que salían pedidos de braceros y ellos no salieron, les decía para el otro pedido sí salen ustedes, es que hay muchas constancias rezagadas, pero como casi ya se terminaba el año y ellos no salían decidieron denunciarlo ante el Gobierno, detuvieron a todos los quejosos para que estuvieran presentes cuando este señor llegara y carearse con él, pero alguien le avisó a este señor y éste se las ingenió para entrar a hablar con ellos. Dijeron que llevaba este señor un portafolio lleno de papeles y les dijo: para qué me denunciaron si ayer precisamente arreglé sus documentos, mírenlos aquí los traigo, ahorita me acabo de informar que hay otro pedido para Empalme y estas constancias son de las primeras de este pedido, les dijo: no sean tontos, retiren la demanda y digan que hubo un mal entendido y que no tienen nada en contra mía y saliendo ustedes de aquí les entrego sus constancias, éstos se desorientaron y creyeron todo lo que este señor les había contado. Cuando llegó el momento de que los braceros ratificaran su acusación, éstos dijeron que retiraban su demanda y que no tenían nada en contra de este señor. Los dejaron ir y cuando entrevistaron a este señor les dijo yo no he arreglado nada y ni les devuelvo su dinero por rajones y vayan a acusarme otra vez si gustan. Claro que estos ya no lo hicieron y de este modo perdieron su dinero y la oportunidad de ir por este año a los Estados Unidos.

Por mi parte, pues tuve suerte porque no me pasó nada de esto. Cuando hubo un pedido para Empalme fui a ver al licenciado, me llevó al Palacio de Gobierno y me entregó mi constancia. Como en otras ocasiones había que empezar a hacer cola para sacar los boletos del camión. En esta ocasión también me fui en com-

pañía de varios amigos, y después de haber estado en Empalme por unos días mientras le tocaba el turno a la lista de Oaxaca, nos contratamos y nuevamente nos fuimos en tren para Mexicali, más adelante, el tren se paró por espacio de una hora en Benjamín Hill para cenar, ahí venden taquitos, aguas frescas, empanadas, gelatina, café, etc. Después de esto seguimos nuestro camino hacia la frontera en donde como en otras ocasiones llegamos en la madrugada, ahí los lecheros ya nos estaban esperando, pasamos a la frontera, nos llevaron al Centro, California, en donde después de pasar el examen médico, la fumigación y el almuerzo, nos mandaron a los lugares en donde íbamos a trabajar, a mí me tocó trabajar nuevamente en Buenavista Labor Camp de Oxnard.

Ahora me tocó la cosecha de fresas, muchas mujeres también trabajan en esto (f. 17). Este campo tiene un cupo como para 5 mil braceros. Aquí nos separamos los amigos que íbamos juntos, pues aunque estábamos en el mismo campo trabajábamos en diferentes cuadrillas, solamente me tocó trabajar con un paisano, Martín López. Cuando llegamos al lugar de trabajo nos dieron una carretilla pequeña a cada uno, una cajita de cartón y doce canastitas de plástico, si la fresa era para el mercado (super market) se cortaba con todo y rabo y si era para jugo o conservas, se cortaba sin éste. Este trabajo se hacía por horas no por contrato. Una vez mi compañero y yo íbamos platicando pero en zapoteco las pocas palabras que sabíamos y platicábamos de puros cuentos colorados, unas muchachas iban a nuestro lado, en eso una de ellas se nos queda mirando y nos dice: ¿ustedes son de Oaxaca, verdad? Nos sorprendimos porque a la vez supimos que ella también sabía zapoteco, y le dijimos que sí, ella nos dice, pues yo soy



Foto 17. Zenón y Reyna de Tlacolula, en Oxnard, California.

de donde son ustedes. Mi compañero la reconoció y le dice usted se llama Reyna, ¿no es cierto? Ella dijo que sí. Enseguida nos presentamos y fuimos buenos compañeros porque élla nos invitaba a veces a su casa, pues vivía en Oxnard con sus papás y su hermano y como su hermano tenía carro los domingos iba por mí para irnos a pasear y así conocí varios centros nocturnos de Oxnard, Santa Paula, Ventura, etc. Recuerdo que un domingo 4 de julio que es día de fiesta nacional en Estados Unidos, nos dejaron entrar a la base naval del puerto de Guanime, aquí tuve la oportunidad de visitar el interior de un submarino que utilizaron en la Segunda Guerra Mundial, según dijeron, para mí fue maravilloso entrar dentro de éste. Quise tomar fotos pero no nos dejaron pasar la cámara. Además asistí a varias fiestas de la colonia en donde vivía mi pai-

sano, el hermano de Reyna, pues aquí me presentaba con sus amigas, yo me hacía pasar como residente no como bracero. Recuerdo que en una ocasión salimos de un bar como a media noche, mi paisano se pasó un alto y que nos sigue la policía, él aceleró más, salimos a la carretera y nos íbamos rumbo a Ventura, pero la policía nos dio alcance, nos pidieron nuestros papeles, se los mostramos y nos dijeron que nos regresáramos a Oxnard, no nos multaron.

En esta ocasión sí aproveché la oportunidad de asistir a la escuela, venía un profesor a darnos clases de inglés los lunes, miércoles y viernes; martes y jueves iba a otro campo, el Triple S, éste era un campo limonero, cuando podía también asistía a clases en ese campo y así fue como estudié un curso de seis meses, pues aunque aquí estuve nueve meses, a los tres meses que llegué empezaron las clases.

Después de los nueve meses regresé a México. Casi todos de regreso al pasar por Empalme, le dan su ayuda a los aspirantes a braceros. La mayoría de estos siempre están en las terminales de los autobuses o en la estación del ferrocarril pidiendo ayuda, unos están allí porque están esperando el turno de su lista, otros porque nada más se van a la aventura y otros porque tienen que estar por ahí, pues no pueden regresar a sus pueblos porque robaron o mataron. Digo esto porque en Empalme me encontré a dos paisanos que hacía algunos años habían matado y por ahí se encontraban, uno tenía un puesto de aguas frescas, el otro andaba por ahí vendiendo chicles, dulces y cigarros.

En este viaje tal vez gané como 15 mil pesos libres aparte de que en esta vez le compré a mi esposa una máquina de coser, compré un radio grande, mucha ropa y un veliz grande, nada más que a mi regreso a

casa no tenía íntegro este monto de dinero porque mi niño se había enfermado mucho y gastamos dinero, además de eso como no había estado cuando se bautizaron dos de mis hijos, para el tercero sí hicimos fiesta de bautizo al cabo que ahí tenía dinero y así para cualquier cosa íbamos al banco a sacar dinero, pero cuando me di cuenta, ya nada más tenía como 2 mil pesos y no había comprado algo útil, entonces decidí comprar aunque sea un lote de terreno por las orillas de Tlacolula donde tiraban basura, mi papá lo limpió y cercó de carrizos, media 10 por 20 m y costó 2,000 pesos, luego lo vendí en 3,000 pesos. Luego una hermana de mi mamá vendía su casa pero quería 6 mil pesos y yo únicamente tenía tres. Mi hermano Roberto que para entonces trabajaba en el Banco de Comercio me dice “voy a hacer un préstamo al Banco para que compres tu casa”, pidió el préstamo y me dice “con esto te ayudo para tu casa, es un regalo, no me lo pagues”, gracias a mi hermano pude comprar la casa.

Como al siguiente año ya no hubo salida para braceros se suspendió la contratación y como ya me había acostumbrado a salir, pues me fui con mi familia a Veracruz, ahí mi esposa tenía unos tíos, empecé a trabajar en la Distribuidora de Cervezas Moctezuma, después me fui a trabajar al muelle como estibador, estuve seis meses en Veracruz después de los cuales regresé a mi pueblo, pero yo no quería trabajar solamente de albañil y me fui a la ciudad de Oaxaca a solicitar trabajo por varias partes entre éstas el Museo Regional, como el Director ya me conocía, pues había trabajado en las zonas arqueológicas, me dijo que en la primera oportunidad me daría trabajo y fue así como el 1º de abril de 1967 empecé a trabajar en el Museo Regional de Oaxaca en donde actualmente soy empleado.



III

De ciudadano

Zenón regresó a su pueblo de su última ida de bracero a Estados Unidos para hallar nuevas necesidades en su familia. Si bien su cuarto era de adobe y tenía letrina nueva, su familia era ahora con dos hijos: Zenón chico y Martha. Sus hermanos menores no supieron más de vida de campo ni de cuidar chivos, ahora iban a la recién inaugurada secundaria del pueblo, pero todo eso eran nuevas necesidades económicas que él como mayor sentía tenía que seguir haciendo frente.

En su relato de sus viajes a Estados Unidos termina diciendo que como ya se había acostumbrado a salir del pueblo se fue con su familia a Veracruz con un tío de Yolanda llamado Felipe. En realidad, era salir en busca de un trabajo mejor pagado para cubrir sus nuevas obligaciones. En el pueblo no iba a encontrarlo. Tampoco lo halló de estibador y después de seis meses volvió la familia a Tlacolula a vivir de lo que Zenón sabía hacer, la albañilería en las zonas arqueológicas. La casa de material que sirvió mucho tiempo de bodega en Dainzú la construyó él, fue su primera obra como albañil. En Lambytieco restauró los mascarones pues desde que estaba a lista de raya en Yagul como albañil restauraba estucos, era hábil rajoneando y consolidando. Trabajó también en Monte Albán, en el Sistema 4 con el arqueólogo Acosta.

Los viajes al exterior fueron el entrenamiento para aprender a tratar gente diferente, adaptarse a circunstancias difíciles casi de sobrevivencia, a probarse a sí mismo hasta dónde era capaz de lograr aliviar las necesidades económicas de los suyos. Ya de regreso tenía que seguir buscando mejores trabajos, más que ahora ya vino un tercer hijo, Francisco. Sabía que se podían lograr metas si se lo proponía, ahora sí tenía una ilusión: llegar a ser contratista y para eso se fue a buscar trabajo de la construcción en la ciudad de Oaxaca. La realidad fue otra, andar y andar por donde había obras para ser contratado de lo que fuera. Los pocos ahorros se iban en ir a la ciudad, medio comer fuera y regresar a Tlacolula en las tardes en autobús. Adiós la idea de ser jefe de sí mismo y vivir ordenando a otros. Después de mucho buscar halló un empleo de velador en el Seguro Social. Le pedían dos cartas de recomendación, y se acordó que el director del Museo Regional Sr. Lorenzo Gamio lo conocía por haberlo visto trabajar en las zonas arqueológicas del Valle de Tlacolula. Gamio le dijo que cuando hubiera una plaza le avisaría. El sabido no llames nosotros te llamamos. Regresó a Tlacolula, de donde le parecía nunca iba a salir.

El único teléfono que había en el pueblo era el de la tienda del Sr. Bulmaro. A los tres días de haber ido a pedir carta de recomendación al Museo de Oaxaca, sonó el teléfono y un mozo fue a la casa de los Ramírez en busca de Zenón. Lo llamaba Domingo Aguilar del museo de parte del director para que se presentara al día siguiente. Hubo un jubilado que dejaba la plaza y así fue cómo Zenón Ramírez entró de Auxiliar de Intendencia en 1967. Después se enteraría que el que dejaba la plaza se había saltado al director del museo y había acudido directamente a México a pedir la plaza

para un sobrino. El orgullo del director herido ayudó a que Zenón tuviera un trabajo con sueldo fijo.

Mientras tanto la familia de Zenón seguía en Tlacolula. Al “aviador” le dio por beber y su familia tuvo que vender la casa y los terrenos e irse a vivir de pobres a un “departamento” de una vecindad de una planta en la calle de Pino Suárez en Oaxaca. La rutina de Zenón era desayunar en Tlacolula, tomar el autobús para llegar a tiempo al museo, comer con la suegra, y regresar en la noche a su casa. El sueldo apenas alcanzaba con esos gastos. Así pasaron algunos meses hasta que obligados por la necesidad deciden también irse a vivir a una vecindad en la misma calle de la suegra. La familia se amontonaba en un solo cuarto sin luz eléctrica, que tenía anexa una cocina abierta bajo un techo de lámina y un lavadero. Para todos los departamentos sólo había un baño en esa vecindad. La renta era de 80 pesos mensuales. El dueño no aceptaba inquilinos con niños, Zenón tuvo que acudir a los trucos de bracero, firmar el contrato, meter a sus hijos que ahora eran cuatro pues ahí nació Edith y dárselo como un hecho al descontento dueño, un tal Sr. Federico que tenía un hijo médico dueño de la Farmacia Hidalgo que de todos modos no recomendaba hacer mejoras para la higiene: las cinco familias que vivían en la vecindad no cuidaban de lavar el único baño, Yolanda lo hacía desesperada de la falta de responsabilidad de los demás. ¿Por qué la pobreza lleva a algunos a vivir en la suciedad? se preguntaba Yola. Don Albino se puso a mejorar la vivienda, puso banqueta, una cocina de piso de ladrillos pues era de tierra. Trajo carrizos cortos para cercar la cocina, instaló luz. El dueño cobraba 20 centavos por usar una regadera, su propia hija vigilaba el cobro. Los de la vecindad la llamaban la “Mona” porque chillaba

preguntando —“¿Quién se está bañando?”— para que pagara. Como gran favor por las mejoras que hicieron no les cobraba el baño a los Ramírez. En esa vecindad vivieron seis meses.

La Finca Bernal

En San Felipe del Agua se construía la barda de una propiedad particular. El chofer Isidro Jiménez de la pequeña delegación del INAH en Oaxaca llevaba piedras que salían de las excavaciones y de la limpieza de los sitios de Yagul y Monte Albán para esa barda. Algunos peones de las excavaciones trabajaban en esa obra.

Así es como Gamio invita a Zenón a cuidar la casa del arqueólogo Ignacio Bernal con alojamiento para su familia. Zenón quiso saber directamente de los dueños a qué se comprometía. Los esposos Bernal se presentaron en el museo para ofrecerle 300 pesos a cambio de vigilar la casa, tenerla limpia lo mismo que la alberca y regar el jardín. Además le regalaban los conejos y pichones que había para que sus hijos jugaran. Como Zenón alegaba que tendría que trabajar en la casa y además en el museo y no tendría tiempo para las dos cosas, entonces los Bernal le resuelven el problema regalándole una bicicleta de sus propios hijos.

Al fin del mismo año de 1967 que había entrado de auxiliar de intendente al museo ya estaba instalado en el departamento del velador aledaño a la casa principal. El compromiso importante era que cada vez que visitaran los señores su propiedad debía estar todo en orden. En realidad era mucho trabajo: 13 camas para tender diario, limpiar los baños, regar las plantas, todo antes que se levantaran los dueños. Entraba Zenón a las cinco de la mañana a la sala de la casa a prender

las luces y levantar el tiradero de los hijos e invitados de la noche anterior, enfundar los discos, guardar las botellas, limpiar los ceniceros, todo esto para que la señora que se levantaba a las 8 de la mañana viera todo listo. A las 10 de la mañana había que sacar las toallas al sol, a las 12 había que meterlas, abrir ventanas, y a las 6 cerrar ventanas y correr cortinas. Puntual, no se podía ni antes ni después, esas eran las órdenes de la señora Dña. Sofía Verea que junto con su marido eran de familias porfirianas.

Los Bernal venían en diciembre y en agosto cuando había trabajo en Yagul. Zenón quedaba exento de ir a trabajar en el museo, ni iba a cobrar su quincena, el mismo director del museo le llevaba el sobre. Los invitados de los Bernal eran a veces el Gobernador, el Director de Obras Públicas, el Dr. Alfonso Caso y su segunda esposa Aida Lombardo. Dña. Sofía enseñó a Zenón a poner la mesa, el lugar de los cubiertos, cómo servir la cena por la izquierda. “Una vez se me cayó la cuchara con mole y se ensució todo Bravo Ahuja...”

Vinieron entre otros invitados varios embajadores, vino el de Polonia cuando el famoso eclipse del 7 de marzo de 1970. En esas ocasiones los Bernal traían cocinera de México, pero Yolanda tenía que ayudarla también en la cocina. “Una vez vinieron embajadores pero sin los Bernal, había gente en la casa del Estado Mayor, Yolanda tuvo que cocinar y le daban a probar primero a ella lo que iba a servir para ver si no estaba envenenado”.

En esas estancias de los Bernal en Oaxaca, él como necesitaba una secretaria, traía a una del INAH de México, Grata se llamaba, pero ésta también servía a la mesa toda vestida de blanco y con bata. De México también venía la mamá de Grata, oaxaqueña, que tra-

bajaba allá de planta en la casa de los Bernal, igual que Leonor la nana de los hijos.

Los hijos de Zenón tenían sus sitios que cuidar y regar, pero no podían entrar a la casa —“no quiero ver a ninguno de ellos pasar enfrente...”— le había dicho un día Bernal (f. 18). Tenían Zenón y Yola prohibido dejar la casa, solamente a misa el domingo y con chofer. Zenón se ingenió entrar a la iglesia y salir luego por otra puerta para que en la plaza de la Soledad jugaran sus hijos, y otra vez entraban cuando terminaba la misa...

Enfrente de la casa que cuidaban vivía una familia americana con una niñita que jugaba con los hijos de Zenón. Teniendo que ir a San Antonio, Texas se llevaron a Yola a cuidar a la niña durante 15 días. Las dos familias se tenían confianza, así, un día invitaron a tomar café a Zenón y a Yola. Pero era tiempo de estancia de los Bernal, Dña. Sofía acostumbraba dormir siesta y el doctor salía a caminar después de comer. Ese mal día la señora despertó antes, tocó el timbre de Yola una vez, y dos veces y nadie respondió inmediatamente. Cuando regresaron sólo les dijo “Si andan buscando trabajo para que me avisen con tiempo. Ya saben que no pueden salir”. Ese quiso ser un aviso, y no se iba a repetir.

Así duró cinco y medio años, de 1967 a 1973 y durante ese tiempo Zenón en sus ratos libres iba haciendo con la ayuda de su papá una casa de material en un lote que había comprado no muy lejos de la casa de los Bernal. Éste quería saber para qué construía si tenía casa con él, Zenón le respondía que era para rentar y así junto con su sueldo poder dar educación a sus hijos. En otra estancia de los Bernal en agosto de 1973, a la hora de la comida, Zenón les informa que se va con su familia a estrenar su casa terminada.



Foto 18. Los hijos de Zenón en la casa de Bernal.

—¿No la querías para rentar? —preguntó sorprendido el Sr. Bernal.

—Sí, pero tanto esfuerzo para que gente extraña la estrene, mejor nosotros, les aviso para que cuando vengan en diciembre sepan que nos vamos.

—Si ya decidiste —interrumpió Dña. Sofía muy molesta— te puedes ir en este momento.

—Sí señora, en este momento empezamos a recoger nuestras cosas —respondió con aplomo y dignidad el atrevido empleado a la dueña que no daba crédito de tanta insolencia y menos a lo que estaba diciendo su marido:

—¿Quieres más dinero?, te podemos pagar más y te quedas...

Recordando esos días, Zenón reconoce que a pesar de las diferencias sociales los Bernal fueron cariñosos con sus hijos a quienes en Navidad les regalaban juguetes. Todavía dos o tres años después de haber salido de esa casa siguieron llevando regalos para sus hijos. Fue mucho tiempo de convivencia con los hijos de los Bernal, Ignacio, Rafaela, Carlos y Conchita, y de llevarse también con el novio de Conchita, Pedro Aspe, para que eso se olvidara. Cuando éste último era Secretario de Hacienda Zenón y él se encontraron en el aeropuerto. “¿Cómo le digo, doctor, Pedrito?” —se preguntó Zenón.

—Hola Zenón— lo reconoció Aspe, —y hasta mandó saludos para Yola.

Se volvieron a encontrar hace unos tres años en el andador de la ciudad de Oaxaca y él muy amablemente se dirigió a Yola y a Zenón con cariño, y hasta les contó que en la compañía Volaris de la que es socio, hay un piloto oaxaqueño, el nieto de Lorenzo Gamio.

Sí, nobleza obliga, y en una ocasión que los Ramírez fueron a México quisieron ir a saludar a los Bernal en su casa de la calle de Tres Picos. Se anunciaron, se les dijo que entraran por la puerta de atrás de la cocina, ahí los recibieron, no por la puerta principal.

Algo tiene esta familia Ramírez que exuda confianza, así lo siente Rafaela Bernal quien no hace mucho tiempo llamó a Zenón para ofrecerle ser administrador de la casa en San Felipe, no como antes, sino sólo cuando viniera la familia o invitados debía ver que el velador y que los demás tuvieran todo listo. Zenón agradeció se acordara de él, pero que prefería seguir siendo dueño de su tiempo y no tener que dejar sus negocios cuando ellos vinieran. Para cuando fue esta oferta habían pasado 19 años que Zenón había renunciado al INAH en 1994.

Empleado federal en la ciudad

El director del primer Museo Regional tenía además su oficina en la calle de Margarita Maza y con un letrero que decía: Exploraciones Monte Albán. Éste era el único contacto con el Instituto Nacional de Antropología, y sólo a través del Departamento de Arqueología. Después de las exploraciones de Alfonso Caso a fines de los 20s y principios de los 30s en Monte Albán, se abrió un museo para exhibir principalmente las joyas de la Tuma 7. Este estaba en la calle de Independencia contra esquina de la Alameda. El Sr. Lorenzo Gamio fue el director del museo y el enlace con las oficinas centrales de México de todo lo relacionado a hallazgos y exploraciones arqueológicas en el Estado. No iba a ser sino hasta principios de la década de los 70s que se abriría una delegación del INAH que cubriría otros aspectos de la investigación, conservación y difusión del patrimonio no sólo arqueológico sino también histórico.

En ese museo Zenón iba a estar cinco años. Comenzó en 1967 como auxiliar de intendencia y su trabajo consistía en barrer corredores, trapear, lavar los baños. El personal era reducido, en Administración: Domingo Aguilar era el Administrador, Anastasio Reyes Morales velador junto con José Castro y dos secretarías, las señoritas grandes Chalina y Ricarda. Pronto entrarían nuevos: Rodrigo como velador, Manuel Velasco intendente, Jorge Castro Méndez intendente, Manuelito intendente y la Sra. Angelina Ángel encargada de los baños. Isidro Jiménez Chávez seguía de chofer.

Zenón comenzó en el escalafón más bajo, el de Auxiliar que recibe órdenes del Intendente. Su sueldo era de 667 pesos mensuales. Como auxiliar tuvo que seguir subiendo de categoría de la I a la J en 1969, K y

L en 1970 ya con sueldo de 800 pesos mensuales. Pasó luego a cuidar una sala, ya no a barrer. Sin embargo, su empleo era temporal, se llamaba de “supernumerario”, es decir, no de base. Trabajaba sólo de abril a diciembre y vuelta a la incertidumbre si le renovaban el contrato. Así duró cuatro años.

Ante esa falta de seguridad y viendo que un trabajador de Yagul que había entrado después que él ya tenía base, decidió ir personalmente a las oficinas centrales a tramitar su basificación. En ese mundo de funcionarios desconocidos y de secretarías que no sabían orientar en el departamento de Recursos Humanos en Córdoba 45, lo único que logró aclarar era que debía esperar porque había un escalafón que cumplir. Alegaba que otro ya tenía plaza y él seguía de supernumerario a pesar de tener más antigüedad. Con trabajo logró que admitieran que había habido un error que obviamente lo afectó a él. ¿Era todo? ¿Tanto viaje para seguir igual? En eso entra un intendente que trabajaba de mozo en las “oficinas” de Exploraciones Monte Albán en Oaxaca que quería tramitar su jubilación. Zenón vuelve a la carga diciendo que ahí estaba la oportunidad para conseguir lo que quería. “Lo vamos a tomar en cuenta, adiós”, fue la respuesta. Bueno algo se consiguió, y ya bajaba las escaleras cuando cae en la cuenta que ni siquiera había dejado sus datos (“ay pendejo —se dijo—vete p’arriba”). Y no había llegado al descanso y ya una secretaria lo estaba alcanzando para pedirle llenara unos datos personales. Todavía esperó tres meses más, y llegó su nombramiento de base, después de todo sí había valido la pena haber ido a México.

El nuevo Museo Regional de Santo Domingo

En 1972 estaba por terminarse la restauración del ex convento de Santo Domingo y se hacía montaje de vitrinas para las nuevas colecciones con las que contaría el museo. El 20 de diciembre se inauguró a toda prisa, y con la misma rapidez se volvieron a cerrar salas para continuar con las incompletas instalaciones. Se trabajaba horas extras hasta bien noche y con menos personal porque el equipo de museógrafos y ayudantes regresaron a México después de la inauguración. Manuel Velasco era ahora el improvisado museógrafo y Zenón su ayudante. Velasco diseñaba las bases de las varias estelas y Zenón las montaba colocando primero sobre el piso un plástico y luego la base colada de cemento. En esa forma podrían ser cambiadas de sitio con facilidad. Antonio Ríos era el “chalán” de este Zenón como redescubierto albañil.

Se contrató a dos nuevos auxiliares que se decían museógrafos y se excusaban de no hacer la limpieza. Velasco pronto se fue a la Escuela de Restauración del INAH en México a hacer la carrera de museógrafo. Zenón entonces se queda como Intendente en substitución de Velasco y como jefe de los demás a quienes les repartía las tareas de limpieza y vigilancia de las salas. Los dos nuevos se rebelaron y retaron a golpes al Intendente. Ahí aprendió Zenón a dar órdenes y hacerlas cumplir: empezó por aumentarles el trabajo manual a los rebeldes quienes no tuvieron más remedio que renunciar.

En esos primeros meses del nuevo museo llegaron las lluvias y se inundó el piso en desnivel del auditorio hasta la tercera fila de butacas. Vino personal de México e hicieron revisión de drenajes y se fueron. A la siguiente temporada de lluvias se volvió a inundar.

Zenón mandó descubrir los drenajes y vio que los registros del primer patio también se inundaban, ideó conectar todos los registros y llenarlos de agua que canalizada se depositó en el depósito o pozo de absorción a la entrada del auditorio. Ahí estaba el problema, se vació ese depósito hasta la roca madre donde ya no había salida para el agua que se acumulaba. Fueron tres camiones de grava que se sacaron de ese depósito. Se compró una bomba que vaciaba el agua cuando llegaba a un nivel y por medio de manguera se arrojaba a una de las tazas de los baños del patio de la ex cocina del convento. No se volvió a inundar el auditorio, y ese arreglo duró así varios años.

El Museo de Santo Domingo al igual que los sitios arqueológicos de Oaxaca dependían administrativamente del director regional del INAH. Este delegó entonces muchas de las actividades del Museo en tan hábil y eficiente Intendente que pasó a tener nombramiento de Administrador en 1975 por el Dr. Guillermo Bonfil, Director General del INAH. Una de las actividades a las que se avocó Zenón fue a formar una Sociedad de Amigos del Museo. El Centro Regional invitó a personas interesadas en la conservación del patrimonio a formar parte de esa asociación. Los primeros socios fueron Manuel Velasco, que ya había regresado de sus estudios en museografía, Marcos Winter, arqueólogo del Centro Regional, Srta. Clotilde Schondube, Dr. Mario Pérez Ramírez, Dr. Julio Bustillos, Arq. Mario Ocampo Campo, Lic. Martínez Vigil, Ing. Luis Bustamante, y la Srta. Rosa.

Ser Administrador con funciones de Director fue un nuevo reto para Zenón que hasta entonces se había tenido que ver sólo con vigilantes oaxaqueños, muchos de ellos venían de Tlacolula. De hecho, la primera

reunión de la Asociación estuvo a punto de fracasar. Recuerda Zenón cómo se sentía inseguro de tratar a esa gente, “como pez fuera del agua...” y más cuando vio qué pocos se juntaron atendiendo la convocatoria. Llegó a decirles que mejor se suspendía para otra ocasión. Los invitados le hicieron ver que así eran las cosas en Oaxaca, que no esperara una respuesta diferente, y sin más pasaron ellos mismos a nombrar dos escrutadores que se sentaron a cada lado de Zenón, ellos fueron el Dr. Bustillos y el Arq. Mario Ocampo. Luego se procedió a nombrar Presidente, Secretario, Tesorero. Zenón quedó como Vocal.

Mientras tanto el Centro Regional organizaba conferencias y congresos que se llevaban a cabo en el auditorio. Zenón era el que daba la bienvenida al público en nombre del Instituto de Antropología en Oaxaca. Zenón se las ingenió para empezar y terminar secundaria, pues sólo había terminado la primaria en su nativa Tlacolula. Hasta había empezado a tomar cursos de preparatoria en la Universidad cuando empezó a cambiar su suerte con el nombramiento desde México de una Directora del museo. El Regional de Santo Domingo era muy llamativo para no ser codiciado por la burocracia del INAH en México. Todos los museos del INAH en el país tenían una dirección nacional y los directivos quisieron abarcar la planeación y dirección de todos los museos no sólo los nacionales en la capital sino en los nuevos centros regionales del Instituto en el interior del país.

La nueva autoridad en Santo Domingo lo primero que pretendió fue independizarse de la dirección del Centro Regional, y de los que le parecían que podrían obstaculizar su trabajo en el museo. Recomendó —bueno, una manera de decirlo— a su Administra-

dor Ramírez que si quería estudiar la preparatoria se saliera del Instituto. Él dejó a un lado su interés por seguir estudiando. Años después diría “que ni falta le hizo...” de lo mejor que le fue en su vida económicamente desde que se jubiló.

Hubo cambio de gobierno en el país, y en el INAH entró en 1976 el Profr. Gastón García Cantú como Director General (1976-1982) en sustitución del Dr. Guillermo Bonfil (1972-1976). Salió de Oaxaca la directora del Museo de Santo Domingo. En 1980 Zenón Ramírez recibió reconocimiento de la SEP en la Sala Ponce del INBA por “labor destacada en su trabajo” con un premio en efectivo de 25,000 pesos. En representación del Director General del INAH fue el Jefe de Personal del INAH.

De la misma manera que cuando lo dejaron atender a la recién Sociedad de Amigos del Museo, hubo pruebas más duras que mostraron que ya había superado su complejo de inferioridad. Después de horas de servicio había políticos influyentes que exigían ser atendidos en el museo. Así una vez el gobernador Zárate Aquino con invitados quiso entrar, y Zenón les dijo que a cualquier otra hora los atenderían con gusto, no después de cerrar el museo. Pero alguien más le salió respondón, en otra ocasión, este fue el Arq. Rossell de la Lama que era Secretario de Turismo Nacional. Igual, quiso ser atendido de noche después de horas de servicio, iba acompañado del gobernador Eliseo Jiménez Ruiz. Zenón había inventado varias medidas de seguridad en el museo: timbres secretos en las salas, entrenamiento de personal para cerrar las puertas con cierta alarma convenida, cadena de refuerzo a la puerta de entrada. Pues bien, llegó el prepotente funcionario y como el velador abrió el portón sin cadena

los del Estado Mayor empujaron la puerta y entraron. Zenón estaba en junta con los Amigos del Museo y tuvo que salir a hablar con los intrusos que exigían se les abriera la sala de Joyas. Le explicó al Ministro que serían atendidos muy bien a otras horas, otro día. Molesto De la Lama increpó al terco empleado:

—Enséñeme su identificación... este fue su último día de trabajo, Ud. está despedido...

—Sí Señor, yo me voy mañana, pero Ud. se va fuera ahorita mismo...

Esa misma noche la dirección del Centro Regional de Oaxaca informó al Director General del INAH Gastón García Cantú lo sucedido. —“Bien hecho...” —fue la respuesta y añadió que el Administrador no se preocupara, que si era necesario él hablaría con el mismo Presidente López Portillo. En 1982 Zenón recibió del mismo Gastón García Cantú nombramiento de Director del museo.

Otra visita importante fue la del Presidente José López Portillo y su esposa. Esa vez, no hubo ensayo previo del Estado Mayor Presidencial, la pareja quería recorrer todo el museo y hacer preguntas. El que dirigió la visita guiada fue Zenón Ramírez. Dña. Carmen mostró gran interés en una sala de exhibición temporal de grandes máscaras ceremoniales de madera. Se dirigió a Zenón y le pidió que si en las excavaciones que hicieran los arqueólogos en Oaxaca aparecía una estela prehispánica con la imagen del diablo, se lo hiciera saber a ella directamente. Al despedirse le dio una tarjeta con sus datos para que la llamara.

Por cierto, tiempo después de esa visita, Dña. Carmen regresó a Oaxaca sola y quiso visitar el museo de nuevo. El Director Ramírez estaba ausente de vacaciones, de ese modo el Director del Centro Regional del

INAH a regañadientes tuvo que ir a atender la anunciada visita. Afuera, en la acera de enfrente del museo se paró un automóvil con los cristales polarizados. Del asiento delantero bajó el Gral. Jorge Carrillo Olea que un tiempo estuvo en la Guardia Presidencial y abrió la puerta trasera para que bajara Dña. Carmen que lucía un vestido negro un poco más debajo de la rodilla. El General a la izquierda de la señora extendió su brazo derecho hacia delante y Dña. Carmen puso su mano izquierda sobre el antebrazo del General, y así sostenida atravesó el atrio y entraron al museo sin dejar tan militar apoyo. Ella le dijo al director del Centro Regional que ya conocía el museo pero que le habían dicho que no había visitado el auditorio y quería verlo, porque sabía que había sido la cloaca donde defecaban los frailes que ahí vivieron. El sorprendido director no tuvo más remedio que guardar sus notas para guiar la visita, y acompañar a la pareja al auditorio, y sin dejar de apoyarse en forma tan de las películas de majestades europeas ésta volvió a salir hasta el automóvil negro con los cristales polarizados.

En las oficinas del Centro Regional

Se siguieron los cambios de funcionarios en el país y los consiguientes en el INAH. En el Centro Regional de Oaxaca los cambios de delegado federal fueron más seguidos, y cada uno queriendo poner a su propio equipo en los puestos de confianza. Fue así que el director del museo Zenón Ramírez tuvo que dejar el puesto, y ser cambiado a las oficinas del Centro Regional como Auxiliar Administrativo. De México vino su nombramiento y en consideración a sus méritos anteriores entró en el escalafón de los administrativos en buena posición y con sueldo de 45 horas, además con plaza de

inamovible. Entre otras de las responsabilidades tenía la contabilidad de los aranceles de los servicios del Instituto y de los boletos de entrada de los sitios arqueológicos y museos en el Estado a cargo del Instituto. Así estuvo de 1982 a 1993 en que fue ascendido a Coordinador de la Sección Administrativa Nivel III. Quizá para los que lean esto no les diga mucho esta información, pero para poder acceder a niveles superiores en el largo escalafón de los administradores se necesita entre otros requerimientos estudios y títulos en administración o contabilidad. Zenón sólo había terminado secundaria, era su habilidad la que hacía compensar la falta de estudios. En ese tipo de trabajo, la honradez es cualidad decisiva para poder ascender. Fue precisamente esa combinación de cualidades que sorprendió al director del Centro Regional cuando Zenón le avisó en 1994 que se jubilaba. Fue inútil tratarlo de convencer que sólo le faltaban dos años para jubilarse con el 100% y no ahora que le descontarían el 25%. El mismo director, pasados algunos años, quiso contratarlo de nuevo como Administrador del Museo Regional de Santo Domingo, pero para entonces Zenón ganaba más afuera que dentro de la burocracia. No se quejaba, estuvo a gusto en todos los años que trabajó en el INAH, pero algo de su infancia en el campo cuidando chivos y cazando conejos lo atraía poderosamente: ser libre, poder disponer de su tiempo sin tarjetas de chequeo de entradas y salidas, no tener que confiscar a otros, no tener que sufrir las continuas auditorías.

Para 1994 Zenón era un hombre de 55 años y con 4 hijos ya recibidos: dos dentistas, un contador público y una maestra normalista. Pero la jubilación no alcanzaba para gran cosa. Él sabía que tenía que volver a buscar mejores entradas y volverse a probar a sí mismo

si podría hacerlo. De cualquier forma no regresaría a una jaula burocrática de la que por fin había escapado.

Allá en Tlacolula había una vez comprado un terreno y le había ganado al revenderlo. No tardó mucho en conseguir otra entrada extra de esa forma. En su estancia en el museo había visto con qué interés los turistas visitaban el pequeño expendio de libros y tarjetas postales. Así fue cómo halló otra forma de acrecentar la entrada y darle educación a sus hijos. La venta de tarjetas en varias partes del estado fue negocio hasta que llegaron las cámaras digitales. Para entonces Zenón se había retirado a una casa a medio construir a las afueras de la ciudad de Oaxaca, en las faldas de Monte Albán. El suelo de la nueva casa era rocoso y de mala tierra. Hizo cepas profundas y las relleno de yocuela, con el tiempo, en el pequeño huerto, tenía árboles frutales y plantas suficientes para el mantenimiento y hasta para darles a sus hijos ya casados que también viven cerca huyendo de la ciudad. Yola no sólo cuida del huerto sino de innumerables macetas y distintas clases de orquídeas (ff. 19-21).



Fotos (19-21): Yola y su jardín.



Foto 20.



Foto 21.

IV

Aquí se acaba todo...

Aniversario 100 de Dña. María

En agosto de 2014 se celebró el 100 aniversario de Dña. María. Había mucha expectación para que ella llegara a esa edad y poder juntarse la familia para felicitarla. Con anterioridad y durante varios años la familia y los amigos nos reuníamos en la casa de Zenón, las fechas eran el día de Muertos y el fin de año. Desde que se fueron los hermanos y algunos nietos ya casados a Querétaro, no siempre se les volvía a ver a todos juntos. Esta vez del cumpleaños de la madre vinieron todos y como en los viejos tiempos llegamos los invitados, algunos desde fuera de Oaxaca. Hubo misa en el ya famoso lugar de usos múltiples con coro de Querétaro, comida con mariachi (ff. 22-23). Dña. María en su silla de ruedas recibía regalos y felicitaciones sonriendo y asintiendo con la cabeza sin entender ya muy bien lo que todos le decían. Ella misma pidió algunas piezas a los mariachis y oyendo en su memoria las letras de las canciones trataba con sus labios de decir las. Lo más emotivo fue ver a sus hijos abrazándola y pidiendo se les retratara con ella (ff. 24-27).

Dña. María tuvo así el gusto de llegar a esa edad y poder despedirse de sus hijos y amigos.

Revisando el relato de vida

Un poco antes del día de Muertos del 2015, voy a San Francisco Xavier, Xoxocotlán, a platicar con Zenón so-

bre el borrador de este texto. El gran portón de metal estaba abierto y en medio patio pavimentado me esperaba en mangas de camisa y con una pala chica en la mano.

—¿Limpiando masetas? —Le pregunto antes de darle la mano.

—Sí, ya sabes, pásale.

A un lado del patio pavimentado y en declive para que corra el agua de lluvias al terreno de atrás lleno de árboles frutales y plantas está sin puerta lo que fue el amplio garaje y que ahora sirve de comedor para las fiestas, en el fondo el altar con los retratos de los familiares y la veladora prendida, el lugar sirve de capilla ardiente y también como sala para atender visitas. Me invita a sentarme enfrente de él en una mesa larga de las de Sams, una de las varias plegadas y recargadas en una pared de ese espacio de usos múltiples. Sobre la mesa una jarra de agua de limón y dos vasos. Pregunto por Yola y me dice que anda allá atrás en la huerta.

La casa desafía cualquier descripción arquitectónica: cuartos de material añadidos según las necesidades, cobertizos para almacenar cacharros, baños en varios cuartos, dos cocinas separadas con más cuartos alrededor para cuando van los hijos con sus familias, terreno con árboles frutales, muchas plantas. Señoras en la cocina siempre con sus crías, ya son de la familia, algunas han conseguido después muy buenos empleos, alguna hasta llegó ser secretaria del Gerente de un Banco, a éstas se le ha pagado ayuda extra para la educación de sus pequeños en edad escolar, y a otra para hacer su propia casa.

—Zenón, revisando lo que se lleva escrito, veo que saliste del INAH ya hace más de 20 años después de 26 de trabajar ahí. ¿Qué te gustaría contar?

—Híjole ya ni me acuerdo... bueno, mira yo sí estuve muy bien ahí, me gustaba lo que hacíamos, te acordarás que con frecuencia te acompañaba a atender denuncias por todo el estado hasta que dejaste de ser director en 1980. Eso me encantaba, eran manejadas largas y de varios días de visitar municipios, responder oficios, llevar pósters para que cuidaran los sitios y las iglesias, hasta llevábamos cine a los pueblos, eran aquellas películas documentales del INAH.

—Sí, me acuerdo que al principio del Centro Regional, acababa de salir la ley de 1972, y de sopetón teníamos que cuidar también los monumentos históricos, más cuando en 1976 la ciudad de Oaxaca fue declarada zonas de monumentos...

—Había algo entonces, los vigilantes del museo cuando se iban a sus casas, a veces llamaban para avisar que alguien estaba tirando clandestinamente techos en el interior de alguna casa. Había cierta mística por lo que hacíamos por el patrimonio.

—En Monte Albán no había teléfono, apenas si habían puesto luz en el museo de sitio, de modo que cuando había un robo a turistas u otros problemas serios, los custodios tenían que bajar a pie a avisar a la oficina que estaba en la Colonia Reforma.

—Bueno, no todos tenían ese entusiasmo por las cosas del Instituto, a mí me llegaron a decir los compañeros que cuando saliera de viaje cobrara viáticos, horas extras y no sé qué más. Más de uno tuvo que ser despedido por vender piezas arqueológicas de las

excavaciones... algunos otros por recibir sobornos de dueños de casas en obras sin licencia para no ser denunciados.

—Zenón, en esas comisiones fuera de tu nombramiento como intendente o administrador del museo, ¿recuerdas algún caso más difícil?

—En Zaachila nos mandaron a cambiar las estelas que estaban en la plaza y llevarlas al corredor del municipio. Fui como encargado de hacer las bases, pues te acuerdas que había hecho las del Museo de Santo Domingo, pero las marchantas del mercado que se hacía en esa plaza se opusieron. Tú fuiste de noche a hablar con el pueblo reunido en el municipio, las señoras hablaban mucho y muchas en zapoteco, por más que se les dijo que no era manera de cuidar esas cosas de los antepasados amarrando ahí los animales de venta, y que en el municipio estarían protegidas del sol y la lluvia, no aceptaron, que ahí se quedarán como siempre, que ahí las querían.

—También, el problema en San Lucas, Ocotlán... pero tú cuéntalo.

—El problema fue que el vigilante volante del valle de Ocotlán, así se les llamaba a los que cubrían la vigilancia en partes del estado fuera de la ciudad, había reportado que una estela hallada en un campo de sembradura empezaba a tener patitas, cada vez se acercaba más a la orilla de un camino de terracería. El Centro Regional hizo la denuncia, las autoridades fueron llamadas por el Secretario del Despacho, el Lic. Márquez Uribe. Pero eso lo tomaron a mal los del pueblo y que encarcelan al vigilante del INAH y no dejaban entrar al presidente municipal al palacio. Aquello fue

peliculesco, el mismo Secretario se fue de noche acompañado de muy poca escolta, el pueblo aglomerado en la presidencia lo dejó entrar a hablar con el vigilante. Y mientras seguían los diálogos a gritos el licenciado le dijo al vigilante que como gamo corriera al carro, que lo estabas esperando. No sé cómo lo logró, pero se salvó porque lo querían linchar. Todo quedó en que esa estela no se la llevarían a ningún museo, que ahí se quedaba. Con eso se aplacó la gente. Y es cuando fui al día siguiente con la idea de hacer una base en donde quisieran quedara colocada la estela, la única condición que se les puso fue que tenía que tener alguna cobertura contra el sol y la lluvia. El pueblo me estaba esperando, y en bola me llevaron a la iglesia. La sorpresa fue que ya dentro, después de la puerta habían enterrado la estela en un gran hoyo profundo con el fin de que nadie se la fuera a llevar. Sacaron con cuerdas la pesada piedra y la llevaron a un lado del atrio, dijeron que ahí la querían... Cuando por fin terminé medio me despedí de la gente que no dejó de vigilar todo lo que hacía. Me fui al Safari y en el asiento había un pedazo de papel escrito con letra de mano que decía: “No vuelvas porque te matamos”. ¿Cómo la ves?

—*Fíjate que yo sí regresé alguna vez, y ahí estaba la estela donde la dejaste, sin techo alguno, pintados con gis los ojos, la cabeza y otros relieves de la figura.*

—Tú sabes que el arqueólogo Flannery para entrar a ver un petroglifo en una gran piedra bola en un campo de Santa Inés Yasechi, tenía que tomar el ferrocarril a Ocotlán, bajarse en un lugar y caminar por el campo para poder llegar y estudiar el monumento.

—*Sí, yo mismo lo acompañé una ocasión a ese lugar*

junto con Joyce su esposa, sólo que nos metimos por terracería en camioneta del INAH y nadie nos vio.

—Los arqueólogos que hacían el recorrido de todo el valle nunca pudieron lograr que les permitieran los de Santa Inés hacer esa parte del valle de Ocotlán.

—Lorenzo Gamio contaba cómo le fue cuando acompañó a Andy la dibujante extranjera de Ignacio Bernal, cuando acompañados de unos policías del Estado fueron a la iglesia donde hay piedras prehispánicas incrustadas en un muro, para eso había que arrancar la yerba y limpiar la tierra para que la dibujante pudiera hacer calcas. Se tocó a arrebato, la gente creía que iban a destruir el muro para sacar las piedras y tuvieron que salir corriendo con todo y uniformados...

—Sí, yo estuve ahí esa vez. Los arqueólogos la tienen difícil, aparte de hacer su propia investigación tienen que atender denuncias inesperadas de hallazgos o saqueos, y esto puede ser problemático, tienen que convencer a las autoridades de los pueblos para que los auxilien, y ha habido casos como en Teotitlán del Camino en que la misma autoridad estaba inmiscuida en el tráfico de piezas arqueológicas.

Apareció Yola con una gran bolsa de plástico con una docena de aguacates, chayotes para Ángeles y varias limas chiche para mis nietos. Definitivamente tenía que regresar otro día porque lo que llevaba para preguntarles no lo habíamos tocado, nos fuimos por lo arqueológico y yo necesitaba lo emocional, los valores, las creencias. ¿Qué tanto de la formación de su infancia y juventud quedaba, qué tanto pudo independizarse de la tradición?

Día de muertos del 2015

En 1973 llegué a Oaxaca como Director del Centro Regional del INAH y con el tiempo empecé a tratar a Zenón no como el hábil administrador del Museo de Santo Domingo sino como a un amigo. Quizá porque me veía como alguien con estudios tuvo la confianza de preguntarme un día si yo creía que los muertos venían el 1º de noviembre. Ahora más de 40 años después yo era el que iba a preguntarle qué creía él.

Este día 1º de noviembre del 2015 a las 8 a.m. están todavía poniendo la lona para cubrir la parte exterior del garaje convertido en comedor, Ángeles y yo nos inclinamos ante el altar antes de saludar a Yola y dejar la ofrenda entre las otras muchas. Zenón y Yola se sientan con nosotros a desayunar en un extremo de las largas filas de mesas. En el otro extremo las familias de los hijos y señoras de la cocina están desayunando. La mesa está puesta con platonos de pan de yema, cazuelas pequeñas con la salsa tradicional del desayuno de “higaditos” (hecha de chile costeño y miltomate, “tiene que ser colorada” explica Yola). Sirven chocolate espumoso y Zenón dice que podemos comenzar que no estamos en Tlacolula, pues allá nadie comienza hasta que todos en la mesa tienen que comer y el señor de la casa dice que comiencen. Sigue explicando que en caso de desayuno no se puede servir el chocolate si no está primero sobre la mesa el pan, —¿con qué van a tomar el chocolate?— puede preguntar el jefe de familia que primero inspecciona la mesa.

Hace poco pasó el aniversario de la muerte de Dña. María, y Zenón cuenta que al año se suele hacer una misa y comida, pero que se decidió que este año no se hacía nada por voluntad de la misma Dña. María que no quiso novenario de misas, sólo tres, y tampoco

a los 40 días, ni misa de “cabo de año”. Zenón enumera el calendario de una defunción: el novenario de rezos, la puesta de cruz, el levantamiento de la misma, el depósito del tapete hecho de arena y colores de tierra en el panteón, comida, y a los 40 días comida grande lo mismo que al año. Esta decisión cumplida por el mayor de la familia, incomodó a varios de los hermanos, e independientemente organizaron misa y comida. No puedo menos de pensar en una autora iraní que habla de la importancia de la tradición, pero siempre que el individuo pueda libremente permanecer o apartarse de las constricciones que conlleva la costumbre en ciertas sociedades (Ben Habib 2002:16).

Zenón seguía muy animado explicando las ofrendas en el altar, cómo salieron la víspera al campo a traer “la flor de muertos o de todos los santos” cómo colgaron en lo alto de la enramada del altar el primer fruto del aguacatal de casa de una de sus hijas (f. 28). Le hice ver que en el altar se les había olvidado el mezcal que tanto le gustaba a don Albino. Aceptó que se le había olvidado. Luego le recuerdo la pregunta que me había hecho hacía mucho y lo que pensaba ahora de la venida de los muertos en este día.

—Esto me enseñaron y esto les he enseñado a mis hijos, creo en eso que me enseñaron— espera algún comentario mío y como me quedo callado continúa: —Sea cierto o no sea cierto, nosotros tenemos esa creencia... creer exactamente que es cierto, pues quién sabe...Yo sí creía antes que sí venían, ahora pues no hay ninguna seña, ni nada, pero yo pongo el altar... me enseñaron eso, pues sí vienen entonces, por eso lo hago...

—¿No tienes dudas? Antes decías que las tenías...

—Sí, uno duda, pero vuelve a creer, mira lo que



Foto 22. Salón de usos múltiples.



Foto 23. Doña María bendiciendo la barbacoa de su 100 aniversario.



Foto 24. Doña María y su hijo Zenón.



Foto 25. Doña María y su hijo Roberto.



Foto 26. Doña María y su hijo Ángel.



Foto 27. Doña María y su hijo Carlos.



Foto 28. Altar de muertos.



Foto 29. Benito a la izquierda de su mamá Doña María.

pasó, Yolanda cuando vivíamos en San Felipe estaba sentada en una silla metálica con uno de los bebés de brazos y observaba mientras yo ponía el altar: “Me gustaría saber si realmente vienen o no vienen, yo quisiera tener una seña de que sí vienen” dijo... y en eso, no sé si por coincidencia, pero la silla se desfunda y se viene abajo, Yola parejito cayó: “Sí vienen, dijo Yola”.

—¿Crees que hay otra vida? Me animo a preguntarle.

—Yo creo que aquí se acaba todo...

—No se contradice eso con...

—Sí, eso va en contra de lo que dije de los muertos.

Lo hago por costumbre (el altar), no sé, yo mismo no me explico, yo sé que al morir todo termina, me contradigo yo mismo... pero todo se acaba aquí.

Como cada año esta vez vino Roberto y Consuelo su esposa de Querétaro a pasar muertos con la familia. Suelen venir acompañados de familiares políticos y hasta de amistades nuevas como cuando vino un coro a los 100 años de vida de Dña. María.

Roberto es otro de los hermanos que tiene especial afecto al recuerdo de su madre. Ella fue la que quiso sacarlo de las ocupaciones del campo y de andar de mozo en tiendas de Tlacolula. A Roberto también le tocó la vida dura varios años: trabajó con un dueño de vacas: limpiar pesebre, llevar leche al mercado, de madrugada matar res y llevar carne en canasto y con mecapal al mercado. Fue Dña. María la que fue a rogarle al Jefe de la oficina de Hacienda que lo aceptara sin paga, sólo para que aprendiera a escribir a máquina. Parecería insignificante ese cambio ocupacional, pero fue precisamente lo que le abrió otras oportunidades.

Cuando se presentó en Bancomer en la ciudad de Oaxaca aprovechando una recomendación de Rafaela, hermana de Yolanda que ahí trabajaba, y notaron que podía escribir a máquina a gran velocidad sin ver las teclas, lo ascendieron de inmediato. Ahí trabajó por varios años hasta que se fue a Querétaro donde siguió desarrollando sus habilidades de contaduría y estuvo como hombre de confianza durante 16 años en ICA en el Departamento de Crédito y Cobranzas. Igual que Zenón aprendió de su padre a ser disciplinado y honrado, eso le costó el empleo cuando se negó a firmar facturas sin checar el contenido. Después se dedicó a ser jefe de sí mismo en un negocio de impermeabilizantes. Ahora que ya ha repartido a sus hijos la herencia se retira, como su hermano mayor, a fueras de la ciudad de Querétaro a un rancho a vivir como campesino.

También Benito el siguiente hermano halló un escalón inicial donde subir en la oficina de Hacienda de Tlacolula. Fue exitoso como empleado en bancos donde ascendió a Gerente del Banco Mexicano SOMEX y del SERFIN. Terminó abriendo un despacho de contaduría en la ciudad de Oaxaca antes de su prematura muerte (f. 29).

A Carlos y Ángel ya les tocó estudiar en la inaugurada secundaria en Tlacolula, estudiar preparatoria y carrera de arquitectos en Oaxaca. Pero antes Carlos trabajó en la tienda del pueblo que vendía de todo, cargaba bultos a los 13 años de 50 kg. “Nomás se me hacían así las patitas...” El inquieto Ángel se cambió también con su familia a Querétaro y allá terminó una segunda carrera, la de Antropología. Tanto Carlos como Ángel y antes Zenón hallaron como profesionales en el INAH una base de donde despegar y lograr otras metas.

V

Interpretando...

¿**Q**ué tanto de la experiencia primera de un modo de vivir queda como patrón de comportamiento? Oscar Lewis explicando lo que entiende por cultura de la pobreza dice que ésta tiene “una calidad residual, en el sentido que sus miembros intentan utilizar e integrar, en un sistema de vida operable, remanentes de creencias y costumbres de diversos orígenes” (Lewis 1961:16). El aniversario de la muerte de la madre de los hermanos Ramírez es ilustrativo: dos de ellos que son profesionales viven en Querétaro donde no se acostumbra poner altar de muertos en las casas. Ellos no lo hacían tampoco hasta que Dña. María de visita los hizo retomar la vieja costumbre de su pueblo en Oaxaca.

Ángel y Carlos, uno que vive en Querétaro y el otro en Oaxaca fueron los que arreglaron todo para que se celebrara misa en Oaxaca y hubiera comida con invitados al cumplirse un año de la muerte de su madre. Zenón y Roberto, los hermanos mayores, no intervinieron y los dejaron hacer. Son los hermanos menores los que ya tuvieron escuela desde la infancia y hasta terminaron carreras profesionales los que al recuerdo de la madre difunta regresan a la tradición. “El concepto de una subcultura de la pobreza... sugiere también que la eliminación de la pobreza física *per se* puede no bastar para eliminar la cultura de la pobreza que es todo un modo de vida” (Lewis *ibid.*, p. 19).

Como el famoso Pedro Martínez de Lewis, Zenón no dejó de ser campesino. Salió a vivir a la ciudad, pero no dejaba de asistir a las fiestas patronales, a bodas y bautizos, a ver a su padrino. Quedó dentro de él el apego a la tierra, cuidarla, un profundo sentimiento del valor de las cosas sencillas, responsabilidad en el cumplimiento de las obligaciones de cooperación y ayuda mutua con parientes y amigos del pueblo. En el cementerio de Tlacolula tiene enterrados a su papá, tías, “ahí está la familia”, pero él al morir quiere que sus cenizas queden en San Xavier su nuevo hogar: “Tan seguí queriendo al pueblo (la vida de pueblo) que de campesino me volví citadino y volví a ser campesino”. “No, no volvería a ir a vivir allá, ya se fueron los compañeros... quedan sólo jóvenes, sería volver a comenzar a conocer gente así fueran parientes”.

Personalmente siempre me ha llamado la atención cómo habla Yola de algún enfermo de la familia en estado terminal. En las dos ocasiones de los últimos días de los papás de Zenón, ella no se separaba de los enfermos, y llegaba a decirles “ya váyase”. Era como decirle ya no se aferre a esta vida, ya terminó, pero lo que me llamaba la atención era el realismo frío con que veía la muerte. ¿Es realismo frío, actitud ante la inevitabilidad de los hechos, una forma de fatalismo? ¿Esto se aprende desde la infancia, perdura?

En dos ocasiones los dos hijos varones han tenido graves problemas de salud, cuando se le preguntaba por ellos, Yola respondía como si estuviera hablando de otras gentes no de sus hijos. Sin duda le preocupaban pero no lo manifestaba. La misma Yola cuando se estaba terminando el patio trasero de su casa en San Felipe del Agua, insistía que hubiera un gran corredor para que cupieran los invitados cuando alguien mu-

riera. No parecía preocuparle tanto su misma recámara o la sala de la casa. Ella y Zenón han sido claros en que cuando llegue su hora no quieren gastos extras en mantenerlos artificialmente vivos, quieren irse rápido y sin causar molestias a sus hijos. Otros muchos temen llegar a viejos sin que estén sus hijos cuidándolos. Hay casos que obligan a las hijas a no casarse para que los puedan cuidar.

La numerosa gente que llegaba a comer ese día de Muertos no dejaba de oír y sonreír a la algarabía que hacían en otra mesa los cuatro hijos de Zenón y sus propias familias. Edith la menor de los Ramírez, viendo la atención que ponía a lo que pasaba se acerca y me dice señalando a sus padres: cuando se vayan habrá lágrimas y sonrisas, así celebraremos este día.

En la rutina diaria

Una vez a la semana después de hacer el mercado Yola y Zenón van a desayunar casi siempre a los mismos lugares donde los han tratado bien. Sí, han sentido discriminación, bien notan que los meseros han atendido a otros que han llegado después de ellos. A veces han traído no lo que pidió Yola, y con un “déjelo, está bien” se resigna a comer lo que no pidió para evitar discusiones. El que siempre protesta es Zenón, y la convence de que el plato se regrese porque deben traer lo que pidió. En un restaurante en puerto Escondido pidió caldo de pescado “del lado de la cabeza”. Le trajeron el caldo pero del lado de la cola. Zenón inmediatamente dijo que eso no había pedido. El mesero molesto le respondió que para el caldo daba lo mismo. Zenón no se amilanó: —con razón piensas tú con la cola, no con la cabeza, te da lo mismo ¿No? —Y tuvieron que traerle como lo había pedido.

En la literatura sobre el campesinado se habla mucho del autoritarismo de los hombres, el machismo en el trato y abuso a las mujeres, la violencia familiar. Así Doña María con frecuencia hablaba de su vida en Tlacolula, y a pesar de haber pasado muchos años recordaba vivamente los malos ratos con su esposo, lo mucho que bebía, los golpes. El principio de don Albino en su familia era ante todo la obediencia a los padres. Con el papá de Zenón no había “ya voy”, “luego”. Era: “en el momento que yo te hable vienes...” El guarachazo o pegar con palo era el castigo por desobedecer. No se podía estar más de las 8 de la noche en calle con los amigos, le chiflaba su papá, y en ese momento dejaba canicas o lo que fuera. Con su mamá era igual, sólo que ella también pegaba si algo se rompía, y su papá entonces intervenía diciendo que la jarra, el plato o lo que fuera estaba roto y no tenía remedio, para qué pegarles... “No por castigarlos se va a componer, ya no tiene remedio... desobedecer sí, eso sí tiene remedio...”

Zenón debió identificarse mucho con su padre, en sus últimos años lo cuidó igual que a su mamá que vivieron en una casa propia cerca de la de él en San Felipe del Agua. Como hermano mayor y por ser el que vivía más cerca tanto él como Yola veían que no les faltara nada. Zenón también fue autoritario con sus hijos, tanto a ellas como a los muchachos les pegaba si desobedecían, especialmente a Zenón chico por ser el que al crecer se volvió el rebelde de la familia: “Empezó a jalarsé clases en secundaria, entonces le dije —Si no quieres estudiar, fuera de la escuela, nomás me estás haciendo gastar dinero..., tenía que llegar máximo a las 12 de la noche cuando había tardeadas. No llegaba y cincho, vara, nomás se encogía pero no lloraba”.

Zenón cambió de táctica, hizo un pacto con su

hijo, —si me cumples te cumplo... —“Volvió a llegar tarde, entonces le prohibí ir a la siguiente tardeada, eso sí le podía mucho, y lloraba:

—Oiga papá...

—No, tú me cumples, yo te cumplo...”

Este Zenón hijo llegó a contarme que su papá tenía mano dura cuando él era chico. Llegó a decir que se moderó su padre en los castigos físicos a partir del trato y amistad conmigo. Eso me sorprendió, pues yo no me quedaba corto en los manazos a los míos cuando hacían berrinche. La disciplina, el orden, el obedecer era muy de don Albino, y lo fue de Zenón papá y de Zenón chico que ya ahora es joven abuelo, es él el que siempre está al tanto de la salud y de los bienes de su padre, hasta le cambia de modelo el carro sin avisarle. Los castigos de joven no le disminuyeron el cariño y respeto por el viejo a quien siguiendo la costumbre tanto él como su hermano y hermanas les hablan de Usted a sus papás. Yola y Zenón a pesar de llevarse tan bien como lo demuestran los 56 años de casados, sin embargo, no se dan muestras físicas de cariño en público.

La figura materna, y todo lo que ella hizo por sus hijos en el pueblo para sacarlos de la pobreza y abrirles oportunidades que ellos supieron aprovechar fue una poderosa motivación para ver por ella, llevarla a vivir a las casas de los hijos casados cuando quedó viuda, morir precisamente en la de Zenón. Vi cómo estos hombres recios y curtidos en muchas adversidades lloraban en el entierro de su madre. No los vi mostrar el mismo dolor cuando murió don Albino.

En este caso como en otros muchos, gente pobre del México rural ha sabido aprovechar las oportuni-

dades siempre escasas en la vida real. Considerar sin embargo que es el sistema el que ofrece las oportunidades para la movilidad social es minimizar la capacidad de los campesinos y gente pobre para adaptarse a medios sumamente ajenos a su entorno y abrirse paso con su ingenio y creatividad y lograr en la vida logros que antes se creían imposibles. Resumiendo a Oscar Lewis a este respecto: Todavía tenemos mucho que aprender del campesinado, sus valores, problemas y aspiraciones, los detalles íntimos de la vida familiar, el impacto sobre sus vidas de la tecnología y cultura moderna y de su potencial para participar y liderar en el mundo moderno (Oscar Lewis 1964).

En los muchos años de tratar a Zenón nunca oí nada que cuestionara su honradez. La característica que irradia aparte de su apertura a otras gentes y respeto por lo que son y piensan es su lealtad. De fácil conversación se ha sabido ganar la confianza de extranjeros beneficiándose mutuamente por los servicios y asesorías de Zenón y los aportes culturales y económicos de aquellos. Más de una vez en el exterior de su casa de San Felipe cuando aquello eran llanos se hicieron comidas de fin de año para los arqueólogos que trabajaban en Oaxaca. Los del gremio de arqueólogos (f. 30), los *San Felipe Raunchers* (sic) eran: Paul Neil Allen en el bajo, Kent Flannery en el autoarpa (*autoharp*), Marcus Winter en la mandolina y guitarra y Cecilia Winter en la guitarra y alguna vez amenizaron la comida al aire libre en la casa de Zenón (f. 31).

En el curso de estos años he presentado la familia de Zenón a amigos de fuera, algunos todavía vienen desde lejos después de 40 años a pasar el día de muertos. En estas ocasiones participan por igual los yernos y nueras (ff. 32-41).

Con él no es mucha mi diferencia en años edad, Ángeles mi mujer dice que él es el hermano que nunca tuve... Lo más común es que Yola y Zenón me saluden como compadre, yo por sus nombres. Sí, somos compadres pues Zenón bautizó a mi hijo Gabriel. Un poco más del año de conocernos le pedí si quería ser padrino de la criatura. Me respondió que lo pensara y volviera otro día. Insistí que no teníamos que pensarlo, que dependía de él. Entonces muy serio me dijo que ser padrino era asunto delicado, —mira, por ejemplo, si un día viene mi ahijado a quejarse que le pegaste, yo te voy a llamar y juzgar si te pasaste de la raya. ¿Quieres?

En este México del sureste del país con fuerte presencia indígena y altos índices de pobreza, no es raro ver profesionales, pintores famosos, políticos de todos los tamaños, y hasta gobernadores que han salido del medio rural. Muchos de ellos por el ejemplo de otros parientes, por conexiones con gente influyente, debieron tener aspiraciones desde jóvenes y se esforzarían por hacerlas realidad. Zenón no es ejemplo de muchos de ellos. A pesar de los ascensos en el escalafón de su empleo y en la gran aceptación entre la gente de todas condiciones por su caballerosidad y lealtad, nunca pretendió puestos sindicales o incursionar en la política, nunca fue mayordomo ni tuvo cargos en el pueblo, ni siquiera va a votar, al contrario, quiere tener un perfil bajo, nada de manifestaciones ostentosas. Aquella reflexión de que no le hizo falta la Preparatoria la probó al tener un modo decente de vivir y comodidad de la que careció en su infancia y adolescencia. Contento con tener holgadamente lo suficiente para educar a sus hijos, darles una profesión y hasta ayudarlos a tener su propia casa, ver crecer a los nietos y recibirse algunos de profesionales, gozar las pequeñas satisfacciones de

la comida, viajes fuera del país, y cada año, varias veces a Puerto Escondido (ff. 34-35), y sobre todo lograr la salud mental del que siempre ve que hay una solución a los problemas: eso le llena sus días más ahora que ha decidido volver a ser campesino y poder llevar a su mesa lo que él mismo siembra en su huerta.

Liberación económica de Yola

La figura de la mujer fuerte que es la columna de la familia sigue dándose en Yola. Dedicarse a seguir a su marido, a cuidar de los hijos y la casa, trabajar por años en casa ajena parecería que ese sería su destino. No pretendía tampoco más. Sin embargo, cuando hubo una oferta de hacerse cargo del expendio de publicaciones en el Museo Regional, su timidez la hizo primero rechazarla pretextando que ella no sabía nada de libros, réplicas de piezas arqueológicas del INAH, o llevar las cuentas. Ese fue el primer salto cualitativo que la llevó a tener confianza en sí misma e iniciar después un negocio de lo que sí sabía hacer, cocinar.

Enfrente de las oficinas centrales de la SEP en la ciudad Yola abrió una cafetería y ese sería el medio para conocer no sólo a los numerosos maestros que ahí comían sino a directivos que gustaban de los guisos. Toda la familia, aun los parientes cercanos ahí hacían las tres comidas diarias gratis. No fue fuente de ingresos, pero la cafetería dio de comer a más de 14 familiares por varios años, y sirvió para aprender los mecanismos de acceso al magisterio donde algunos de los parientes consiguieron plazas. Los conocimientos de albañilería de Zenón los aprendió rápidamente esta nueva pequeña empresaria que con gran seguridad ordenaba reparaciones y anexos en su vieja casa de San Felipe. Al tener que cerrar la fonda le permitió en ple-

no centro de la ciudad abrir una tienda de artesanías y relacionarse con distribuidores de otros estados. Todavía hoy se queja de que debido a los plantones de los maestros quebró su tienda lo mismo que docenas más.

La seguridad en sí misma se basa, como la de tantas mujeres en este México de cambios culturales rápidos, en su liberación económica, ella lleva su contabilidad y dispone del dinero a pesar de que el matrimonio legal no es de separación de bienes. Ahora jubilada de pequeños negocios sigue con su alegría a carcajadas y su vocabulario propio de hombres de cantina siendo en su casa el centro de la familia extensa, yernos y nueras con sus críos con frecuencia ahí comen y duermen. A pesar de la edad y de que no tiene necesidad sigue planeando hacer negocio vendiendo mole comercialmente. Después de todo, si sus recetas han hecho ricos a otros, ¿por qué no sacarles fruto? A todos estos planes Zenón mueve la cabeza y no dice nada. Ella recuerda cuando entró de nuera y lo difícil de llevarse con la suegra. Y lo quiere hacer cumplir con la nueva criada que la trae a la carrera dándole tareas. “Que aprenda, dice, no regalo mi dinero”. Zenón la oye y le aconseja —no trates de cambiar a la gente como tú quieres que sea, la gente no cambia. Acéptala como es y te evitas problemas. Y refiriéndose a la muchachita nueva le recuerda a Yola lo que Dña. María decía: —Más vale arrear la mula que no tener que cargar... Uno de los dichos que también le he oído varias veces a Zenón, y que creo es lo que lo tiene tan en control de sus emociones y viviendo sin estrés: “Si tu mal no tiene remedio para qué te afliges, y si lo tiene para qué te preocupas”.

Unos días antes que terminara el año de 2015 fui a saludarlos y desearles se cumplieran sus deseos el año

entrante. Lo mismo me desearon, “mientras tengamos vida compadre” dijo Yola.

—Sí, pues todo se acaba aquí, comentó Zenón.

Recordé que ya había salido a la conversación el tema de la muerte, así que me animé a preguntarle qué iba a querer cuando muriera.

—No va a haber entierro, cremación, respondió muy seguro, aquí la vela en la noche, dijo señalando el garaje, misa y adiós a todos, nada de cruces, ni misas.

Las cenizas, comenté, si irían al lado de tu mamá en el panteón,

—No, en el mismo hoyo, encima de ella.

—Yo igual, intervino Yola. Que mis cenizas vayan en la misma tumba de mi mamá.

No supe qué comentar y Yola viéndome serio, alegre explicó:

—Sí, cada quien en su tumba, “hasta que la muerte nos separe” como dicen, y ahora sí que cada uno se vaya mucho a...



Foto 30. Marcus Winter, Manuel Esparza, Wiltraud Zehnder y George Sanders.



Foto 31. San Felipe Raunchers, 1972.



Foto 32. Margarita Vda. de Benito, Consuelo esposa de Roberto, Yolanda y Doña María.



Foto 33. Jesús esposo de Martha, Martha, Zenón (chico), Edith, Patricia esposa de Zenón (chico) y Doña María.



Foto 34. Los Ramírez en Puerto Escondido, 2016.



Foto 35. Yernos y nueras: Jesús, Juanita, Paty y Héctor, 2016.



Foto 36. Yola y Zenón con su ahijado Gabriel Esparza, 2016.



Foto 37. Yola y Zenón.



Foto 38. Ángel, Aurea y familia.



Foto 39. Zenón (chico), Patricia e Iliana.



Foto 40. Paco y Juanita, sobrinos Omar y Francisco.



Foto 41. Zenón, Martha, Edith y Paco.

Bibliografía

- Bautista, Virginia. "Los Hijos de Sánchez, un escándalo de medio siglo", *Excelsior* 07/08/2011: <http://www.excelsior.com.mx/node/759087>.
- Benhabib, Seyla. *The Claims of Culture: Equality and Diversity in the Global Era*, Princeton University Press, 2002.
- Butterworth, Douglas. "A Study of the Urbanization Process Among Mixtec Migrants from Tilantongo in Mexico City", *América Indígena* 22:257-74.
- . *Factors of Out Migration from a Rural Mexican Community*, Tesis doctoral, Urbana, Illinois: University of Illinois.
- Dennis, A. Philip. *The Miskitu People of Awastara*, University of Texas Press, Austin, 2004.
- Esparza, Manuel. "En el aniversario 75 del INAH", <http://dialogosdeleedad.blogspot.mx/2014/03/en-el-aniversario-75-del-inah.html>
- Foster, George M., *Empire's Children: The People of Tzintzuntzan, México*, Smithsonian Institution, Institute of Social Anthropology, Pub. No. 6, 1948.
- Gamio, Manuel. *Mexican Immigration to the United States: A Study of Human Migration and Adjustment 1930* (reimpresión: Nueva York, Dover Publications, 1971).
- . *The Life Story of the Mexican Immigrant: Autobiographic Documents Collected by Manuel Gamio 1930*, Chicago, University of Chicago Press.
- Higgins, J. Michael. *Somos Gente Humilde. Etnografía de una colonia urbana pobre de Oaxaca*, Colección SEPINI # 35, México, 1974.
- Kemper, Robert V., *Campesinos en la ciudad: Gente de Tzintzuntzan, México*, D.F., Ediciones Sep Setentas, 1976.
- Lewis, Oscar. *Los Hijos de Sánchez* [https://tintaguerreresdodotcom.files.wordpress.com/.../lewisoscar los hijos-de-sanchez1961.pdf](https://tintaguerreresdodotcom.files.wordpress.com/.../lewisoscar%20los%20hijos-de-sanchez1961.pdf).
- . *Pedro Martínez, A Mexican Peasant and his Family*, A Vintage Giant, 1964.

Historia de un bracero oaxaqueño
Zenón Ramírez



En este país de muchos Méxicos, el que nació y creció en una ciudad tenderá a ver a los campesinos como extraños, quizá le suscite curiosidad verlos en los tianguis o en las peregrinaciones en las carreteras. En cambio, un campesino pobre que nunca ha salido de su pueblo, ¿cómo se imaginará a la gente de las grandes urbes, a los que tienen títulos universitarios, a la gente de las colonias ricas?



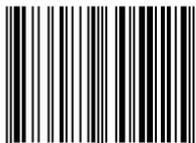
Zenón Ramírez

En este país, la gran mayoría de la población vive ahora en ciudades y continúa el proceso de abandono del campo. Es tan masiva la ruralización urbana que se toma por asentado que la gente emigre a los suburbios y se comporte como cualquier ciudadano. Pero, ¿qué se sabe del difícil y hasta doloroso proceso de dejar de ser campesino y tratar de vivir en un medio urbano?

Esta es la historia de vida de Zenón Ramírez Montes que trabajó en el campo y cuidó chivos en un pueblo de Oaxaca y que nunca imaginó podría salir fuera pero que obligado por las necesidades de su numerosa familia salió de bracero, trabajó de portero en casa de gente acomodada, vivió en una vecindad en la capital del estado, fue limpia baños en el viejo museo de antropología. Con los años, Zenón Ramírez llegó a ser Director del Museo Regional de Santo Domingo y como tal recibió entre otros a Kissinger, al Sha de Irán y a la reina de Inglaterra.

Esta es la narración de la larga y difícil adaptación a la vida urbana de uno de tantos campesinos mexicanos, al mismo tiempo que señala la singularidad de algunos de ellos que llegan a ser exitosos en el nuevo ambiente sin dejar de tener fuertes lazos al terruño y a la forma de vida donde nacieron y crecieron.

ISBN: 978-607-9305-92-5



 **INAH**
INAH Oaxaca

 **CARTELES**
editores